La contra-toma

Javiera Rodríguez

EDICIONES
EL LIBERO

Contenido

Página del título
Indice
Capítulo 1 Sábado
Capítulo 2 Domingo
CAPÍTULO 3 La vorágine de mayo
CAPÍTULO 4 La toma
CAPÍTULO 5 Cien firmas
CAPÍTULO 6 Lunes
Bibliografía

La Contratoma

Javiera Rodríguez Pascual

Indice

Capítulo 1
- Sábado
- El sitio de resistencia
- Consejera y gremialista
- Primer despertar en Casa Central
- “¡Y va a caer, y va a caer, el patriarcado en la UC!”
- La reunión con Ignacio Sánchez
- Compañía en la Contratoma
- Breve paso por casa
- El mayo feminista y la derecha universitaria
- Los cinco movimientos
- El punto de prensa
- Encuentro en el cordón humano

Capítulo 2
- Domingo
- Las proyecciones de los ingenieros
  - El renacer de la ola feminista en la UC
- Derrota latente
- La última cena
- La carta de desalojo
- Quiebre en el equipo
  - Solo suposiciones
  - Los planes de la díscola
  - 50 horas resistiendo
  - El perdón
  - La consejera en el estudio de televisión

Capítulo 3
- La vorágine de mayo
  - Comicios gremialistas

"Contra la violencia machista, educación no sexista"
La comisión funa y el abrazo
"¡Rod Jav sí, otros no!"
La respuesta del gremio y la promesa a Palma
Las mujeres gremialistas
La asamblea multiestamental de Casa Central
El apoyo femenino y los viejos gremiales
La asamblea feminista de Comunicaciones
La llamada de Winter

Capítulo 4
La toma
A la suerte de lo divino
La UC tomada
"Nos han callado, ahora es cuando. Toma feminista UC"
Abrupto final
La puerta que nos separó
El Honorable Consejo Superior del viernes 25 de mayo
La opinión pública
La trampa de Aswani

Capítulo 5
Cien firmas
El juramento de los naranjos
El castigo de los patios
Furia en el Consejo Superior
Consuelo
Los votos de Comunicaciones
El primer rasguño y la herida de Derecho
Las ansias de madrugada
Renuncia, consejera

Capítulo 6
Lunes
Una arriesgada propuesta
Los resultados de las negociaciones

¿A qué le tienes miedo, Javiera?
Camino al final
Una buena razón para reconsiderarlo
La puesta en escena
Reflexiones en Villarrica
La sentencia
Las puertas abiertas de Alameda 340
Un brindis
Naranjo cúlmine

Bibliografía

Capítulo 1 Sábado

Nos acomodamos en mi oficina de consejera. Éramos cuatro y, por lo estrecho del lugar, no parecía caber nadie más. Como a varios, el frío me impedía dormir. El piso era un témpano y la manta que me cubría, insuficiente. Tiritaba, también de miedo. Pensar en posibles malas noticias me mantuvo con sobresaltos durante esa primera noche. ¿Y si la toma avanzaba hacia la Facultad de Derecho, donde estábamos? ¿Se atreverían a destituirme de mi cargo? ¿Seguiría en pie el equipo de la Consejería Superior después de la toma?

El sitio de resistencia

Las horas pasaron rápido. Ya eran las siete y media de la mañana del sábado 26 de mayo, y los primeros rayos de sol atravesaron la ventana de la oficina. El lado norte de Casa Central de la Universidad Católica (UC) llevaba aproximadamente veinticuatro horas tomado por un grupo de cerca de cien alumnas, quienes se habían aventurado a invadir el edificio el día anterior para exigirle a la institución mejoras en sus políticas de violencia sexual.

La ocupación, que creció en número con el ingreso de estudiantes hombres y mujeres al avanzar el reloj, comenzaba en el frontis del campus, en la Alameda. Tenía como espacios nucleares el “Patio del Papa” y el “Patio de la Virgen”, llamados así coloquialmente por las estatuas erigidas en cada uno. Limitaba al oeste con el final del edificio en la calle Portugal, al este con el Centro de Extensión, y al sur con los patios de la Facultad de Comunicaciones y de la Facultad de Derecho.

Éramos aproximadamente cincuenta alumnos los que, en oposición a la toma, decidimos unirnos y quedarnos en Casa Central para defenderla de cualquier otra embestida. Por ese motivo, los de la ocupación y sus partidarios no tardaron en apodar nuestra respuesta como “Contratoma”. Con la idea de que la toma podía extenderse, pensamos que, si como grupo opositor nos establecíamos en las zonas libres, nadie se iba a atrever a invadir las otras áreas del campus, como la misma Facultad de Derecho o las de Comunicaciones, Medicina y Ciencias Biológicas.

Lo sucedido en la madrugada del viernes había demostrado que nosotros seríamos la resistencia más dura. Los guardias de seguridad, contratados por una empresa externa a la Universidad y sin relación con el movimiento feminista, no se iban a oponer a un nuevo asalto de las alumnas y, por consiguiente, era casi obvio que de parte de las autoridades de la Universidad tampoco habría reacción.

Unos cuantos de los nuestros pasaron la gélida noche del viernes en la intemperie. Antes de recluirnos, me di una vuelta por el lugar preguntando si había alguien que quisiera quedarse adentro de la oficina con nosotros. Respuesta negativa. Entre abrigos y frazadas, varios se instalaron decididamente para aguantar en la oscuridad.

Me acerqué también a ofrecer un espacio a unos chicos de la toma que se habían quedado vigilando en Derecho, al lado de una barricada. Estaban sentados en círculo, sosteniendo uno que otro termo para mantener el calor. Quise hacer un gesto y les hice la propuesta, pero, por razones

obvias, prefirieron permanecer afuera. Ni muertos aceptarían algo de una gremialista.

El despertar del sábado bordeó los cuatro grados de temperatura y el frío en la oficina fue despiadado incluso entre sus mezquinos metros. Un par se levantó antes de que la luz entrara al cuarto, buscando algo para comer. Solo había café y unas pocas galletas de ayer.

- No saben cuánto nos gustaría haber vivido algo así. Más tarde intentaremos pasar a verlos - nos escribió por whatsapp Macarena Hederra, gremialista. Ella, junto a un grupo de miembros más viejos, nos había hecho llegar unas hamburguesas la noche anterior.

Consejera y gremialista

Lejos de cualquier expectativa sobre cómo imaginaba que sería mi mandato, así transcurría mi sexto mes como consejera superior. El cargo, de representación estudiantil y unipersonal, era votado por la comunidad de alumnos una vez al año, simultáneamente a la elección de directiva de la Federación de Estudiantes (Feuc).

Según los estatutos de la Federación, un consejero superior tenía funciones ligadas al área académica, como, por ejemplo, el poder incidir en las políticas curriculares de la UC, dirigir el Consejo Académico compuesto por representantes estudiantes de todas las carreras, y participar del Honorable Consejo Superior, máximo organismo colegiado de la Universidad donde se discutían las líneas elementales del manejo de la institución.

Aunque formalmente solo un estudiante tuviera el puesto de consejero, con el paso de los años se volvió usual que aquel contara con un amplio equipo de trabajo. De esa manera, comenzó a tomar fuerza el concepto de Consejería Superior como organismo estudiantil, con una estructura de funcionamiento cada vez más sólida.

La directiva de la Federación, en cambio, era considerada por los alumnos como un ente de carácter político. Estaba conformada por seis miembros[1] y tenía el mandato de ser la voz de los alumnos de la UC ante los demás integrantes de la comunidad universitaria, el país, y organismos nacionales[2] e internacionales; y conducir el Consejo de Federación, conformado por alumnos de todas las carreras. En adición, el presidente Feuc, al igual que el consejero superior, representaba al estudiantado en el Honorable Consejo Superior.

En mayo mi situación como universitaria era bastante peculiar. Yo había terminado los ramos en Periodismo hacía casi un semestre, un mes después de asumir el cargo. Solo me quedaba pendiente la práctica profesional, la cual había postergado para desempeñarme en labores propios de la dirigencia. Sabía que sería un trabajo con dedicación completa, no era nueva en esto.

Había estudiado en la Facultad de Comunicaciones de la UC desde 2014 y tempranamente me interesé en política universitaria. Quise ser prudente y darme el tiempo para conocer a todos los movimientos políticos, sin embargo, a pocas semanas de novata, me terminé convenciendo por el gremialista. Motivada un tanto por la raíz conservadora de mi familia y por el interés que me generaba el hecho de unirme a un grupo con tanta cronología, empecé a asistir a las jornadas y actividades desde mi primer semestre en la carrera.

El Movimiento Gremial (MG), una agrupación política universitaria de derecha, había sido fundado por Jaime Guzmán en 1967, quien entonces era un joven estudiante de Derecho. Recuerdo que, en un comienzo, el gremialismo no me parecía una doctrina novedosa. “Dignidad”, “subsidiariedad”, “autonomía” y “libertad” eran principios que consideraba como engranajes obvios del sistema, mas no los lograba concebir como aspectos diferenciadores. “¿Por qué era necesario que un grupo defendiera tales conceptos?”, pensaba ingenuamente en mis primeros acercamientos.

Pese a que de forma natural guardaba una profunda sintonía con sus principios, mi relación

con el gremio se caracterizaba por constantes desavenencias, las cuales crecieron a medida que avanzaba en mi carrera. Viví en Periodismo cambios importantes en mi manera de pensar, acercándome experimentalmente a un lado mucho más liberal, uno que antes nunca había advertido.

Aun así, le tenía mucho cariño a mi movimiento. Me había entregado formación doctrinaria y, desde luego, era un lugar desde donde había generado vínculos con un mundo muy diferente al mío. Como era una agrupación con una tradición histórica importante, supe de alumnos gremialistas cuyos padres también habían pertenecido al MG en el pasado y, en sintonía, chicos quienes, producto de la instrucción valórica y disciplinar recibida en sus colegios, habían dado un paso natural en sus vidas al participar en el equipo.

Una parte del grupo gremialista se conocía desde antes. Eran familiares, amigos de infancia, compañeros de curso, o habían vacacionado juntos. Un círculo social en el cual nunca me sentí tan integrada, pero que terminé por asumir como característico de la política universitaria: así funcionaba en la izquierda, así funcionaba en la derecha.

Entendí prontamente que mi papel en el gremio era el de díscola. Mi personalidad crítica nunca se iba a ajustar completamente a la esencia cotidiana del movimiento y, aunque a veces era agotador lidiar con esas diferencias, también estas me permitían sobrevivir ante a la izquierda dominante en mi Facultad.

Comencé así a ser más empática, a relacionarme más con mis compañeros y abrirme a sus discusiones. Con naturalidad me distanciaba de los estereotipos que los de izquierda asumían como propios del mundo conservador. No era rica, tampoco estudiaba una carrera convencional y mi apariencia física parecía original.

Me encontraba entre dos mundos muy distintos, y con dificultad aprendía a convivir con esas contradicciones características de mi carácter y del entorno universitario. En mi mente había un orden muy claro de cómo creía que debían ser las cosas, mas mi corazón era desobediente y me mostraba que la comodidad nunca me iba a acompañar.

Primer despertar en Casa Central

Pese a que el café, las galletas y una hamburguesa fueron lo único que comí durante todo el viernes, lo creí un lujo. Varios no abrieron la boca hasta el segundo día. Tiempo después supimos que del otro lado tenían de todo, incluso para regodearse. Ahí no faltaban las bolsas llenas de víveres que pasaban entre las barricadas, la mayonesa vegana y el pan con palta, fruta que en esa época deslumbraba por su alto precio. Para qué hablar de las toallitas higiénicas, que eran pedidas por montones, más como símbolo revolucionario de provocación que por una necesidad efectiva.

El grupo de la toma nos mantuvo constantemente sitiados. Durante la tarde del viernes habían hecho un cordón humano, sin dejar pasar a nadie. Perduraría de manera intermitente hasta el domingo. De hecho, unos cuantos de nuestros representantes se quedaron fuera de Casa Central el viernes y los del cordón les impidieron entregar cualquier elemento a quienes nos encontrábamos en sus instalaciones.

Algunos alumnos se las ingeniaron entrando por el Centro Médico ubicado en la calle Marcoleta, el cual colindaba con la Facultad de Medicina. Otros planearon desde Derecho el ingreso de más compañeros. Mencionaron estos la posibilidad de que los excluidos se disfrazaran de personal médico o que se vistieran de chaqueta y corbata, pretendiendo ser algún ejecutivo. No obstante sonaba todo eso como una escena digna de una película policial, la posibilidad de que terminara en una vergonzosa comedia era mucho mayor. Por fortuna, los más moderados los convencieron de no intentarlo.

Me pesó mucho el cuerpo al levantarme el sábado. El viento helado corría por el ventanal cuando alguien entraba o salía, ayudando con dureza a retomar actividades. En uno de esos movimientos, un chiquillo de los nuestros avisó que cerca de las nueve el rector Ignacio Sánchez quería sostener una reunión con los de la Contratoma y con el decano de la Facultad de Derecho Carlos Frontaura, quien, al igual que varios profesores de esa escuela, había pasado la noche en el campus.

Yo no tenía mucho interés en conversar con Sánchez. Estaba frustrada por la tibieza en su actuar con respecto a la ocupación feminista. Tampoco quería seguir exponiéndome públicamente. El día anterior me había enfrentado a las chicas de la toma, quedando todo registrado por las cámaras de televisión. La escena se transmitió en vivo por varios canales y luego repetida una y otra vez en los noticieros y redes sociales. Estaba en la mira de las feministas y no deseaba que nadie siguiera criticándome. Me sentía insegura y paranoica, cuidándome de cualquier paso en falso.

Pensé que lo mejor era que el rector se reuniera con Magdalena Lira, la presidenta del Centro de Alumnos de Derecho (Cade) y militante de Solidaridad UC, movimiento de centro derecha. Ella era la otra líder de oposición a la toma y, por su semblante, presentía que estaba disfrutando el momento mucho más que yo.

Terminé de preparar el café matutino y omití en principio la propuesta de hablar con Ignacio Sánchez. Los de la Contratoma estaban pálidos y ojerosos, reflexionando aletargados sobre lo que había ocurrido el viernes y analizando los rumores que llegaban a cada hora. Que el rector se juntaría a las ocho de la mañana con las voceras, que al final no pasó nada, que desde ayer que los de la toma continuaban en asamblea, que la FEUC tenía prohibido incidir, que dentro de la toma ya estaban todos peleados.

“¡Y va a caer, y va a caer, el patriarcado en la UC!”

No dejaba de pensar en los costos que pagaría por haber enfrentado a las chicas de la ocupación. En particular, estaba intranquila porque consideraba que grabar un video desde la Contratoma y viralizarlo a pocas horas del suceso podía ser un error. Junto a Magdalena Lira y Francisca López, la subconsejera académica de Ingeniería Comercial y militante del movimiento político de tendencia liberal “Avanzar”, le íbamos a explicar a la comunidad, a través de la grabación, por qué nos encontrábamos en Derecho y qué pretendíamos al no plegarnos a la ocupación feminista.

A nuestras espaldas, una veintena de alumnas cerraban el cuadro de la cámara en ese momento. Obviamente no contábamos con equipamiento adecuado, era todo muy casero. El ruido de ambiente no nos acompañaba y la luz del patio era paupérrima, pues ya había anochecido. Entre las tres representábamos a los movimientos de centro derecha en la UC y teníamos que hablar fuerte, al menos para competirle a los gritos provenientes de la toma.

Magdalena, o “Maida” como le decían sus cercanos, era muy abogada para sus cosas, anotaba todo y hacía diagramas con las ideas principales. La había visto en acción hace tan solo unos minutos antes de grabar con Francisca, cuando casi por poco hicimos un contacto desde la Contratoma para conversar vía *streaming* con un periodista de CNN Chile. Nos encerramos Magdalena, un par de militantes de Solidaridad y yo en una sala de reuniones en Derecho para coordinar la videollamada con el canal. Los solidarios[3] me sugirieron participar del contacto y, a pesar de haber aceptado, rogaba en mi interior por que el asunto no resultara. Los periodistas de CNN tenían la fama de ser inquisidores y no me sentía preparada para responder a sus interrogatorios.

Para mi alivio, nos avisaron que no habría contacto, lo que me significaba el ahorro de una

explicación si algo llegaba a salir mal. Magdalena, a diferencia mía, más ejecutiva y estructurada, tomó sus apuntes y continuó memorizándolos; ahora serían sus líneas para el video que haríamos junto a la chica de Avanzar.

En el patio ya se encontraba Francisca, bosquejando en papel antes de salir frente a cámara. Me transmitía confianza. La había conocido a finales del año pasado debido a que era parte del Consejo Académico, instancia que empecé a dirigir al asumir como superior. Ella representaba a Ingeniería Comercial junto a Diego Fuenzalida, gremialista, quien también se había quedado en la Contratoma. Francisca siempre me pareció muy simpática y, al mantenerse junto a nosotros en la ocupación, lo podía corroborar.

Dudaba si debíamos darle un espacio en el video. Su movimiento era muy nuevo, nadie aseguraba que seguiría en pie a final de año. Terminé aceptando la idea. El que Francisca nos apoyara significaba que el *centro político* estaba con nosotros y, a modo personal, era sentir que alguien del Consejo Académico estaba enfrentando esto conmigo.

En instantes nos dispusimos para el video. Me negué a aparecer en medio de las otras dos, no tenía claro qué rol debía jugar yo. Escogí sentarme en la esquina, al lado izquierdo de Magdalena Lira. Quería mantenerme en un segundo plano, para protegerme. A fin de cuentas, seguía siendo consejera de todos, incluso de quienes estaban tras las barricadas.

Partió hablando Magdalena, condenando la toma por tratarse de un mecanismo ilegítimo de acción política. Enseguida fue el turno de Francisca, refiriéndose a la violencia ejercida en la ocupación y de cómo el evento había afectado negativamente a la comunidad. Por último intervine yo haciendo un llamado al diálogo y a trabajar de manera transversal por los derechos de las mujeres.

Fui muy breve, estaba nerviosa. Quería que nuestro discurso terminara pronto, ya que las chicas de la toma estaban atentas. “Mujer, escucha, únete a la lucha”, “Y va a caer, y va a caer, el patriarcado en la UC”, nos cantaron desde los techos para intimidarnos. Finalizadas las palabras, cerramos el video con unos aplausos. Con angustia, supuse que luego de que el material estuviera en redes sociales, un grupo importante iba a tratar de ridiculizarnos. No estaba tan equivocada. Los comentarios ácidos no tardarían en llegar.

La reunión con Ignacio Sánchez

Tras el café, los minutos volaron y pronto sentí el interés de sumarme a las conversaciones con el rector. Algunos gremiales de la Contratoma preguntaron insistentemente por mi asistencia, y a ellos se les unió Magdalena, quien quería compañía en la cita con la máxima autoridad de la UC. “Por último, que sirviera para mostrarle nuestra decepción”, medité.

Los alumnos de la Contratoma ansiaban conocer cuál sería el límite de Ignacio Sánchez, qué estaría dispuesto a transar para ponerle fin a la ocupación feminista. No me iba a negar a ser vocera de ellos porque también sentía que nos había dado la espalda. Estaba negociando con rebeldes cuando podía haber escuchado antes a quienes éramos representantes legítimos.

Tomé prestada una chaqueta de la oficina de consejera. Desde la toma en adelante, ese espacio funcionó como central de operaciones. Quedaba en la muralla norte del patio de Derecho y desde su ventanal se lograba ver el despacho del Cade, donde otros alumnos también habían pasado la noche.

Escogí ponerme dos chaquetas. Seguramente me veía horrible, pero el frío era mayor que mi vanidad. Con la cara trasnochada, hambre y un peinado improvisado, me apresuré a rodear el edificio de Derecho hasta encontrarme con el decano Frontaura y Magdalena en el patio de Comunicaciones. Don Carlos cerró un poco más el círculo y reforzó la idea de que lo que estábamos haciendo era muy importante. Luego se alejó y nos dio espacio para continuar.

- Javi, ¿por qué no te tapas un poco? Yo me voy a poner esta bufanda. Servirá para que no nos identifiquen tanto - me dijo Maida.

Tarde para esconderse. Los chicos de la toma nos grababan con sus celulares desde las barricadas. Prefería morir a cara descubierta. Estábamos tan expuestas que no tenía sentido fingir que podíamos salir airosas de cualquier acción que emprendiéramos. Pensé incluso en devolverme a la oficina y no presentarme. Esa presión de estar en el ojo del huracán hacía que dudara de todas mis decisiones.

Magdalena me pasó otra bufanda pese a que me negué a cubrirme la cara. Sujeté la prenda alrededor de mi cuello, por cortesía. Ella se mantuvo toda tapada, pero torpemente se dejaban ver mechones rubios sobre sus hombros, lo que la hacía inconfundible. Quizás asumió que estaba haciendo algo malo, porque yo también lo creí. Las críticas nos llovían y las consecuencias de reunirse con el rector podrían desatar tormentas.

Cruzamos el patio caminando rápido. Los celulares nos siguieron sin recato[4]. Era frustrante sentir que el otro bando desconfiaba tanto de Magdalena y de mí que tenían que guardar registro de nuestros pasos. Sobreestimaban el poder que realmente teníamos para incidir en algo con respecto a la toma.

El guardia nos abrió la puerta de vidrio para entrar a la Facultad de Comunicaciones, la cual además estaba funcionando como central de operaciones de la Feuc y de la Rectoría. La primera tenía su guarida en el Centro de Alumnos de Comunicaciones (Cecom), una pequeña salita al lado de la recepción. La segunda había instalado su central en el piso seis, en la oficina del decano de Comunicaciones, Eduardo Arriagada.

En general, nuestra relación con Magdalena era bastante cordial y durante la toma se mantuvo así. Nunca nos sentamos a conversar sobre lo que ocurría ni menos planeamos una estrategia en conjunto. A pesar de que jamás tuvimos un conflicto en particular, era notoria la distancia entre nosotras; quizás por la histórica enemistad entre movimientos, porque éramos muy distintas, o porque discretamente nos concebíamos como competencia.

La Contratoma tenía dos rostros que actuaban sin querer separados y en constante autoflagelo. Maida iba a ser con seguridad la carta de Solidaridad para presidir la Federación, por lo que debía aprovechar la visibilidad que estaba logrando con la ocupación. Yo, por mi parte, tenía que estar a la altura del cargo, que era académico, convenciéndome de a poco que no podía permitirme pasar al olvido.

Después de la conversación para acordar los diálogos para el fallido contacto con CNN y para el video con Francisca, esta sería la segunda vez que nos pondríamos de acuerdo para algo en la Contratoma. Ambas teníamos las ideas generales más o menos claras, estando dispuestas a improvisar.

El rector nos esperaba tranquilo en la oficina del decano Arriagada. Ignacio Sánchez representaba una figura que por sobre todo buscaba consensos, más cuando se trataba de asuntos políticos. Sin embargo, en este y en varios casos, el apego a la institucionalidad y al orden de su contraparte no significaba en absoluto pase libre con la autoridad. Siempre tuve la impresión de que, como nunca le significamos una amenaza, no éramos tan considerados como sí lo eran los más rebeldes.

Por mi parte, plantearle cualquier proyecto a alguno de los vicerrectores o directores me parecía una burocracia absoluta. Tenían buena voluntad, pero el sistema era muy lento. A ellos no les sobraba el tiempo y yo no iba a armar una revuelta si no conseguía una respuesta. Hacer tratos conmigo no era prioritario para las autoridades, menos lo era apoyar públicamente mis iniciativas o facilitar la tramitación de ciertos proyectos. Sentía mucha frustración por eso, más

cuando mis contrincantes suponían todo lo contrario, que por ser gremialista tenía un trato privilegiado proveniente de ese mundo. De ninguna manera. Hasta incluso lo deseaba. ¡Cuántas cosas más podría haber hecho durante el mandato si tan solo hubieran creído más en mí!

Costaba avanzar rápido. Me agobiaba y mucho. El respiro pasaba por pensar que la Universidad tenía otros tiempos, unos más austeros con quienes éramos pasajeros. Debía asumir que yo era solo una, y las autoridades, cientas; y que muchas veces sus gestiones se orientaban al logro de objetivos diferentes a los de la Consejería.

Lo primero que nos preguntó el rector fue cómo habíamos pasado la noche y qué necesitábamos, por lo que nuestras respuestas fueron prácticas. Los chicos de la Contratoma nos pidieron consultar sobre las negociaciones y posibles sanciones para quienes se habían tomado la Universidad, cuándo se iba a bajar la ocupación y, si no pasaba nada, la probabilidad de desalojo. Muy sereno, Ignacio Sánchez comentó que se había pospuesto la reunión con las voceras, pues las mujeres continuaban en asamblea. Que la toma no iba a pasar del día siguiente (domingo) y que no estaba considerado el sumario. El desalojo sería una alternativa, pero solo si la ocupación se extendía.

No insistimos demasiado, el rector era hábil y tenía la facultad de dejar tranquilos a sus invitados. Tomamos una actitud más apática. En el fondo, nos sentíamos injustamente en situación de desventaja, sin poder hacer algo que contraviniera ese estado. Éramos grupo de presión, pero uno que no hacía tanto ruido. Atrapados entre la Alameda y Marcoleta, no podíamos defendernos de los prejuicios de la comunidad que nos tildaba de jóvenes caprichosos.

Nos remitimos a pedirle que hiciera las diligencias para que más de los nuestros pudieran entrar a Casa Central, facilitando consigo el ingreso de alimentos. Le alegamos que los de la toma nos habían cercado, teniendo ellos libre acceso por el frontis. En definitiva, era una petición de consideración, una que yo sentía a ratos que no correspondía.

En nuestras cabezas estaba muy presente la idea de que lo que estábamos haciendo significaba una defensa a la Universidad, aquella que tanto queríamos. Pero, ¿era solo deber nuestro ser sus soldados? Ver cómo la institución, tan ordenada y doctrinal, se hacía daño me inquietaba al punto de hacerme desesperar. Las autoridades eran los adultos y nosotros, como niños, buscábamos su protección. Teníamos que crecer de pronto y, aun así, mantener las convicciones intactas. Los mayores ya no estaban para resguardarnos, ni siquiera para servir de guía. Bajo nuestros ojos se habían rendido.

- Yo les quería agradecer por todo lo que han hecho. Imagino que no es fácil tomar una posición en un momento así. Ustedes eligieron, fueron valientes. No cualquiera haría eso estando en sus lugares - sentenció el rector.

Estábamos solos y las autoridades actuaban como agentes pasivos en la causa. No eran nuestros consejeros ni menos nuestros voceros. Nos encontrábamos en veredas distintas, el rector nunca llegaría a entendernos completamente y menos se haría cargo de nuestras frustraciones. No tenía por qué tomar ese rol, habría sido una sentencia de muerte para todos si hubiera sido una unión explícita. Pero sí esperábamos mayor contención, dureza para condenar la toma y cautela al abrirle las puertas a quienes creían que la violencia sí era una herramienta para negociar.

Existía en nosotros un sentido de trascendencia con la Contratoma. Además de lo que en esencia considerábamos incorrecto, cierto es que nos tomábamos muy en serio la tradición. En nuestros rincones más triviales crecía el deseo de poder alardear en algún futuro de que estuvimos en el momento y lugar precisos actuando como verdaderos gremialistas. Eso me tranquilizaba en algo.

Para bien o para mal, todo lo que ocurría en la Contratoma era sin duda mejor que lo que podría contar la directiva de la Federación, cuyos miembros pertenecían a la Nueva Acción Universitaria (Nau), movimiento político de centro izquierda. No habían sido ellos los agitadores ni los voceros, y su rol se había minimizado a la cooperación, un segundo plano condescendiente del cual no podían salir: el movimiento feminista en la UC se había gestado fuera de sus círculos de control y se desarrollaba sin la intervención de sus dirigentes.

A veces pensaba en Francisco Morales, ingeniero y presidente de la Feuc, y lo compleja que era su posición. Los de la toma hacían imposible su protagonismo, limitando al extremo su participación. Y por el otro lado, percibía que se encontraba en un conflicto consigo mismo. Francisco era alguien moderado y muy católico, era lógica su incomodidad con respecto a movimientos más revolucionarios. Yo le tenía mucho cariño y sabía que estaba presionado por todas partes. En esta ocasión, y como nunca, no éramos rivales. Ambos nos hallábamos presos en nuestros temores, sin saber a quiénes representábamos, miedosos de las sombras propias.

A Francisco solo lo divisé un par de veces luego del Honorable Consejo Superior que se realizó la mañana del primer día de toma. En los casi cuatro días de ocupación fue notoria su angustia y cansancio, y yo percibía que él identificaba lo mismo en mí. Evitábamos hablar de cada uno en profundidad. Sabíamos que podíamos descubrir sufrimiento en nuestros relatos, limitándonos a conversar banalidades cuando nos cruzábamos en Casa Central.

Con Magdalena Lira bajamos en el ascensor de Comunicaciones e intercambiamos comentarios poco alentadores sobre la reunión. Regresamos a la Facultad de Derecho a darle al grupo las últimas noticias. El “rector blando” se convirtió en el término más repetido de la mañana. La mayoría de los estudiantes de la Contratoma solo se iba a contentar si el rector iniciaba un desalojo, y como esa opción se mostraba cada vez más lejana, el sentimiento de desprecio del sector hacia Sánchez fue más intenso con el pasar de las horas.

Compañía en la Contratoma

Cerca de las nueve de la noche y tras de la grabación con Magdalena, Francisca y las mujeres, una periodista de Emol me escribió para preguntarme si podía entrevistarme por teléfono. Quería hacer un perfil sobre mí, contar mi historia y conocer mis opiniones políticas. Accedí. Al principio estaba indecisa, pero me convencí en instantes al pensar en que quizás, un texto podría captar mejor mis verdades que lo poco que había salido en televisión.

La entrevista fue corta y me sentí muy relajada. Hablé de mi pasado, de mi familia y de cómo había llegado a ser representante. Me puse feliz recordando momentos de mi paso por Comunicaciones, de amistades que me habían apoyado en cada campaña y de las grandes frustraciones y obstáculos que había superado ganando la elección como superior.

Era finales de mayo y me encontraba en una posición muy diferente a la que le relaté a la periodista. Había sido querida por mis compañeros y ahora su silencio con respecto a mi accionar contrario a la toma era aterrador. De seguro la relación con ellos ya no iba a ser igual. ¿Me odiaban? ¿Estaban decepcionados? ¿Sentían vergüenza de que yo fuera su consejera? Esas preguntas me recorrían con culpa, haciéndome dudar si acaso había sido apropiado enfrentarme con tanto ímpetu a las mujeres feministas.

Terminé de hablar con la mujer y le mandé un mensaje a mis cercanos contándoles muy orgullosa que me habían entrevistado, que saldría una nota sobre mí en Emol. No quise referirme al tema con los chicos de la Contratoma, temí sonar creída.

- Le comenté a mis papás y hermanos que me nombraste en la nota. Me dijeron que te debía el cielo por acordarte de mí incluso con toda tu fama - me escribió Felipe Cáceres, mi mejor amigo y compañero de Periodismo.

Él se había ido hacía unos meses a Hong Kong de intercambio, por lo que valoraba mucho su preocupación por mí pese a la distancia. Aun cuando hablábamos casi todos los días, por whatsapp o videollamadas, deseaba que Felipe estuviera en Derecho conmigo, orientándome, conteniéndome. Me hacía mucha falta su presencia y los miles de kilómetros que nos separaban eran más dolorosos con la contingencia. Mi amigo estaba feliz por lo que yo había hecho, y le angustiaba darse cuenta cuánto lo necesitaba aquí en Santiago.

En lo concreto, nunca me faltó compañía en los patios de Casa Central. Se advertía, contra todo pronóstico, calidez en la convivencia. No era lo mismo que tener a mis amigos íntimos, pero en cierto sentido me ayudaba a no perder la calma.

Posterior a la llamada aproveché de quedarme un rato en el Cade, había varios chicos ahí dentro. Podía notar que yo les inspiraba mucho respeto y que, a primeras, mi presencia les agradaba. No los conocía mucho, pero ellos me habían visto y sabían bastante de mí, haciendo más fáciles las cosas. Era una noche para resistir y, al menos en apariencia, nuestras disputas se hacían a un lado tanto para aguantar la helada como las consecuencias de nadar contra la corriente.

Breve paso por casa

Si bien el ingreso al campus era complejo debido al cordón humano que presionaba a los guardias del portón de la calle Lira, nadie podía realmente impedir la salida. Regresaría un rato a casa, el sol tacaño de invierno no me haría reparos.

Tomé mi celular y mi billetera, y dejé la mochila con el computador en la oficina de consejera. No tenía claro si a la vuelta iba a poder lograr traspasar el portón, pero estaba dispuesta a asumir el riesgo, los chicos gremialistas cuidarían mis cosas mientras.

Por fortuna, al acercarme a la salida no divisé amenaza. Los guardias me conocían y gentilmente me abrieron la puerta. Me habían visto el viernes deambulando por los patios de Casa Central y de seguro me recordaban por todas las veces que pasé por ahí antes de mayo. Les advertí entre risas que estaría de regreso más tarde, que por favor me esperaran.

Doblé hacia Marcoleta, cuidadosa, chequeando que nadie me divisara o saltara encima. Andaba paranoica. Los rumores de que nos vigilaban incluso afuera sonaban creíbles, éramos parte de una película de la Guerra Fría.

Noté de pronto a un grupo de periodistas al final de la cuadra, así que crucé hacia la vereda sur. Me transformé en una mala copia de *Maida encapuchada*, pues, como pude, intenté taparme la cara con mis abrigos. No sabía si serían capaces de reconocerme o si siquiera sabían quién era yo. De igual forma tenía que estar preparada para todo.

De reojo conté a cuatro colegas periodistas. Estaban por la entrada de la Facultad de Ciencias Biológicas, mirando a veces hacia la Universidad y mirando otras hacia la calle Portugal. Buscaban una *cuña*. Mi corazón latía a mil por hora, mi cabeza se mantenía fija hacia el suelo. Traté de darme una vuelta más larga para no pasar cerca de ellos. Sin aviso, uno de los periodistas se giró hacia mí. Mis opciones eran correr para llegar rápido al metro y ser descubierta en el intento, o entrar a uno de los almacenes y fingir que iba a comprar.

El periodista se movió unos pasos y se puso a conversar con una de sus compañeras. Volvieron a mirar hacia la UC. Estaba a salvo, no me habían identificado. Corrí hacia la Alameda y, en unos segundos, ya me encontraba en el andén del metro camino a mi casa.

Quería mucho abrazar a mis papás. No había logrado comunicarme lo suficiente con ellos. Entre tantos llamados y multimedias recibidos, la batería de mi celular se había descargado aceleradamente. Solo unas palabras en la mañana del viernes y otras pocas con el aviso de que pasaría la noche en el campus.

Las piernas me pesaban y la cara permanecía aletargada. El trayecto fue eterno, y el sopor aumentó entre la estación Irarrázaval y la micro. Los cinco minutos de camino a pie entre el paradero y mi casa, los sentí como veinte.

Abrí la reja, después la puerta y al fin ya estaba en mi lugar seguro. Pasé por la pieza de mis papás y con un sobrio abrazo, les dije que dormiría un poco y que en una hora saldría de nuevo. Subí las escaleras y derecho a la cama. Las sábanas estaban deshechas, tal cual las había dejado el día anterior.

- Bárbara, acompáñame a la Universidad de Chile. Me invitaron a una convención de estudiantes de derecha. Me recuesto un rato, me visto y vamos. Te aviso cuando salga. Quizás la Pía podría ir también – escribí al cargar el celular. Cerré los ojos.

Bárbara Biskupovic era la coordinadora general[5] de la Consejería Superior y, de paso, una de mis grandes amigas. Nos conocimos cuando ambas postulábamos a ser consejeras territoriales[6] por el Movimiento Gremial, ella en Ciencia Política y yo en Periodismo.

El cargo de territorial era muy político, por lo que desde antes supimos que íbamos a perder. Aunque logramos buenos números, la profecía se cumplió. ¿Quién votaría por gremiales en territorios propios de la izquierda? Fueron elecciones desgastantes, pero gracias a esa adversidad común nos acercamos.

Al año siguiente, en 2017, fuimos candidatas de nuevo, pero ahora en las elecciones de la Feuc. Ella iba como primera secretaria ejecutiva y yo como superior, tras un periodo siendo representante académica en mi carrera después de la derrota como territorial. Desde ahí que consideré a Bárbara como mi mano derecha, y ahora en mayo se volvería indispensable.

No había puesto la alarma para despertarme, sin embargo, estaba de nuevo en pie al pasar una hora exacta. Gremiales más viejos me avisaron por whatsapp que se haría un punto de prensa en la tarde por la Contratoma y que iba a hablar yo. No me negué a priori, total, tenía tiempo aún para decir que no.

Me vestí con la idea de que debía que ser lo más “yo” posible. Pesqué un abrigo peludo y me puse botas altas. ¿Y si me mostraba sencilla, me dirían algo también? Corrían tantos rumores sobre mí que sentía que ya no importaba qué era lo cierto. Que yo era una cuica privilegiada, que estaba verde por seguir figurando en los medios, que no pensaba en todos los dolores que habían soportado las compañeras de la toma.

Me había esforzado durante la campaña de superior por alejarme de los típicos estereotipos del sector y en mi vida lo había demostrado, era una chica diferente. Había luchado contra mis propias concepciones, buscando comprender las reacciones de las feministas ante situaciones de violencia sexual. Mi cualidad de mujer hacía imposible no empatizar con ellas. Toda mi dedicación estaba dirigida hacia las mejoras de las políticas de la Universidad sobre estos temas. En mayo era su enemiga y nada podía cambiarlo.

Recibía odio y gran parte provenía de otras mujeres. No respondí jamás a ningún comentario, sentía que no valía la pena defenderme de quienes disfrutaban del juicio público. ¿Servía de algo contestar? Yo no era suficiente para poder refutar cada una de las opiniones de la gente. Creía que el trabajo hecho podía ser el mejor escudo. Que a final de año se arrepentirían de haberme insultado y de haber creído que yo era un monstruo.

En los días siguientes los rumores comenzaron a ser peores y las afirmaciones acompañadas de un “me decepcionaste” fueron frecuentes, más cuando el flujo de información dudosa se difundía sin freno. “Hay que ser muy *care’ raja* para dar entrevistas diciendo que apoyas el fondo, pero estás a favor del subcontrato; en contra del aborto y vanagloriándote con la bandera de un movimiento que defiende a torturadores que metían ratones por las vaginas de las mujeres;

que dice abiertamente que una niña de trece años está preparada para ser madre y cuyos viejos líderes comparan la homosexualidad con la zoofilia", comentaría luego una compañera de Periodismo.

Intentaba no mirar las redes sociales, no obstante publicaciones así eran muchas y brotaban entre mis círculos sin previo aviso. Me hacían querer llorar hasta sentirme arrepentida. Yo no era quien imaginaban. No estaba ni cerca de serlo.

Mis conocidos de Comunicaciones me transformaron rápidamente en alguien indigno y repudiable. Eran sus comentarios los que más me dolían, porque nunca me los dijeron cara a cara. Tenían mi número, sabían dónde quedaba mi oficina y me podían encontrar por los alrededores del patio de la Facultad con regularidad. Para ellos merecía la más alta de las penas y todo por haberme opuesto a una toma. Quizás pensaron que nadie alzaría la voz, que nadie los cuestionaría.

Al tiempo entendí con dolor que los puntos comunes se habían perdido. Hiciera lo que hiciera, para ellos estaría en el lado equivocado de la historia. Pedí explicaciones a unos cuantos, a los que consideraba más amigos. Silencio. Me habían puesto una máscara, me habían inventado a su antojo. Me conocían perfecto y tenía claro que se mentían a sí mismos. Yo había sido real ese viernes 25 de mayo y también durante los cinco años que llevaba en la Universidad. No bajaría los brazos, no estaba equivocada. No era culpable ni cómplice de ningún abuso y cualquiera que haya creído eso solamente quería hacerme daño.

Intentaba situarme en los zapatos más radicales para que sus palabras me hirieran menos. Que en el fondo buscaban hacer lo que creían correcto y que, al igual que yo, tampoco tenían experiencia. Era simplemente un asunto político y yo estaba en la otra trinchera. "Eres mujer. Gritaste. Pues esto también es por ti", sentenciaba la publicación de esa compañera. Me dolía.

Un abrazo rápido a mis papás antes de irme. No logré responder a todas sus preguntas, estaba muy apurada y, en realmente, tampoco tenía mucha información de mi lugar de destino. Me dirigía a la reunión de universitarios de derecha, pero no sabía siquiera si hablarían de lo que ocurría en la Católica, ya que estaba fijada de antemano. Bajé las escaleras, cerré la puerta y me fui corriendo de regreso al paradero.

El mayo feminista y la derecha universitaria

La "convención de fachos", como me gustaba llamarla en alusión a la forma despectiva con que la izquierda se refiería a las personas de derecha, estaba programada hace unas semanas para el sábado 26 de mayo desde la mañana. *Cónclaves* como ese no sucedían con frecuencia en nuestro mundo. Me había invitado un amigo, Ignacio Palma, de Ciencia Política, y la verdad es que tenía muchas ganas de ir porque también iba a asistir Eduardo Cretton, estudiante de Derecho.

Los tres entramos juntos al Movimiento Gremial cuando novatos, siempre participando de manera muy activa. Nos acercamos aún más cuando fui de candidata a consejera superior, tres años más tarde. Ignacio en aquel entonces era uno de los jefes de la campaña[7] para ganar la Feuc y Cretton el candidato a presidente de la lista gremial, la misma lista donde Bárbara iba de secretaria ejecutiva.

Cada vez que estábamos Palma, Cretton y yo, los buenos recuerdos venían a mi mente. Aquello me había motivado en un comienzo a ir a la convención, aunque, debido a la coyuntura, de pronto se transformó en la excusa para levantar mis ánimos alicaídos. En lo práctico, la escapada también sirvió para pasar por mi casa. Después de haber intentado dormir en el suelo de mi oficina y de lo agotador que fue el viernes, el cambio de ropa y la ducha parecían buenas alternativas para llenarme de nuevas energías.

No tenía muy claro qué pasaría durante el día y si en Casa Central continuaba todo igual. Camino al evento llamé a Raimundo Hurtado, gremialista y estudiante de Derecho en la Contratoma, para corroborar si podíamos acceder al campus para juntarnos con Bárbara y Pía Carrasco en ese lugar antes de ir a la convención. Teníamos mucho que hablar las tres.

Pía era estudiante de último semestre de Trabajo Social y llevaba más años en la UC que Bárbara y yo, había estado en College. Era una de las mujeres con las opiniones más controversiales del Movimiento Gremial. En ocasiones sonaba en extremo progresista, y en otras parecía que el espíritu de los viejos gremialistas la poseía.

Le había pedido que fuera coordinadora de la Consejería Superior y que se ocupara de temáticas como equidad de género y diversidad. En marzo habíamos organizado la Semana de la Mujer y en abril nos reunimos con la ministra de la Mujer, Isabel Plá, para entregarle un petitorio que exigía, a grandes rasgos, la implementación de medidas contra la violencia sexual en espacios académicos. Pía se había aparecido el viernes en Casa Central tras enterarse de la toma feminista y estaba dispuesta a acompañarme en toda peripecia.

Raimundo me avisó que el cordón humano estaba de regreso, así que le propuse a Bárbara que mejor nos viéramos en el metro o en algún lugar cercano a la Universidad, ya que sería imposible entrar. Ahora las tres nos encontraríamos un café del barrio Lastarria que quedaba a pocas cuadras de Alameda 340[8].

Quería que me acompañaran porque me sentía segura con ellas. Hacía horas que no las veía. El viernes en la Contratoma no pudieron instalarse para pasar la noche, se quedaron afuera, como muchos. No tenían la obligación de ir a la convención del sábado y no sé si realmente les motivaba encontrarse con grupos de jóvenes que ninguna conocía. Sin embargo, entendían que las necesitaba y que confiaba en sus consejos para tomar decisiones. Tal vez le encontraban un sentido histórico a todo lo que estaba pasando, y las entretenía ser parte de la aventura. Estaba ahora con mis guardianas. Sabían cómo hacerme sentir más tranquila y segura. Verlas de nuevo me hacía muy bien.

En la fila del café percibimos miradas curiosas y cuchicheos de algunos clientes. Pedí un frapuccino que tardó más de la cuenta, así que apenas me lo entregaron fui a sentarme con las chicas, quienes por suerte habían encontrado mesa dentro del local. Hablamos de lo que estaba pasando, de la vorágine en la cual nos encontrábamos. Pía era muy defensora de las causas de las mujeres, por algo estaba a cargo de esa área en la Consejería. Aunque ya estaba acompañándonos, quería saber qué pensaba realmente sobre la toma.

Y es que hace unos días nos habíamos juntado como grupo de mujeres gremiales para decidir qué posición tomaríamos frente a las movilizaciones feministas. Aquella fue una reunión tensa. No era fácil llegar a acuerdos en estos temas, más cuando gran parte de las mujeres del movimiento eran más conservadoras en ciertos puntos.

En esa ocasión, yo había estado mucho más al centro que varias. Sentía que no solidarizaban en demasía con los problemas que lográbamos identificar, y que ellas esperaban que yo tomara una posición mucho más dura con las movilizaciones. En la reunión Pía fue más radical y no titubeó en criticar a las chicas conservadoras. Recién ahí nos acercamos más.

- Hiciste lo que tenías que hacer, alguien debía enfrentar a las feministas. No te arrepientas, fue lo correcto - afirmó ella. Me quedé más tranquila. Además de que su compañía ya era un gesto, Pía me dio un apoyo en palabras sobre lo hecho el viernes.

Comentamos también lo que sucedería con los otros coordinadores de la Consejería. Apostamos que varios renunciarían. De nueve, cuatro no eran gremiales, por lo que, si lo que suponíamos ocurría, el equipo se iba a quebrar. Con esa expectativa fijamos una hora en la tarde-

noche y los citamos a una reunión de carácter urgente en mi casa.

Mi estómago se contraía tan solo con pensar que en esa reunión podía perder a varios coordinadores que consideraba amigos. Mi campaña de superior había sido tan transversal que incluso hombres y mujeres de izquierda quisieron sumarse al equipo de la Consejería, teniendo a cargo luego, al igual que Pía y Bárbara, diferentes áreas de trabajo. En estos seis meses en el puesto, los había aprendido a conocer y juntos habíamos logrado sacar adelante proyectos serviles al estudiantado, distantes de cualquier tinte político particular. Temía porque aquellos coordinadores renunciaran y no solo porque se irían del equipo, sino porque también se alejarían de mí.

Caminamos desde Lastarria hacia la Universidad de Chile. Ignacio me había dicho que la convención sería en ese lugar y a primeras lo encontré muy irónico pues era raro ver a tanta gente de derecha reunida en una institución donde las ideas de izquierda predominaban. Nos demoramos un poco más; Pía tenía un esguince en uno de sus pies por lo que caminaba bastante lento. Al llegar, subimos unas escaleras y, preguntando, logramos dar con la sala.

Era un espacio grande y estaba todo organizado en grupos de trabajo. Nos acreditamos al otro extremo del salón, por lo que nuestra presencia fue rápidamente identificada por muchos.

Decidimos separarnos, cada una a grupos diferentes. Había cerca de seis equipos, de aproximadamente ocho personas cada uno. El objetivo del evento era encontrar puntos en común como derecha universitaria, así que las discusiones partieron con preguntas generales. No pasaron más de cinco minutos cuando uno de mi grupo puso el tema sobre la mesa. Me agradeció por haberme opuesto públicamente a la toma feminista y a continuación también lo hicieron los demás integrantes. Me puse roja. No me esperaba oír felicitaciones tan directas.

Hora de almorzar, pizzas para todos. A la salida se ubicaron las cajas con las masas de diversas variedades. Comí muchos trozos, tenía hambre acumulada. En la fila comenté con los gremiales de la UC sobre lo discutido en los grupos, y claro, las informaciones más actuales que rondaban en torno a la toma tras la reunión que había tenido con el rector.

Último pedazo. Unos chiquillos se me acercaron muy misteriosos. Nuevamente estaba muy nerviosa, ¡querían tomarse fotos conmigo! Después de ellos fueron más y no solo dirigentes de Santiago, sino que de otras regiones que también habían visto por televisión la histórica toma. Los gremiales de la Católica se reían a carcajadas, sorprendidos por el fenómeno que causaba. Aunque extrañada, no me negué. Lo que ocurría era inverosímil.

- Como no nos queda tiempo, haremos las conclusiones en la sede de la Fech. Pónganse de acuerdo para partir. Nos encontraremos allá en breve - indicó uno de los organizadores de la convención. Juan Carlos Bustos, quien era secretario ejecutivo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (Fech), se había conseguido el espacio.

No era la primera vez que yo pisaba esa sede. Cercana a estación Baquedano, sus paredes pintadas de revolución eran una reliquia viva, estaban muy cuidadas. Quizás había estado ahí antes por Ricardo Sande, presidente de la Feuc 2015, la última directiva de Federación gremialista. Tal vez lo acompañé a alguna conferencia o salida a una marcha, de esas en donde unos cuantos y yo nos ofrecíamos para hacerle guardia cuando era vocero de la Confech.

Al llegar a la Fech, mi estado de ánimo cambió rápidamente. Sentí angustia, me quería ir pronto pues se acercaba el momento de hablar en público. Tras el resumen de las conclusiones grupales, los representantes de la derecha universitaria harían un punto de prensa refiriéndose a las universidades en toma. Según lo acordado con los gremiales más viejos, ahí debía dar declaraciones.

Dos días antes de la ocupación de Casa Central de la UC, el reporte de universidades tomadas realizado por la Federación de la Chile ascendía a 22. Así, algunos medios y activistas tildaron a este periodo como el "mayo feminista", por el gran impacto que tuvo ese movimiento en diferentes instituciones de educación superior en aquel mes. A través de manifestaciones y movilizaciones, estudiantes universitarios exigieron a sus planteles, y al país, plegarse a un cambio social que le pusiera fin al *sistema patriarcal*.

En consiguiente, el movimiento se ocupó de levantar banderas de lucha tales como la implementación de una educación no sexista, el fin las desigualdades arbitrarias de género en ámbitos profesionales y académicos, y la denuncia de situaciones de acoso y abuso sexual ocurridas en espacios universitarios[9].

Motivadas también por el contexto internacional a través de la fuerza del movimiento argentino "Ni una menos", de la campaña de testimonios "#MeToo" iniciada por denuncias de abusos en Hollywood, o por dramáticos casos como el de la violación perpetrada por el grupo "La Manada" en España, en Santiago se realizaron masivas marchas contra la violencia hacia la mujer desde el 2016[10].

Fueron las estudiantes de la Universidad Austral (UACh) quienes dieron el primer paso radical en abril de 2018, tomándose las instalaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de esa casa de estudios. En tal ocasión, y según consignó Emol, las demandas del alumnado tenían relación con la prevención de nuevos casos de violencia sexual, la promoción de una educación con perspectiva de género y sanciones efectivas para los victimarios[11].

El siguiente hito fue la ocupación de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile a finales del mismo mes. En sintonía con los requerimientos de la toma de la UACh, las estudiantes de la Chile exigieron además la desvinculación del profesor y ex presidente del Tribunal Constitucional, Carlos Carmona, por una denuncia de acoso sexual en su contra[12].

Las manifestaciones fueron en aumento rápidamente, y la toma de la Casa Central de la Universidad Católica fue el punto de quiebre que justificó una respuesta mediática de las organizaciones de derecha universitarias. Sus representantes, los cuales provenían de diferentes instituciones a lo largo de Chile, también sufrían los reveses de ser oposición a la facción más revolucionaria de los movimientos feministas, por lo que la convención sirvió sin querer como excusa para oficializar una respuesta a la violencia que ocurría en sus propias casas de estudios.

Discutían ahora para decidir quién iba a dirigirse a la prensa en nombre de todos. Me marginé del debate. Mi ego latente me decía que yo tenía que hablar y que no debía meterme en esa pelea por las cuñas. Ahí me sentía estrella, sobre todo cuando hace unas horas el mismo grupo me había recibido con admiración en la Universidad de Chile. Asumí que después de tanta cháchara llegarían a la conclusión de que yo tenía que ser una de las voceras. "No por nada salí gritando en televisión el día anterior", pensé con ironía.

Después de unos minutos decidieron que yo iba a hablar. Magdalena Ruiz-Esquide, coordinadora de Solidaridad, se retiró de la contienda, era ilógico que dos personas de la UC salieran en cámara cuando había más voceros. Teníamos que mostrar que lo que estaba pasando en nuestra casa de estudios era una realidad compartida también por otras instituciones.

Los cinco movimientos

Siempre había imaginado a la política en la Católica como las *casas de Harry Potter*, cada una con sus distinciones, historia, símbolos y rituales. Era un universo muy especial, con lindos y aterradores recuerdos. Parecía un juego, solo que ninguna de las piezas dispuestas en el tablero era de fantasía.

Cosa más estrambótica que participar en política en la UC no existía. Idealistas, soñábamos con cambiar el mundo en un año y en campaña el asunto era aún más olímpico. Debíamos demostrar destreza en los debates, visión en los proyectos a prometer, y resistencia al soportar extensos recorridos para atraer votantes.

En mayo de 2018, los movimientos políticos en la universidad eran cinco. Por la izquierda estaba la UC Pública y la Nueva Acción Universitaria. El primero, constituido el 2017, se posicionaba en la parte extrema del espectro. Como usualmente sucedía con aquel sector en la política universitaria UC, este movimiento funcionaba como una plataforma que reunía en su interior a agrupaciones más pequeñas. Aquellas se peleaban, fraccionaban y se volvían a juntar con el objeto de refundar principios o crear nuevos movimientos acordes a los intereses de los grupos dispuestos a pactar.

El año 2010, el lugar de UC Pública lo ocupaba Crecer, otra plataforma de izquierda con alumnos que pertenecían al Frente de Estudiantes Libertarios, Unión Nacional Estudiantil, Frente de Acción Socialista, Trazo Común, Acción Libertaria y Movimiento Autonomista. Con la división y quiebre de Crecer en 2017, alumnos independientes y militantes de Izquierda Autónoma, Movimiento Autonomista y Contracorriente, se reagruparon y le dieron vida a UC Pública.

Más al centro que este último y definido en sus estatutos como un grupo progresista y pluralista, la Nau se gestó al alero de las protestas de secundarios y universitarios de 2008, ganando el mismo año las elecciones de directiva Feuc con Miguel Crispi a la cabeza. Dos años más tarde, resultó electa por tercera vez la lista Nau con Giorgio Jackson como su presidente[13]. Con el impulso de la vocería de Giorgio en la Confech en 2011 producto de las movilizaciones estudiantiles, la Nueva Acción Universitaria logró proyectar su popularidad y ganar otras cuatro elecciones de Federación consecutivas.

Tras un corto periodo de dos años de derrotas, donde la lista MG ganó la Feuc en 2015 y Crecer en 2016, la Nau recuperó la Federación de la mano de Sofía Barahona. En el periodo siguiente, la directiva también fue liderada por ese sector, esta vez con Josefina Canales como presidenta. No obstante el triunfo, la estudiante de Educación Parvularia renunció a finales de marzo de 2018, asumiendo su cargo el alumno de Ingeniería Francisco Morales, vicepresidente de la misma lista.

Si bien la Nau tenía fama de moderada, cierto era que cuando llegaba la época de las elecciones era muy comentada la capacidad de ser más flexibles en sus principios para poder captar el voto de la extrema izquierda. La Nueva Acción Universitaria y las plataformas radicales podían pelear todo el año, sin embargo, cuando se acercaban las campañas, se volvían a unir sin pudor.

Por la derecha, estaba el Movimiento Gremial, Solidaridad y Avanzar. Definitivamente los tres no actuaban con la misma conexión de la izquierda, mirando con desconfianza el éxito de alguno por sobre otro, como si de eso dependiera la sobrevivencia de cada uno. Era imposible comparar lo que sucedía en la UC con la política externa. Estábamos lejos de parecernos a Chile Vamos[14], no éramos sector.

De Avanzar poco se sabía además de su propia definición como liberales. Tenían un fuerte vínculo al exterior con Evópoli, partido nacional también de tendencia liberal. Varios de sus militantes me habían apoyado en campaña, pero como entonces Avanzar todavía estaba en formación, nunca fue un respaldo oficial. Eran cercanos, claro, pero su novedad y posición céntrica hacía que sus jugadas en el tablero fueran un tanto impredecibles.

Respecto a los otros dos, en cambio, había más trama. Según la tradición gremialista,

diferencias dentro MG sobre la forma de entender la política universitaria hicieron que el 2010 se produjera una ruptura irreconciliable. Uno de los bandos en disputa, liderado por el consejero superior Pablo Varas, crítico con lo que consideraba un espíritu asistencialista del movimiento, decidió desarrollar las bases de una nueva colectividad a espaldas de sus aún compañeros gremiales. Los alumnos de ese bando, tras ser descubiertos, renunciaron al MG para luego fundar Solidaridad[15].

Con solo dos triunfos en Consejería Superior en 2015 y 2017, y ninguno en directiva de Federación, Solidaridad buscaba situarse más hacia el centro con respecto al gremialismo, según mi perspectiva. Así, definían en sus estatutos conceptos como "justicia social" referida a la promoción de un trato digno, o "bien común", indicado como finalidad ulterior de todo individuo o institución.

El hecho de siempre intentar marcar distancia con el gremialismo era efectivo, pero lo sentía agobiante. Había veces en que nos *cuadrábamos*; de manera superficial en algunas votaciones y discusiones en los consejos Feuc, a veces antecedido por algún acuerdo entre directivas, y claro, en momentos tan peculiares como la Contratoma. Fue Magdalena Lira quien, dada su posición de liderazgo, orientó a Solidaridad a tomar el rol de oposición en la toma.

Todos sus representantes tenían que mostrarse alineados y, aunque les costó debido a miembros rebeldes, lo lograron. Estuvimos muy unidos con todo lo acontecido, no contábamos con nadie más. Estar juntos en esto era lo que nos quedaba y con el protagonismo del Cade, que era de tendencia solidaria principalmente por Magdalena Lira, y nuestra presencia natural como gremiales en la Contratoma, logramos estar más cerca que nunca, casi por defecto.

Por ejemplo, días después de la ocupación, el 31 de mayo, se realizó un Consejo Feuc en la Facultad de Sociales. Ahí asistieron consejeros territoriales, centros de alumnos y estudiantes de base. La citación tenía el objeto de aprobar al postulante a "delegado Confech", el cual debía fiscalizar a la directiva Feuc en las actividades de la Confederación. Tras la renuncia al cargo del chico de UC Pública por acusaciones de abuso sexual, solo quedó en competencia el aspirante solidario apoyado por el Movimiento Gremial.

El muchacho estaba listo para ser aprobado pues él había sido el contrincante en la elección original. Pese a la oportunidad, la izquierda acordó rechazarlo con la excusa de que el solidario había firmado una carta que solicitaba desalojo y sumario para los participantes de la toma.

Una polémica jugada que encendió la discusión en el Consejo Feuc. Ganó la idea de no aprobarlo y el cargo de delegado Confech quedó vacante. La izquierda dominaba la política universitaria y tras la toma, parecía que aquello sería un estado perpetuo. En efecto, demostraron que no cederían espacio alguno y que el feminismo más extremo iba a permear hasta lo más profundo de la UC.

Terminado aquel Consejo, los gremiales hicimos un círculo para conversar sobre lo sucedido. Invitamos a los representantes solidarios que deambulaban por el lugar impactados.

- Lo que pasó en la toma y lo que ocurrió aquí no es una lucha entre movimientos universitarios, va más allá de las cuatro paredes de un campus. Es una pelea de cómo entendemos el mundo y, por lo visto, para ellos no hay armas sensatas - me atreví a hablar en el círculo secundando a uno de mis compañeros gremiales.

Esa sería la última vez que solidarios y gremiales estaríamos tan unidos. La toma nos había puesto en el mismo lado de la contienda, sin embargo, las rencillas eleccionarias volverían a hacernos competir en el futuro.

El punto de prensa

Próxima a los baños de la Fech, había una sala al fondo del pasillo. Era pequeña y en ella se

iban a reunir los que saldrían a declarar en cámara. Comenzaron a hablar sobre lo que tenían que decir y lo que no. Éramos cuatro, tres mujeres y un hombre. Se decidió que las chiquillas teníamos que liderar la conferencia. Tanto conocía a este mundo, que en mis pensamientos afirmé segura que, si no fuera por el año en el cual nos encontrábamos, serían cuatro hombres parlanchines quienes estarían al frente.

Matizaron sus discursos. No podíamos ser indolentes ante las situaciones de violencia sexual que sí les ocurrían a compañeras y, asimismo, era menester remarcar que las diferentes tomas a lo largo del país no era la manera de solucionar las cosas. Yo tenía muy claras mis líneas, pero no sabía si con aparecer en la prensa estaba haciendo lo correcto. ¿Cuáles eran los límites a la hora de enfrentarme al mundo público? ¿Por quiénes hablaba? Temía que con lo que había hecho nunca más podría referirme a un tema relacionado con mujeres. Eso realmente me estremecía, porque de alguna u otra manera, también había abierto los ojos.

Me había transformado en una experta en el área, conocía al revés y al derecho las cifras negras de la Universidad y había tenido reuniones con un sinfín de autoridades para levantar iniciativas. Participaba activamente de la mesa de trabajo de violencia sexual de la institución y había solicitado integrarme recientemente a una comisión que buscaba promover la inclusión de la mujer en la academia.

En sintonía, junto a Bárbara, habíamos empezado un novedoso proyecto de mentorías entre docentes destacadas y estudiantes de diferentes carreras, y en nuestros planes también estaba la generación de talleres para que profesores promovieran un trato equitativo en cuanto a género en la sala de clases. Suponía que al salir en los medios estaba minando la posibilidad de seguir aportando, desde ese momento y en el futuro, en lo que más me gustaba.

Las inseguridades me persiguieron durante todo mi mandato: o avanzaba en los proyectos que me apasionaban, o me convertía en una voz antagónica a la ola. En definitiva, era como caminar en lo que ahora se habían vuelto injustamente opuestos. Debía escoger entre ser consejera superior, o ser una referente gremialista. Si me inclinaba a ser consejera, me hundía en la intrascendencia. Y si, por el contrario, me enfocaba en una agenda más política, caía en un vacío utilitarista.

A minutos de salir al aire, hablé con Bárbara y Pía sobre lo que tenía que decir en cámara. No me resultaba ensayar con los demás, estaba muy nerviosa porque mi cabeza era la única que realmente peligraba; los demás chicos no eran representantes más que de sus propios movimientos.

Llegaron los medios y nos ubicamos según el orden en el cual hablaríamos. Por decisión propia fui última. Todos los dirigentes que iban a aparecer prepararon sus discursos para no extenderse. Funcionó. Incluso yo, que no había ensayado, soné coherente y sincera en el cierre.

Opté por mencionar algo así como que la violencia no era la forma de conseguir fines, y que debíamos preocuparnos realmente por todas las mujeres que sufrían vulneración. De esa forma me protegía. Nadie podría decir que había mencionado algo incorrecto o que le estaba fallando al cargo por “adjudicarme la voz de la UC”.

Enseguida, aplausos desde nuestras espaldas. Era la derecha universitaria que, pese a cuyos sus miembros no se conocían entre sí, lograba de identificarse a sí misma como oposición. Los medios continuaron grabando, por lo que algunos estudiantes aprovecharon el momento para colgar un lienzo que decía “Las universidades son espacios para todos” desde el segundo piso de la Fech y entonar polémicos gritos. Consideré que era ocasión de irnos, me sentía ajena con la puesta en escena. Bárbara y Pía estuvieron de acuerdo conmigo.

Encuentro en el cordón humano

Al llegar a Casa Central, nos asomamos por el frontis para ver si había gente resguardando el sector Alameda. Pasamos por delante porque, además de ser el camino más corto para llegar a la calle Lira, quienes se mantenían en la zona se notaban despistados, algunos transitando hacia otras entradas. Minutos antes había coordinado con Raimundo para que me entregara la mochila por la reja del portón.

Pía se quedó un poco más atrás debido a su lesión. Con Bárbara andábamos muy rápido, e incluso nos apresuramos aún más cuando sentimos las miradas de alerta de las feministas al pasar por la entrada principal. Las que se dieron cuenta de nuestra modesta irrupción le silbaron al resto de las vigilantes para que prestaran atención. Intentamos no mirarlas.

Ya en la calle Lira, un grupo de dos chicas nos adelantó de manera sospechosa. Llegó a nosotras una tercera mujer, agitada.

- Oigan chiquillas, me mandaron a seguir a unas personas. ¿Saben a quiénes? Creo que se me pasaron - dijo ella.
- Sí, te mandaron a seguirnos a nosotras. Tus compañeras van más adelante - respondió Bárbara con una sonrisa.

Estábamos muy cerca de la reja de Lira. Bárbara me repitió la anécdota que acababa de ocurrir para sacarme una mueca, me encontraba muy distraída.

Había mucho movimiento en el frontis porque gran parte de los estudiantes de la toma se dirigía al mismo lugar que nosotras. Nuevamente estaban tapando el portón de la única entrada que teníamos disponible. De a poco llegaban más alumnos a unirse al cordón.

Entre las decenas de caras vi la de Jake, uno de mis mejores amigos de la carrera junto a Felipe y también coordinador de Comunicaciones de la Consejería Superior. A pesar de que él era de izquierda, me había ayudado en la campaña para superior. Ese fue uno de los gestos de amistad más profundos que recibí en mi paso por la Universidad.

Jake me había apoyado porque creía en mí y en que, de alguna u otra manera, yo era *diferente a los otros gremiales*. Por eso también imaginaba que había aceptado trabajar conmigo en la Consejería. Me quiso ayudar, más aún con la promesa de que sería un proyecto transversal.

Me impactó verlo, estábamos ahora en veredas opuestas. No sabía cómo reaccionar. Bárbara le sonrió, pero no obtuvo respuesta. Raimundo se estaba tardando más de la cuenta en llegar con la mochila. Era una situación compleja, varios estudiantes de la toma nos reconocieron al tiempo que se ordenaban en la reja. Me quería ir rápido. Percibimos la presión de la gente, pensaron que queríamos ingresar.

Al fin se asomó Raimundo. La mochila, que era de colores muy vistosos, pasó por entremedio de los barrotes y también de la gente. Yo temblaba. Reconocía a muchos compañeros de mi Facultad.

Con el bolso en las manos, miré de reojo a Jake. La toma nos había dividido y quizás hasta cuándo. Debía esperar hasta la reunión de la noche que tendríamos con los coordinadores. Tal vez ahí encontraría claridad.

Capítulo 2 Domingo

8 de noviembre de 2017. Quedaba un par de horas para que comenzara el conteo de segunda vuelta. Ya era tarde y las urnas no salían de la oficina de la Feuc, el atraso se mostraba evidente. Los nervios no empeoraron por esa causa, realmente no quería que empezara la noche.

Nuestra central de operaciones estaba en una sala de la Facultad de Sociales. La llamábamos "Crowne Plaza", en alusión al céntrico hotel de Santiago donde se concentraban algunos partidos políticos chilenos durante las elecciones presidenciales. Tenía la función de reunir a gente de números para que realizaran proyecciones electorales. Estos chicos iniciaban actividades al comienzo del periodo de campaña dando orientaciones al equipo y a los candidatos para focalizar esfuerzos de despliegue; y cuando empezaba el conteo, generaban estadísticas para anticipar resultados.

El momento de la verdad se acercaba. Según los ingenieros, las probabilidades de ganar eran cincuenta y cincuenta. Había muchos territorios difíciles de pronosticar, y más en una votación tan personalista como la del consejero superior. Pese a lo azarosa de la proyección, Pablo Schultz, quien recientemente había sido candidato en la lista vencida en primera vuelta junto a Eduardo Cretton y Bárbara, sonaba muy pesimista. Su tono bajo y breves palabras confirmaban mis corazonadas. Yo iba a perder.

Le pedí a Felipe Cáceres que me acompañara a salir un instante de la sala. Nos abrigamos y terminamos de comer un pedazo de las pizzas que el equipo de campaña había encargado para aguantar la noche. Enseguida, sin que nadie lo notara, nos escapamos por un rato.

Antes de postular a superior, había sido consejera académica en mi carrera, donde representaba a mis compañeros en la implementación y desarrollo de ciertas políticas curriculares en la Facultad de Comunicaciones. Participaba, por lo tanto, junto a profesores en discusiones relativas a las mallas de las carreras y problemáticas que podían surgir en los cursos. En adición, era portavoz de los alumnos de Periodismo en el Consejo Académico, donde compartía el espacio con mis símiles de otras unidades.

Una de las misiones que más me gustaba del cargo era la defensa -frente a una comisión compuesta por el decano, directores de carrera, docentes y administrativos- de los estudiantes que caían en causal de eliminación. Aquella obligación era una de las funciones más sobrecogedoras y desafiantes y, en buena medida, fue por esa experiencia que decidí postularme a consejera superior.

No fue un camino solitario. Felipe se transformó rápidamente en alguien muy importante en mi vida desde que le pedí que fuera mi subconsejero en Periodismo. Ambos participábamos del Movimiento Gremial en Comunicaciones, solo que él había dejado de ser activo en los últimos años. Fue una apuesta ir de candidatos juntos pues pertenecíamos a la misma generación y éramos conocidos por ser gremiales, cuestión muy poco conveniente en una elección en nuestra Facultad.

Estaba muy oscuro a la salida de la sala de números. Nos alejamos unos metros y nos

sentamos en bancas de cemento, con suerte nos veíamos las caras. Con mucha angustia le pregunté a Felipe cómo creía que me iba a ir en la elección. Las palabras de Schultz habían sonado tan funestas que tenía la certeza que ese cincuenta y cincuenta no estaba a mi favor.

- Yo pienso que te va a ir bien - dijo Felipe, confiado y a la vez sorprendido por mi pregunta. - Lo hiciste con el corazón, entregaste todo de ti en la campaña. No entiendo por qué imaginas que te va a ir mal.

Pese a que solo habían pasado unos meses, los recuerdos de la época de elecciones eran latentes en mayo. La añoranza de pasar por los patios recibiendo el cariño de las personas me hacía maldecir mi presente.

El renacer de la ola feminista en la UC

El domingo volvimos a tratar de entrar a Casa Central, esta vez atravesando el Centro Médico, por la calle Marcoleta. Estaba con Pía y Bárbara haciendo lo imposible para no parecer sospechosas. No duramos mucho. Antes de cruzar el umbral del Centro, unos guardias nos preguntaron hacia dónde nos dirigíamos. De vuelta a la calle. Habíamos sido demasiado evidentes.

Nos rehusamos a aparecer por la Alameda. Como no era tan temprano, las probabilidades de que ya hubiera gente de la toma instalada en las entradas eran altas. Por eso caminamos rápido hacia la calle Lira, tratando de pasar desapercibidas. Eran al menos quince personas entre los barrotes y la vereda, así que nos animamos a intentar ingresar. No miré a nadie, fijé la vista en la reja donde se ubicaban los guardias. Ellos restringían el acceso de todos y evitaban hablar con los alumnos, tanto con quienes querían entrar a la Contratoma como los de la misma toma. Con sus cadenas humanas, estos últimos presionaban a los funcionarios para que no dejaran pasar a nadie.

- Ah, usted - me identificó un guardia antes de siquiera acercarme lo suficiente al portón - Es ella, hay que dejarla pasar. Señorita, ¡entre no más!

El funcionario abrió la reja tras intercambiar palabras con otro de los suyos. Los de la toma se quedaron boquiabiertos mientras me abrían paso. Aproveché de decirle al guardia que andaba con dos chicas más. Perfecto. En un abrir y cerrar de ojos, las tres estábamos dentro, sintiéndonos muy especiales con el acceso exclusivo. De seguro el rector había intervenido, pues era parte de lo solicitado en la reunión del sábado.

No teníamos claras las lógicas cotidianas de la toma, todo se realizaba de manera muy hermética. Ni siquiera podíamos calcular cuánta gente en total había dentro; especulábamos que serían alrededor de cien en el tercer día de toma. Por lo que declaraban las autoridades, sabíamos que regularmente los estudiantes se reunían en asambleas al interior del campus para evaluar las contrapropuestas y avances de la negociación sobre los puntos del petitorio entregado a Rectoría el día anterior a la ocupación. Aquel listado de requerimientos había sido armado luego de las discusiones realizadas en asambleas separatistas dispuestas por los grupos feministas de la UC durante mayo. Se constituyeron equipos de trabajo estables y estructurados que con el pasar de las semanas llegaron al diagnóstico común de que el camino más eficaz para dar respuesta a sus demandas era con una ocupación de instalaciones.

Estas entidades feministas comenzaron su historia al alero de una consulta plebiscitaria al alumnado realizada por la Feuc en septiembre de 2017. La idea de ese proceso era conocer la opinión de la comunidad sobre la ley de aborto en tres causales y la objeción institucional que buscaba garantizar la Universidad en su red de salud UC Christus tras la aprobación de la norma abortista en el Congreso chileno. Con el objetivo de que los estudiantes votaran a favor de la primera consigna y en contra de la segunda es que movimientos políticos como la Nau, las

Juventudes Comunistas y agrupaciones más pequeñas de izquierda que en el futuro integrarían UC Pública, sumados a la Secretaría de Género y Sexualidades (Segex)[16], se unieron para levantar una campaña que pudiera conseguir tales resultados[17].

Orgánicamente, desde ese conglomerado de acción política junto a grupos feministas orquestados fuera de los movimientos, es que las temáticas de género retomaron su relevancia a comienzos de abril del año siguiente. Se empezaron a levantar asambleas separatistas en diversas carreras, motivadas por el panorama nacional de movilizaciones contra la violencia sexual y por la que consideraban una insuficiente capacidad resolutiva de las instituciones para estos casos.

En resumidas cuentas, el petitorio proveniente de semanas de asambleísmo feminista le exigía a la UC modificar diferentes aspectos sustanciales de sus normativas y procesos. Estos cambios apuntaban hacia sus políticas contra la violencia sexual y discriminación arbitraria; la transformación de su modelo educativo hacia uno "no sexista, inclusivo e interseccional"; implementación de acciones de reparación y condena frente a un caso que involucraba a una ex funcionaria y a un docente de la institución; ampliación de beneficios para madres y padres universitarios; desarrollo de medidas de integración hacia la comunidad transgénero; fortalecimiento de los apoyos a alumnos en situación de discapacidad; su apertura para iniciar con un proceso de internación de los trabajadores subcontratados; y el término de su carácter de objetora de conciencia institucional con UC Christus respecto a la realización de abortos[18].

Después de una breve declaración publicada y difundida en redes sociales, la comunidad pudo conocer el motivo de la toma del 25 de mayo y cuál era la organización que había encabezado la avanzada: el recién conformado Movimiento Autónomo Feminista Interseccional (Mafi UC).

> *"Frente al machismo y la violencia como elementos estructurales en la sociedad, mujeres de distintos espacios nos levantamos a lo largo del país para acabar con los abusos sistemáticos de poder, la violencia de género y el silencio ante nuestras demandas. La Universidad Católica realiza un abuso sistemático de su poder machista, tanto desde dentro como fuera de la institución, perpetuando un modelo de sociedad patriarcal.*
>
> *Hoy, nosotres[19] como estudiantes agrupades como Movimiento Autónomo Feminista Interseccional hemos decidido hacer ocupación de Casa Central dada la falta de reconocimiento y presencia de nuestro rector para con nuestra movilización. Nos sentimos indignadas y prontas a demostrar lo apremiante e importante de esta contingencia, puesto que exigimos con urgencia una reforma al protocolo de abuso y educación no sexista, y otros puntos especificados en nuestro protocolo.*
>
> *A la fecha ya se han recibido alrededor de 40 denuncias de acoso/abuso/violencia sexual en la Secretaría de Género y Sexualidad, cifra que ya sobrepasó la cantidad de denuncias recibidas durante todo el 2017. El protocolo actual es deficiente: no contempla todos los estamentos, no tiene medidas cautelares y no entrega plazos de investigación ni resoluciones. Se requiere de forma urgente un protocolo con enfoque de género, que se haga cargo de las denuncias entendiéndolas como una problemática dentro la sociedad y encontremos un apoyo real en las autoridades que predican el bienestar integral de la comunidad UC, pero que a la vez practican el encubrimiento de los abusos existentes dentro del establecimiento.*
>
> *El escenario es apremiante, considerando las declaraciones del presidente Sebastián Piñera, las cuales reconocemos como un discurso vacío, sin fondo, y sin inclusión de temas tan importantes como nuestras disidencias, que también tienen necesidades de ser considerades en este discurso, junto con los requerimientos reales que los movimientos*

feministas exigen. Consideramos que ya es tiempo de reconocerlos.

Por esto el día de hoy, juntes como alumnes preocupades y atingentes, demostramos nuestra convicción en cambiar esta institución por una comunidad que luche contra el machismo, en que la realidad de nuestras necesidades sea la verdadera pauta y agenda de la Universidad.

Con respecto a la ocupación exigimos lo siguiente:

1. No comenzaremos el diálogo con rectoría hasta que se nos asegure que no se abrirán procesos de responsabilidad (sumarios) contra les estudiantes involucrados en la ocupación.

2. Efectuado lo anterior, iniciaremos el proceso de diálogo en tanto rectoría nos entregue propuestas concretas a nuestras demandas. La ocupación se mantendrá hasta tener respuesta a nuestro petitorio.

Queremos afirmar que esta ocupación ha sido pacífica, sin disturbios, sin daños a la propiedad y sin agresiones a terceros."

Declaración Mafi UC sobre la Toma de Casa Central.
Santiago, 25 de mayo de 2018.

Derrota latente

- Yo creo que voy a perder la elección. Lo intenté y todo, pero tengo ese presentimiento. Estoy tranquila, hice lo que pude. Fue una aventura y el solo hecho de llegar hasta aquí ya es un logro - le respondí a mi amigo en la oscuridad de la Facultad de Sociales. A diferencia de él, yo estaba mucho más negativa.

Felipe me había acompañado durante toda la campaña y su ayuda en clases fue esencial para que no sufriera un colapso nervioso. Jake también intentaba socorrer cuando necesitaba soldados, y si me encontraba en San Joaquín, ambos apoyaban en el despliegue en Casa Central. Los tres éramos grandes amigos de Comunicaciones.

Aquella noche de conteo estaba muy cansada. El día dos de la campaña de segunda vuelta había sido mucho más agotador que el primero y las sensaciones, peores. De hecho, cuando iban a cerrar las mesas de votaciones de Ingeniería Comercial -de las pocas que aún quedaban abiertas a esas horas de la tarde- un chico de cara conocida se me acercó. Lo había visto acompañando al candidato a superior de Solidaridad a sus debates y actividades, pero poco sabía de él. Además de preguntarme cordialmente cómo me encontraba, hizo un comentario sobre un rumor que había escuchado.

- Parece que este año nos teñimos de verde[20] en ambas elecciones - insinuaba lastimoso el muchacho.

Al principio no lo había escuchado bien, así que me pedí que repitiera la frase. Luego, al oír con claridad, le pregunté con timidez a qué se debía esa suposición.

- Eso es lo que dicen, que ya hicieron los cálculos. Bueno, otro año más de la Nau. Lo lamento, para la próxima será – sentenció.

Aunque su comentario era fatídico, su tono mostraba en él algo de satisfacción. Me desarmó. Durante toda la campaña había mantenido los pies en la tierra, principalmente porque estaba acostumbrada a perder. Sentía que eso era algo intrínseco en mí. Desde chica que competía en elecciones escolares, fracasando siempre a último minuto. En la universidad era similar. Había perdido cuando quise ser delegada y luego consejera territorial, ¿por qué cantaría victoria ahora? Me sostenía la idea de haber triunfado como consejera académica, pero en esta ocasión, las condiciones eran muy distintas. Competía contra Ariel Gallardo, ingeniero, cuya escuela tenía la matrícula más numerosa en la Universidad[21], y de la Nau, el movimiento popular de la década.

En cambio yo, niña facha, con pocas redes y de carrera chica, no tenía opciones. Consideraba un milagro haber pasado a segunda vuelta, y más encima, con la mayor cantidad de votos entre los cuatro candidatos. De hecho, tras los resultados del primer balotaje, mi papá admitiría que, si bien pensaba que iba a disputar la segunda fase, no lo haría con el mayor porcentaje.

- Hija, tienes que estar tranquila con tu campaña. Si llegas a perder, sabrás que de ninguna manera la culpa será tuya, y si, por el contrario, ganas, habrá sido solo por tu empuje - me decía él, recién terminado el primer día de votaciones.

Mi papá y mi mamá habían visto todo mi camino en política universitaria y siempre me incentivaban a tomar nuevos desafíos. Ellos eran ex oficiales de Carabineros y gran parte de mi estilo de vida había sido producto de ese vínculo tan fuerte con la institución, presente en la crianza y en mi forma de pensar. Del uniforme verde aprendí a vivir con sacrificios y a ver cómo para nosotros las oportunidades nunca provendrían de la suerte, ni de contactos, ni de grandes herencias. Y entendí también, por sus historias, que a veces esas chances estaban acompañadas de sufrimiento y sudor, o que incluso podrían nunca llegar. Asumí entonces que toda dificultad era parte del destino. Que tendría que convivir con esa sensación constante de que, pese a toda entrega, la derrota siempre sería una probabilidad. Desde que me di cuenta que así sería mi vida, el modus operandi se tornó hacia intentar ser la más digna de los rivales.

Me esforzaba y con gusto, pero era un tanto desolador. Para ilustrar, la impresión de folletos y carteles para las actividades gremialistas en la carrera corría casi siempre por mi cuenta. La mayoría de las veces era gracias al pago de unas ayudantías que hacía en mi carrera; otras, con el patrocinio no autorizado de mis papás. En ocasiones ellos se daban cuenta de que usaba más la impresora, que sacaba muchas monedas de la alcancía común, o que la plata para andar en micro era solicitada con demasiada frecuencia.

- Javiera, ¿por qué nadie te ayuda? - decía mi mamá cuando me acompañaba hasta la madrugada recortando y doblando folletos.

No sabía qué responderle, era difícil explicar el porqué de mi entrega.

La última cena

La conversación del sábado con los coordinadores duraría más allá de medianoche. Tras haberle pedido la mochila a Raimundo a la vuelta de la convención de estudiantes de derecha, Bárbara, Pía y yo nos fuimos a mi casa a planificar la reunión.

Para apaciguar la tensión de la espera, nos quedamos viendo tele en la cocina, comentando uno de los programas de televisión que estaba de moda en el bloque de las ocho. Nos habíamos puesto de acuerdo con Konrad Hartmann sobre el horario y lugar de la citación. Él, al igual que Bárbara, era coordinador general de la Consejería Superior.

Estudiaba Ingeniería, era gremialista y un año menor que Bárbara y yo. Le había pedido asumir el cargo porque, a diferencia de nosotras, quienes proveníamos de un mundo ligado a las humanidades, más teóricas y cercanas en cuanto a forma de pensar, él era muy pragmático. Un hombre de números, estructurado y menos acomplejado por las cosas. Así era Konrad. Su inconmovible carácter, a veces propio de quienes son más ligados a las matemáticas, era muy útil para tomar decisiones con calma, nos guiaba hacia el sentido común.

Valentina Barrera, también ingeniera gremialista y otra de las coordinadoras de área de la Consejería, tenía un perfil similar dentro del equipo, solo que con mayor laxitud que su compañero. Ellos eran muy amigos, por lo que Valentina nos ayudaba a lidiar con las reacciones más autómatas de Konrad. Esa noche de sábado, ninguno de los dos hablaría ni una sola palabra.

De a poco fueron llegando los demás coordinadores a mi casa. Me sentía intranquila, sabía que algunos estaban pensando en abandonarme tras haber enfrentado públicamente a las niñas de

la toma. Como un par de ellos apoyaba al movimiento feminista, era lógico que sintieran que ya no tenían lugar en la Consejería.

Nos sentamos en el comedor, que era más grande que la mesa de diario donde hace unos minutos vimos tele con las chicas. Decidimos esperar a Jake, estaba atrasado.

Partí yo, me correspondía hablar. Muy brevemente mencioné por qué los había citado y, después de una pausa para referirme a lo que sentía, me largué a botar todas las lágrimas. Me tomó un buen rato encontrar las palabras precisas.

- Tranquila, no has llorado en ninguno de estos días - comentó Bárbara dirigiéndose a mí. Ella estaba sentada a mi lado derecho y Pía era consecutiva.

Mi garganta estaba muy apretada, no sabía por dónde partir. En efecto no había llorado, ni siquiera a solas. Los sentimientos que hace semanas guardaba querían escaparse por mi cuerpo, todos al mismo tiempo.

- ¡No saben lo difícil que ha sido para mí! ¡No sé cómo manejar esto! - fue lo único que salió de mi boca, al menos durante los primeros minutos.

El silencio en el comedor era total. Tuve pausas extensas, pero mis invitados fueron pacientes. Tenía tanto que expresar, cualquier frase era insuficiente. Mi corazón latía muy fuerte y me avergonzaba mirar al resto. El agua corría sin parar por mis mejillas. Estaba desolada, desmoronándome.

Comencé a articular de a poco lo que quería decir y conté entre continuos sollozos cómo había sido ese viernes para mí. Que había sido todo desde la guata, que nadie me había dicho qué era lo que tenía que hacer, que las decisiones que tomé no habían sido premeditadas.

Creía que debía adelantarme a las explicaciones que ellos querían oír. Corrían demasiados rumores y se opinaba tanto de la consejera superior, que imaginé que se habían dejado llevar por los comentarios: que no debí haberme metido en el conflicto, que había sido violenta, que la Universidad no había hecho nada por las alumnas agredidas, y que yo solo buscaba aparecer en los medios.

Tiritaba. Solo quería que fueran un poco más libres de sus prejuicios para que pudieran entender lo que había pasado por mi mente ese día, además de todas las emociones que estaban fluyendo ahora por mis entrañas. Me conocían lo suficiente como para saber que mi prioridad como consejera era combatir la violencia sexual, lo habían visto; y que mi reacción tras la ocupación era una consecuencia esperable de lo frustrante que me resultaba una arremetida como esa.

Sentía tanto peso sobre mis hombros. Personas, a veces sin rostro, esperaban una respuesta que, por cierto, nunca las dejaría satisfechas por completo. Pensaba en ellas en momentos de duda. Sus voces ensordecedoras me decían que yo había abandonado a las víctimas y, de paso, a quienes habían confiado en mi transversalidad como representante.

- ¡Desearía no ser consejera superior! - estallé en el comedor.

La carta de desalojo

Con la entrada auspiciada por los guardias y el cariñoso saludo de los alumnos en Derecho, el regreso a la Contratoma me hizo sentir más tranquila. Si bien aún los escalofríos me recorrían al recordar lo conversado con los coordinadores, sabía que había hecho lo correcto al desahogarme. Los ojos hinchados y ojeras marcadas me rogaban más tiempo en mi lugar seguro, mas mi deber estaba en Casa Central.

- Todos no odian, ¿no? - me preguntó el vicepresidente del Cade, Pedro Varela.
- A mí, a ti, a tus compañeros y a cualquiera que nos defienda - respondí mordaz.

Los chicos de la Contratoma se hallaban distendidos el domingo, los nervios de lo inhóspito

no podían durar más de tres días. A esas alturas, no quedaban más de veinticinco alumnos en Derecho. Era momento de liberar estrés y de hablar también de otras controversias. Actualizamos nuestra información de las negociaciones entre el rector y voceras con la que circulaba en el patio y luego, comentamos sobre una de esas polémicas: la declaración estudiantil contraria a la ocupación feminista, hecha pública en los medios el sábado.

"Ante los hechos recientes, en virtud de los cuales el campus de Casa Central fue tomado por un grupo de estudiantes, tanto de nuestra Universidad como de otras, procedemos a realizar la siguiente declaración:

1. *Consideramos de absoluta gravedad que un conjunto de alumnos haya realizado un acto ilegítimo y violento, siendo esto una característica inherente a toda toma. Asimismo, resulta necesario recalcar que la articulación de ésta fue organizada, en su mayoría, por grupos externos a la comunidad universitaria y en total hermetismo. La tolerancia al uso de este tipo de métodos excesivos, es avalar la coerción como un medio para aprobar una solución que debería ser transversal.*
2. *Toda institución se sustenta, fundamentalmente, en la necesidad de proteger a sus integrantes: alumnos, profesores, funcionarios y trabajadores. Es, de hecho, por esta razón, que condenamos todo abuso, acoso, violencia y discriminación, al ser estos un atentado contra el respeto y la promoción de la dignidad humana. En efecto, reconocemos que han ocurrido situaciones que atentan precisamente contra la dignidad de toda mujer, y que no han sido abordadas de manera adecuada. Conjuntamente a lo anterior, resulta fundamental para el correcto y pacífico desarrollo de la comunidad, la existencia de una autoridad encargada de velar que los principios que la rigen se adecúen a su realización práctica.*
3. *A causa de todo lo dicho, solicitamos:*
    1. *El desalojo de quienes se han apropiado ilegítimamente de las instalaciones ya que, de lo contrario, se merma la defensa de nuestra comunidad.*
    2. *La sanción respecto a los responsables de los actos previamente descritos, que resulten necesarios y proporcionales a la gravedad de los hechos. Además, no se debe descartar la opción de realizar un sumario a aquellos alumnos de la Universidad que hayan sido partícipes de la toma. Corresponde añadir que, en consideración de la gravedad de las acciones, resulta particularmente injusto que los responsables no sean sancionados adecuadamente, sentándose un riesgoso precedente.*
    3. *La revisión del petitorio propuesto, al contener disposiciones contrarias al ideario y espíritu de nuestra institución, sin perjuicio de que otras de éstas sean absolutamente válidas.*
    4. *El resguardo de la integridad de los alumnos que, de forma pacífica, permanecerán en el campus con el fin de evitar la toma completa de Casa Central.*
4. *Estimamos indispensable el cumplimiento de estas medidas, toda vez que permitirá fortalecer la confianza en la institución que buscamos defender."*

Declaración Estudiantes UC, versión completa.
Santiago, 25 de mayo de 2018.

Las firmas se habían juntado el viernes a través de un mensaje que resumía la declaración, invitando a enviar el nombre para adscribir. No mandé el mío pese a que deseaba el desalojo más que cualquiera. Me había opuesto a primera hora en el Honorable Consejo Superior a posibles sanciones para los de la toma, no podía ser incoherente.

Aunque sacar a los estudiantes de las instalaciones era el camino más rápido, creía que sus motivos eran demasiado complejos como para terminar todo tan abruptamente, más cuando aquello no se planteó desde un principio. La conversación sobre violencia se había abierto a la comunidad universitaria y esta se notaba dispuesta a solidarizar, a avanzar en ciertos cambios y a cuestionar duramente a sus autoridades.

Era comprensible la furia que había llevado a muchas chicas a tomarse la UC. En definitiva, varias de ellas habían vivido dolorosos episodios de acoso y abuso en sus vidas, algunas incluso de violación. Consideraba imposible tomar una determinación tan fría cuando entendía los motivos que tenían para unirse de una manera tan fuerte y avasalladora. Todas habíamos sufrido y yo continuaba siendo consejera superior.

La declaración fue firmada por más de mil estudiantes de la UC y solo había sido difundida uno a uno durante una tarde, logrando un gran alcance. Las amigas de Bárbara, todas en la toma, le preguntaron por el nombre número 103. La firma con ese puesto correspondía a la de Biskupovic.

- Ni siquiera la leí. Como vi que todos estaban enviando sus nombres, mandé el mío no más - contó con un tono anecdótico. No sonaba angustiada, pero sabía que ese listado de firmantes podría costarnos más de un problema en el futuro.

A sus amigas tampoco les importaba demasiado. Entendían que aquello era algo simbólico, que Bárbara no quería hacerles daño. Los violentos desalojos en distintos liceos ocurridos durante el mes[22] estaban muy presentes en la memoria de la comunidad, las imágenes eran frescas. La posibilidad de desahucio y sumarios aterraba a muchas.

Quienes nos creíamos videntes, apostamos que aquí sería distinto. Las chicas de la toma estarían dispuestas a ir más allá, a pelear y a ser víctimas de la fuerza pública de ser necesario. Analizando el panorama con astucia, era conveniente para ellas que entraran hombres del Estado a intentar sacarlas; comunicacionalmente se habría definido de manera muy clara quiénes eran los antagonistas del conflicto. Pero si de franqueza se hubiere tratado, la petición de desalojo era la única herramienta que le quedaba a la oposición cuando nadie quería responder.

Quiebre en el equipo

- Estoy leyendo un grupo de Whatsapp de la Asamblea de Mujeres y comentan que te escucharon decir que querías sumario y desalojo para todas - me señaló una de las coordinadoras de área la Consejería Superior, Paz Rivas, momentos antes de que se bajara la toma.
- Tú sabes que no he hecho algo así. Diles la verdad - repliqué yo, mirándola fijamente a los ojos.
- Es que no puedo. Las conoces, Rod Jav[23], me matan si te defiendo - dijo ella, alejándose de la puerta de la oficina para ir con las chicas de la toma.

Esa fue la última conversación que tuvimos frente a frente antes de que Paz renunciara a continuar en lo que quedaba del equipo de la Consejería. En la reunión del sábado con los coordinadores, ella se había mostrado dubitativa. Que no sabía si continuar o no, que apoyaba la toma, que ella jugaba un rol importante en las asambleas que hacían las mujeres de su carrera, que necesitaba un tiempo, que se consideraba mi amiga. Terminadas sus palabras, Pía solicitó el turno para responderle.

- Aquí no hay espacio para medias tintas. No necesitamos que, dada esta situación, critiquen o cuestionen a la Javiera. Si no van a apoyarla, mejor renuncien - sentenció furiosa mientras Bárbara celebraba en silencio la intervención. Pese a la dureza de Pía, Paz Rivas se tomaría unos días para pensar su permanencia en la Consejería.

Jake, a diferencia de Paz, fue muy directo. Mencionó que se sentía bien molesto por lo sucedido estos días y que estaba agobiado por todas las preguntas que le hacía la gente sobre nuestra amistad. Afirmó estar muy de acuerdo con las chiquillas de la toma y que continuaría apoyándolas, viendo imposible su continuidad en el equipo.

Explicó que había entendido mi reacción y que, en el fondo, su renuncia era un asunto meramente político. Esperaba que luego de todo el huracán de la toma pudiéramos retomar nuestra amistad, que era cuestión de separar las cosas.

Su renuncia fue el tema del domingo y lo que él pensara sobre mí era mi principal preocupación. Que las niñas de Humanidades o de Campus Oriente me odiaran me importaba bien poco, pero saber que podía perder a un amigo me atormentaba. Aunque Jake me había dicho que nuestra relación se mantendría como siempre, ambos sabíamos que ya nada volvería a ser como antes. Pese a las ilusiones de haber roto paradigmas, la política sí había logrado fracturar nuestra relación de amistad.

Solo suposiciones

Me di vueltas por Casa Central, conversando con los alumnos resistentes sobre sus apreciaciones sobre el tercer día de toma. También me acerqué a hablar con los guardias, quienes definían como “anecdótico” lo que ocurría. Algunos, entre cigarros, me felicitaban por mis apariciones mediáticas.

Igualmente hablé con profesores de Derecho. Con largos chaquetones, se juntaban de a dos o de a tres, quizás a comentar sobre la toma, quizás sobre sus vidas académicas. Me reconocían, como nunca antes, y escuchaban atentos mis opiniones. Se referían a mí por mi nombre, y cada cierto tiempo me impulsaban a mantener un buen ánimo y a no bajar los brazos.

Y es que siempre me había sentido una extranjera en ese patio, a pesar de que hace meses que tenía mi oficina en él. Provenía de otra facultad y una particularmente distinta. Ahora Derecho era mi segunda casa.

En cierta medida, era como estar en 1967, época en que se gestó el Movimiento Gremial. En aquel entonces la UC vivía un clima de polarización, tal como se veía ahora, 51 años después. El espíritu que en el pasado había caracterizado a viejos gremiales, estaba presente en nosotros. La defensa de ideales, incluso a contracorriente, traspasaba las fronteras generacionales.

Me dijeron unos chicos del Cade que en un rato los iba a entrevistar un tipo de El Mercurio, que sería bueno que yo participara de esa conversación. Me parecía un medio serio y que no debía temer por la exposición que me podría causar. A fin de cuentas, tampoco cambiarían las opiniones de quienes tan duramente me criticaban. Sus comentarios se habían perpetuado rápidamente en internet y, frente a eso, poco podía hacer.

“Deja de figurar y sal de tu posición de privilegio. Mira a tus compañeras y escucha sus consignas. Luego de esto deberías dejar tu cargo de consejera”.

“¡Qué mujer más florero, por Dios! Tendrías que hablar con la encargada de la toma como mujer civilizada y no ponerte a gritar desaforadamente frente a la prensa. Farandulera”.

“Vergüenza ajena que sea de Comunicaciones y haga tal papelón, y peor, para los medios. Debería entender el peso de sus acciones, es periodista más encima”.

“¿No parece sospechoso que para este caso puntual de la toma haya asistido a todos los medios de comunicación posible para visibilizar su postura? Pero para hablar y rechazar

públicamente los actos de violadores y acosadores, muchos profesores y alumnos que siguen contratados y estudiando en la Universidad, no lo hizo jamás".

Esas eran algunas de las opiniones que rondaban por las redes sociales. Gran parte de los textos provenían de personas que yo conocía, algunas a quienes consideraba cercanas o, derechamente, amigas. De pronto me transformaron, y creyeron saber -cual expertos- sobre mis intenciones. Sin escrúpulos habían hecho una radiografía a una vida que no era la mía, a una persona que no era yo.

Tenía mucha rabia. Me sentía atrapada, como si por hablar hubiera hecho algo malo. Me había ganado mi lugar como representante y ahora tenía que callar. No era una voz autorizada para opinar, a pesar de que me habían electo con mayoría absoluta, fruto de mi trabajo durante el año y del esfuerzo de dos vueltas cansadoras y muy peleadas.

Las voces de los más críticos conmigo no solo eran crueles, sino que también injustas. ¿Quién apoyaba la toma? No había cifras ni tampoco encuestas. ¿Cuántas personas estaban allá adentro? Solo suposiciones. Yo había sacado más de seis mil trescientos votos y me sentía culpable cada vez que abría la boca, con miedo a sufrir represalias por haberme atrevido.

- Javi, trata de no seguir comentando más en los medios - me había dicho por teléfono Daniel Toro, estudiante de Física y uno de los coordinadores independientes de la Consejería, tras haber visto mi enfrentamiento afuera de Casa Central. - Hablé con la DAE[24] y creemos que es lo mejor para ti.
- Tranquilo Daniel, intentaré no seguir haciéndolo - le respondía agotada afuera del Consejo Superior realizado el primer día de la toma. No era momento para más presiones, apenas era consciente de lo hecho en el frontis del campus hace unos minutos.

Quedarme callada habría sido fallarme a mí misma, poniendo el cargo por sobre la justicia. El enfrentamiento contra el grupo de la ocupación fue una decisión que me valió ser blanco de críticas de muchas personas que se negaban a siquiera intentar encontrarle sentido a mis actos. No estaba arrepentida, porque no hay pesares cuando se elige con el corazón.

¿Alguno sabía qué hacía un consejero superior antes de atribuirme los peores delitos? Más me indignaba saber que la Feuc, tenue en sus declaraciones de apoyo a la toma, estaba contribuyendo explícitamente a la causa entregando víveres a vista y paciencia de todos. ¿A quiénes estaba representando? ¿Por qué nadie cuestionaba su posición? ¿Por qué la Federación no ayudaba también a los alumnos de la Contratoma?

Prefería ser apuntada por acción que por omisión. La consejera era yo y el cargo me lo había ganado legítimamente. Mujer y determinada. No sería invisible, menos en un periodo extraordinario e histórico. Habría sido una pésima representante creyendo que lo correcto era relativo, marginándome del problema; y claro, una pésima Javiera no asimilando que la pasividad era olvido.

De todas las entrevistas, no hubo alguna más sincera que la conversación con el periodista de El Mercurio. Lo había visto antes rondando por Casa Central el sábado y hasta había intercambiado palabras con él momentos antes. El lugar elegido era el Cade. Cuando entré ya estaba el resto de las mujeres y él, quien ya había empezado a preguntar. No estaba Magdalena Lira, tampoco profesores.

- La gente cree que somos tontas, que no entendemos los problemas. ¿Cómo no podríamos empatizar si nos ha tocado también vivirlos? ¿Cómo pueden creer que no nos duele tener que oponernos? ¡Si somos mujeres! ¡A nosotras más que a nadie nos ha costado llegar aquí! - señalé muy resuelta en mi turno.

A continuación, hablé de lo mal que ciertas organizaciones de alumnos, como la Segex, llevaban denuncias sobre violencia sexual sin la supervisión de la Universidad. Que el tema se había politizado a tal punto que ya ni siquiera eran serviles a sus fines originales, cambiando el foco de protección y acompañamiento de las víctimas para transformarse en un repositorio de acusaciones sin cauce a los organismos institucionales facultados para tomar medidas, como Secretaría General. Eran, en concreto, peligrosos espacios de organización para funas públicas y, si bien en el fondo tenían una misión honorable, hoy no estaban siendo un aporte a la sana convivencia universitaria.

Las chicas de la sala se quedaron en silencio, atentas y comprometidas emocionalmente con lo que decía. Y en parte, supongo, porque sentían lo mismo. Pertenecían a una de las más exigentes facultades de Derecho en el país y Latinoamérica, algunas de ellas habían sido las mejores alumnas en sus colegios y Universidad. De pronto eran ignorantes, tontas, ciegas, cuicas e histéricas, y, por considerar que la toma no era un mecanismo válido para lograr cambios, enemigas.

Me contenté más por lo que había ocurrido en el momento que lo que realmente significó la entrevista. De esa conversación, el periodista extrajo bien poco para la publicación; más bien eran datos técnicos de lo que estaba pasando, quizás para eso estaba mandatado. En contraste, las chicas de Derecho se veían satisfechas, al menos alguien había sido justa con ellas.

Los planes de la díscola

No quise ser candidata a superior hasta finales de mis últimos meses como consejera académica. Siempre me había identificado como una chica rebelde dentro del Movimiento Gremial y, con el pasar de los años, lo fui mucho más. Es cierto que la política era un terreno elitista y masculino, y en un movimiento conservador, esas características eran muy transparentes. Con más de cincuenta años de historia, eran pocas las mujeres líderes dentro del MG que yo podía recordar, y si cualquiera miraba la composición del equipo, el porcentaje de quienes no provenían del sector oriente de Santiago era reducido.

Eso pasaba también en otros movimientos, incluso en los que se proclamaban feministas y protectores del pueblo. La defensa de los derechos de las mujeres y de los intereses de los sectores populares parecían ser banderas obvias de la izquierda universitaria, pero no por ello se salvaban de ser cínicas. La diferencia estaba en que era más difícil hacer explícitas tales problemáticas en la derecha: a veces hasta los más sinceros reclamos se confundían como peticiones progresistas, generando el rechazo en los sectores más conservadores a toda posibilidad de cambio.

Nunca dejé de hacer notar lo que me molestaba y en ocasiones eso fue un inconveniente para varios del equipo. Me gustaba que las cosas se conversaran porque provenía de un mundo diferente al de la mayoría y encima estudiaba una carrera de herencia liberal. Para mí, las temáticas sobre género y discriminación eran cuestiones mucho menos tabúes que para el resto del movimiento. Formaban parte de la vida de un gran porcentaje de compañeros de la Facultad, por ende, lograba empatizar con mayor facilidad.

Comunicaciones era un mundo que había aprendido a conocer a punta de porrazos y que, luego de tomarle mucho cariño, quería defender. En la Universidad me había enfrentado a un grupo muy diverso de personas, cada una con sus universos y luchas. No podía ser distante a lo que la vida me había puesto enfrente, incluso si aquello generaba roces con algunos gremiales. Quería servirle a mis amigos y compañeros de Facultad, y ellos valoraban mi trabajo por sobre los peros suscitados por mi ideología. Eran sentimientos correspondidos que me motivaron a no abandonar la política y a aceptar los desafíos que en ella se hallaban.

Así, al cursar tercer año, me postulé a consejera territorial. Siempre asumí que la directiva gremial me lo pediría, pues era una de las líderes del reducido equipo MG de Comunicaciones, y dentro de la Facultad había desarrollado muchas redes el último tiempo. Aunque obtuve excelentes resultados, la Nau era el movimiento más fuerte en el territorio y Montserrat Toledo, su candidata y entonces amiga mía de la generación, era una buena carta.

Hice una gran campaña, pero fue solitaria. No muchos confiaban que fuera competitiva, así que, como era candidata en territorio difícil, pocos candidatos gremiales a lista pasaban por Comunicaciones a darme una mano para conseguir votos. Bajé de peso, falté a varias clases y me las tuve que arreglar para movilizarme a las casas donde hacíamos los cálculos electorales, que usualmente quedaban muy lejos de la mía.

Montserrat Toledo ganó la elección, solo 36 votos nos separaron. Estaba feliz. Mi verdadero norte era poder ser consejera académica, así que la competencia de territorial me sirvió para que me conocieran como una mujer transversal y darme cuenta que muchos me apoyaban.

Me sentía preparada para el cargo, contaba con muy buenas notas, y creía que a través de él me acercaría en lo esencial al servicio público. No tenía muchas ambiciones, no me proyectaba siendo candidata a algo más grande después. Quería dar la última pelea y cerrar mi paso por la UC sin arrepentimientos, habiendo aprovechado todas las oportunidades.

Con Felipe Cáceres, mi amigo, nos lanzamos al siguiente desafío sin apoyo de nadie. Creía que ninguno de la directiva gremial me iba a incentivar a dar el siguiente paso, así que en parte postulé para demostrar que me la podía.

- Siento que puedo fracasar de nuevo, no sé. Mis notas han estado peores con respecto al primer semestre, y aunque obtuve buenos resultados, acabo de perder la consejería territorial. No debo darme el lujo de perder también como consejera académica - le dije muy seria a una amiga de Periodismo, Ana. Era la primera vez que le contaba a alguien mis miedos durante la campaña.
- Tú dale no más. Tienes todo para que te vaya bien, eres inteligente y la gente confía en ti más allá de tus opiniones políticas - me respondió ella. Ana fue la que, sin querer, me había motivado a postular. Tiempo atrás me había señalado que no veía candidatos fuertes a consejeros académicos y que yo sería una buena opción.

Tras una semana intensa de campaña, los resultados fueron contundentes: Javiera Rodríguez y Felipe Cáceres, 187 votos, versus los 102 obtenidos por la pareja de la lista Passau*, de tendencia Nau. Habíamos ganado y era histórico. Habíamos ganado, pero en silencio, sin la expectativa de volver a presentarnos a una candidatura. Habíamos ganado y era un triunfo nuestro, humilde, no uno naranja.

El año de consejeros de Periodismo fue de mucho trabajo, con Felipe nos planteamos metas muy altas. Nuestro sueño era que pasara el tiempo y que nos recordaran como los mejores representantes académicos en la historia de Comunicaciones. Habíamos sido electos *a pesar* de nuestra tendencia política, sintiendo en todo momento que debíamos demostrar por qué merecíamos el cargo. Así, cumplimos con cerca del ochenta por ciento de nuestro programa. Levantamos la primera feria laboral, creamos los estatutos del Comité de Periodismo, organizamos foros sobre comunicación científica con otras carreras, desarrollamos talleres sobre softwares de Diseño, hicimos jornadas de inducción a la carrera y fuimos los precursores de un censo en la Facultad.

Más allá de los proyectos que ejecutamos, que, por cierto, fueron de nuestro orgullo, me conmovió la experiencia de ayudar a la defensa de compañeros cuando se encontraban en la etapa de eliminación en la carrera. En particular, conocí testimonios de vida muy duros, historias

de compañeros que se sacrificaban para poder rendir en la carrera y que con mucho esfuerzo lograban aprobar algunos de sus cursos. Sentía en mis hombros el peso de ser una herramienta de ayuda para varios que perseguían el sueño de poder realizarse a través de una profesión.

Postularme a consejera superior comenzó a ser una alternativa real al visualizar que, si ganaba, podía continuar sirviendo a esa causa, guiando a los futuros representantes académicos a ejercer de la mejor manera su rol de defensa, y aportando, a partir de la experiencia, a mejorar institucionalmente el proceso de eliminación.

- Si quieres ser candidata, tenemos que apurarnos. Hay que hacer que te aprueben a la interna. Puedo ayudarte, pero eso debes decidirlo tú, nadie te va a pedir que te postules - me dijo por teléfono un amigo, Carlos "Poli" Muñoz, quien hacía poco había sido parte de la directiva del Movimiento Gremial.
- ¡Qué rabia! A todas las posibles cartas les piden desde mucho antes ser candidatos y a mí, nada. Por último, que se acercaran y así darme el lujo de decirles que no me presentaría - le respondí con un tono de ironía.
- Creo que aún tengo acceso al calendario de la directiva. Déjame ver a quienes planean convencer de candidatos. Veamos si estás ahí - Poli comenzaba a entusiasmarse con la idea de hacer una estrategia para la candidatura.

Minutos después de la llamada recibí en mi celular una imagen de Poli con el calendario de la directiva. "Hablar con V.B., P.S., J.C., E.C., y J.O.", estaba escrito en las tareas pendientes del mes. Supuse de inmediato que esas iniciales se referían a Vicente Breguel (consejero territorial de Ingeniería Comercial), Pablo Schultz (jefe general de Misión de Vida, ingeniero), Eduardo Cretton (consejero territorial de Derecho), Josefina Calonge (presidenta del Centro de Alumnos de Ingeniería), y Joaquín Oporto (consejero académico de Medicina), todos ellos gremialistas. Mis iniciales no estaban, lo que dañó de momento mi ego. Eso fue un gran empujón para decidirme a competir en las elecciones internas.

- Bárbara, ¿qué opinamos de Rod Jav superior? - Poli gestionó una llamada triple entre él, Biskupovic y yo para comenzar a organizar la cruzada.
- Oh, Rod Jav superior, superior, superior, Rod Jav superior - cantó ella por teléfono - Los apoyo, hagámoslo.

Días después, con Poli nos juntamos en un café cerca de la estación de metro Baquedano. Él puso una libreta naranja suya en la mesa y a continuación fuimos conformando un listado de quienes creíamos que podían votar por mí. Anotamos a cerca de setenta probables o "por convencer", mas necesitábamos sobrepasar las cien personas para estar seguros de que las chances eran reales.

De la lista recién hecha, escogimos a un selecto grupo de alrededor de diez gremiales de confianza que nos podrían ayudar a hablar con los otros probables. Fue un trabajo complejo, nadie nos aseguraba que los elegidos estarían dispuestos a ser parte del plan. No debían ser muy conservadores y, si lo eran, tenían que ser cercanos, que creyeran en mí. De ellos, había que considerar a personas de carreras y grupos de amistades diferentes para poder ampliar el campo de influencia. Era una jugada difícil, pero estábamos dispuestos a mover las piezas.

No sería una elección interna igual que la de Joaquín Palma, el candidato gremialista a superior anterior. Aunque ambos habíamos sido consejeros académicos en nuestros años respectivos, él provenía de Derecho, que además de ser el histórico bastión naranja, era una carrera mucho más valorada que Periodismo. Presentía que, pese a que haber ganado en Comunicaciones era algo único y que yo contaba con las condiciones necesarias para desenvolverme en el cargo, no sería suficiente para convencer a todo el Movimiento.

Me había esforzado para ser el mejor promedio de la generación y había hecho una buena gestión como académica. Quizás eran rollos míos, pero me resultaba inevitable pensar en que todo me sería más complicado por no ser la candidata estereotípica que a final de año representaría al MG.

- Hoy en la noche empezamos con los mensajes buscando apoyo - me ordenó Poli cerrando la libreta naranja - Ya no hay marcha atrás.

Comenzamos armando reuniones secretas en el cuarto piso de Comunicaciones. Elegimos ese lugar porque aún tenía gran parte de mis clases en Casa Central y porque, además, no habría otros gremiales rondando.

- Ahora tendrás que pasar más piola, ser menos contestadora y más complaciente - me sugirió Bárbara con una sonrisa en la cara. Tenía razón. En las pocas semanas que quedaban para las elecciones, mi comportamiento ya no podía ser el de una díscola.

El periodo de ejecución de la estrategia fue muy extenuante. Entre las pruebas de mis ramos y las reuniones para asegurar los votos en las elecciones internas, andaba de muy mal humor. Discutía hartas veces con Felipe, quien podía tolerar mis actitudes debido a su carácter sereno. En principio no se involucró mucho en la campaña de equipo, no quería que yo fuera de candidata.

- Ya sabes lo que pienso y que a pesar de eso te voy a apoyar igual, pero, si ya tienes que pelear para que te consideren, imagínate cómo será en elecciones. Te van a dejar sola - me señaló él, restándole gracia a toda la maquinaria que estábamos armando.

Lo entendía perfecto. Si el equipo de campaña de Joaquín Palma, quien era muy querido por todos en el movimiento, había quedado reducido al máximo por el desgaste de segunda vuelta, ¿por qué conmigo sería mejor? Él tenía al bastión Derecho como colchón de apoyo para ser competitivo en las elecciones universitarias; yo ni siquiera sabía si los mismos gremiales votarían por mí para ser su candidata.

Cincuenta horas resistiendo

Simón Yantani, alumno de Ciencia Política y coordinador de la Consejería Superior, había decidido quedarse en el equipo tras la reunión en mi casa. Aunque era independiente, tiempo atrás había sido parte del Movimiento Gremial e incluso me había ayudado a armar mi programa de consejera. Actualmente tenía mucha cercanía con Avanzar, contribuyendo activamente en toda su etapa fundacional.

Lo encontraba un chico hábil y con olfato político, muy interesado en la academia. Si él podía continuar en mi mesa, entonces no me estaba equivocando.

- Esperaba que Simón hablara, pero me di cuenta que no fue necesario siquiera mirarlo, se quedaría - dije en la oficina de consejera -. Ni siquiera me hizo un alcance.

Las tres, Bárbara, Pía y yo, conversamos por bastante rato en el despacho. La noche anterior había sido ocasión de desahogo que presentía que nunca más volvería a tener.

No quise salir de la Contratoma para comer. Era domingo, por lo que las picadas cercanas estaban cerradas y no quería encontrarme a alguien de la toma deambulando por el sector. Le encargué a mis papás que me trajeran algo contundente de cualquier local de comida rápida. De vez en cuando salíamos juntos los fines de semana a almorzar fuera de casa, mas el último mes fue imposible.

El día estaba tranquilo, así que algunos de la Contratoma aprovecharon para regresar a sus hogares a cambiarse de ropa o dormir un poco. Había otros que consideraban como gestos de sobrevivencia el pasar días sin un baño. “Cincuenta horas resistiendo”, publicaban con ironía en sus redes sociales, mostrando sus rostros y cabellos desaliñados.

Mi mamá me pasó una bolsa de comida a través de la reja de la calle Lira. No había rastro del turno de vigilancia dominical del cordón humano. Mi papá y hermanos estaban en el auto detenidos esperando la entrega del encargo, así que, con un apurado “cuídate mucho, hija”, mi madre se despidió de mí.

Llegué a Derecho, abrí la bolsa y me senté para luego ordenar todo en una mesa de ping pong al medio del patio. Regalé la mitad de mi sandwich y dejé que los chicos sacaran papas fritas, tenían hambre[25].

El perdón

Contaba con la capacidad para aproximadamente cuarenta personas, pero dentro de la sala del campus Lo Contador, donde sesionaría el Consejo Académico, había más de sesenta. La gente que no cabía en las sillas, debía acomodarse en el poco espacio que quedaba de suelo.

El presidente de la Comisión de Violencia Sexual de la UC, Roberto González, estaba invitado a contar los avances de la Universidad en estas materias. Habíamos acordado la exposición hace un par de semanas, justamente para apaciguar los ánimos de los representantes más radicales respecto a las políticas de la institución. Varios de ellos eran muy críticos con las autoridades sin saber siquiera cómo funcionaba el sistema de prevención o de denuncias, y entre quienes habían participado en la toma, esta exposición llegaba tarde.

Terminado el punto y tras despedir a la autoridad, los ánimos se crisparon. Los consejeros académicos querían explicaciones por mi actuar durante el 25 de mayo, por lo que la espera los desesperó. Les tenía mucho respeto, había una buena relación a pesar de que la mayoría no era de derecha. Por ese motivo accedí a dar un espacio en la sesión para que conversáramos y ellos tuvieran minutos para hacer sus descargos. Me sentí ofuscada, algunos fueron bastante impetuosos conmigo.

- Yo quiero saber por qué no defendiste a las compañeras amenazadas de muerte en Casa Central por gente de la Contratoma - habló un consejero.

Un rumor había corrido por redes sociales de una supuesta amenaza proveniente de un chico de la Contratoma hacia una feminista de Ciencias Biológicas, suscitando que alumnos de esa carrera firmaran una declaración para denunciar el suceso. La situación nunca logró comprobarse, y no habiendo siquiera testigos más que las chicas de la toma que lo relataron, aquella acusación sería utilizada políticamente a destajo por la izquierda.

- Te lo digo aquí y ahora. Junto al Centro de Estudiantes de Actuación no descartamos hacer una petición de renuncia, tal como lo hicieron las compañeras de Comunicaciones - levantó la mano el consejero académico de esa carrera -. De hecho, es probable que sea uno de los puntos en tabla de la nuestra próxima asamblea.
- Al igual que Actuación, también estamos evaluando hacer una reunión en el territorio para ver la posibilidad de que renuncies - se sumó enseguida otro representante.

Aterrada por lo que decían, intenté mantener la calma. Me encontraba frente a todos los consejeros, soportando las ganas de salir corriendo de la sala. No me cabía en la cabeza cómo podían ser así de despiadados conmigo, si en seis meses había logrado cultivar buenas migas con la mayoría.

“¿Por qué no reformamos los estatutos para que sea el Consejo Académico el que pueda sacar al consejero superior?”, “Javiera, ¿por qué no tuviste vergüenza de gritarle violentamente a las chicas de la toma?”, “Podríamos hacer un plebiscito en toda la Universidad para determinar si continúa la superior”, “Deberías pedir disculpas públicas”, “Deberías pedirnos perdón”, continuaron los demás.

Los había incluido en iniciativas de la Consejería e instancias de representación estudiantil,

apoyado en sus problemas locales, y me había preocupado de fortalecer el vínculo entre el Consejo y las autoridades universitarias. Mi cuerpo estaba en un pelotón de fusilamiento, atacada por quienes hacía tan solo unos días eran aliados.

- ¿¡Por qué la Javiera no para esto!? - le susurró la sub consejera de Ingeniería a Bárbara, quien a esas alturas ya era mi guardaespaldas.

Daniel Toro, el coordinador independiente que junto a Simón aún se mantenía en el equipo, yacía sentado en silencio en el consejo en una esquina. Hace unos días, me había manifestado la necesidad de redactar una declaración pública que clarificara que, pese a todo lo ocurrido, la Consejería Superior seguiría estando al servicio de todas las personas. Era su manera de sentirse más tranquilo navegando en un barco que, de un día a otro, empezó a recibir bombardeos por todos los frentes.

En la reunión de equipo, Daniel había decidido quedarse conmigo. Se notaba inseguro y complicado, pero el cariño que me tenía lo terminó por convencer. Él era muy trabajador y había construido de a poco una lealtad conmigo desde que nos conocimos, siendo ambos consejeros académicos hace un año. Ahora él, en adición a su rol como coordinador, se desempeñaba como asesor académico del Consejo, ayudando a los representantes a darle continuidad al trabajo de comisiones realizado en periodos anteriores.

Luego de la ronda de palabras de los consejeros, fue mi turno. Preferí dar una respuesta general más abierta a la interpretación, y demostrar con palabras sinceras que yo no había faltado a mis deberes. No era algo exento de complejidad. Debía dar señales que dejaran en el olvido la idea de someter a juicio popular cualquier cosa relacionada a mi cargo.

Quizás producto de la efervescencia colectiva, no se daban cuenta que, en el fondo, estaba sola. Que era sólo una alumna afrontando las imputaciones de otros sesenta jóvenes que hablaban de vergüenza, poder, violencia y destitución. No notaban que entre ellos y yo no había una muralla, ni siquiera una que sirviera para poder sostenerme.

Con el corazón en la garganta, y agobiada por las interminables alegaciones, decidí que era momento de terminar con la tortura. Guardé para el final la lectura de una declaración que me había pedido redactar Daniel para los consejeros.

“Han sido días complejos. Un torbellino de emociones me recorre y no se ha detenido. Ese vaivén me ha puesto a prueba recordándome a cada segundo lo diminuta que soy frente a los demás y frente a mí misma. Me dice siempre que soy de carne. Me hace sentir.

Ese viernes también sentí y mucho. Me expresé frente a lo que creí injusto, sin esperar alguna respuesta. Fue un momento tenso y me expuse. Dije lo que pensaba a viva voz. Que no me parecía legítimo, que me oponía a los métodos.

Durante el año hemos trabajado a la par y creo haber intentado transmitirles mis ganas de que las diferencias políticas entre nosotros no sean un impedimento para colaborar. Con ustedes quise hacer un petitorio sobre la inclusión de la mujer en la academia, con ustedes estoy trabajando en una propuesta para Salud Estudiantil, con ustedes hablé de violencia, con ustedes he querido mejorar el sistema de causales, con ustedes he aprendido a exigirme ser mejor.

Llegar aquí ha sido un sueño, pero uno doloroso. Me comprometí a trabajar para todos los estudiantes, sin distinciones. Fueran alumnos de izquierda o de derecha, los desafíos asumidos serían transversales y ahí creo haber puesto los esfuerzos. Ustedes son testigos de que amo mi trabajo, que siempre lo he protegido y que siempre lo he compartido.

Fui drástica. Condené las formas públicamente y me trajo costos, rabias y decepciones de quienes confiaron en mí para la difícil tarea de ser la décima mujer en ser consejera

superior. Muchos pensaron que yo no estaba con ellos, que intenté desacreditar un fin que yo también creo genuino en motivaciones.

Sepan que ese viernes, en ese Consejo Superior, su consejera y presidente abogaron por el diálogo. No sumarios, no desalojos. Porque la UC que quiero es una universidad que conversa entre distintos y que responde de cara a su comunidad. Mis más cercanos saben que hubiera hecho lo imposible por evitar la toma, y si es por los fondos, sabrán de primera fuente que seguiré trabajando por una universidad y sociedad sin discriminación ni violencia sexual, como siempre lo he hecho.

Conmigo hay un equipo de personas diversas, algunas incluso que apoyan la manera y causa. Son estudiantes que, al igual que muchos, confiaron en un proyecto de Consejería transversal y que continuarán aquí con ese ideal. El compromiso por hacer de esto un espacio para mejorar nuestra universidad es sincero y es compartido. Seguiremos trabajando como locos, seguiremos trabajando como soñadores.

Han sido días complejos. Un torbellino de emociones me recorre y no se ha detenido. Quizás ese vaivén continúe por mucho tiempo, las mariposas revolotean y hay que darles espacio. Son insectos que para volar sacrifican mucho. Nacen, crecen, mudan y se transforman.

Las puertas de la Consejería Superior estarán siempre abiertas al diálogo y siempre también dispuestas a resguardar a sus estudiantes. Fui electa con ese fin y continuaré con más fuerza la tarea encomendada. Porque creo en los ideales que han guiado el cargo, porque creo en el equipo que ha sacado adelante el proyecto y creo también en esta Consejería Superior que hoy tiene rostro de mujer.

Declaración Consejería Superior expuesta en el Consejo Académico ordinario de marzo.

Santiago, 30 de mayo de 2018.

Un abrazo de varios académicos cercanos luego de una temblorosa declamación del texto cerraría la sesión en Lo Contador. Tras la descarnada interpelación vivida en ese campus, la cara de Daniel indicó lo evidente: no iba a continuar en el equipo de la Consejería. La reacción de sus colegas consejeros con respecto a mi actuar lo había hecho reflexionar. Dejó de creer que la carta sería suficiente para calmar sus dudas, menos cuando las ideas que rondaban en los representantes partían desde las disculpas públicas hasta la destitución.

- Daniel quiere que pida perdón - le comenté a Bárbara en la mañana siguiente al consejo.
- De ninguna manera - resolvió ella -. Ya diste las explicaciones que les debías a ellos. Las disculpas son un capricho, no hiciste nada malo.

La consejera en el estudio de televisión

Caía la noche de domingo en Alameda 340 y se acercaba la hora de partir, pues una periodista y productora de CNN me había propuesto por teléfono horas antes una entrevista en estudio. Las frases “trata de no seguir comentando más en los medios” y “creemos que es lo mejor para ti” de Daniel se repetían incansablemente en mi cabeza.

Me decidí por hablar. El que Bárbara y Pía no me limitaran en mi contacto con la prensa me dio certidumbre. Creía que esta era una de las formas en que la gente podía saber realmente qué era lo que pensaba y por qué había encarado a las feministas.

Por fortuna era muy expresiva y hablaba relativamente bien frente a una cámara. No podía negar que mi formación como comunicadora me había preparado para enfrentarme como entrevistada, sin embargo, la verdadera fortaleza estaba en que podía hablar a partir de la honestidad. Ese era mi marco de acción y contención.

Le pregunté a la mujer si podía asistir acompañada y ella no puso problema. Nos fueron a buscar en auto a unas cuantas cuadras alejadas de Casa Central, por seguridad. Al llegar al canal, la maquilladora me tapó las ojeras y la peluquera arregló el pelo enmarañado. Se me notaba la falta de sueño y tanto la primera como la segunda lo comentaron.

- No sé si usted podrá superar el peinado que me hice, me llevó años de práctica - le dije sarcásticamente a la peluquera, quien sonrió mientras desarmaba unas trenzas que me había hecho en la mañana, camino a Casa Central.

La entrevista fue breve y precisa, me sentí segura. El presentador era muy amable y me hizo preguntas generales sobre la toma y mis opiniones acerca del movimiento feminista. Terminada la sección, me despedí cordialmente del conductor, quien estaba inmovilizado en su asiento. Al sacarme los cables del micrófono sujeto a mi ropa, fui a buscar de inmediato a las chicas.

Bárbara y Pía no me pudieron ver desde la sala en que se encontraban, así que confiaron en mi relajo. Les dije que creí haberlo hecho bien, contestando con convicción lo que el periodista me preguntaba.

Las luces del canal nos dejaron pasmadas incluso luego de nuestra salida. Habíamos esperado tanto por tener esa atención durante el cargo y ahora acabábamos de tener un espacio en los medios por nuestra propia causa, como ningún consejero superior lo había tenido jamás.

- Bien hija, lo hiciste súper - me dijo mi mamá apenas llegué a casa.
- Vimos la entrevista completa, fuiste muy clara - replicó mi papá -. Tienes que seguir.

Satisfecha por mi desempeño, abracé a ambos por prolongados segundos antes de marcharme a mi pieza. Era tarde y debía levantarme muy temprano para estar a primera hora del lunes en Casa Central. El rector nos había asegurado que la toma no pasaría del domingo, por lo que el margen de tiempo excedido ya empezaba a preocupar. La semana de clases comenzaba de nuevo y la Universidad no dejaría que alumnos perdieran horas. Todo indicaba que el lunes sería el “día D”, que mañana la toma llegaría a su fin.

Subí las escaleras y minutos después me tumbé en la cama, con un cuerpo muy cansado y una mente muy inquieta. “Javi, te felicito, no te imaginas cuánto faltan mujeres como tú”, “Vi que se tomaron la UC el viernes y estaba esperando que alguien como tú hablara por todos nosotros”, “¡Qué orgullo ver a mi consejera por televisión, seca!”, fueron algunos de los mensajes que me llegaron antes de cerrar los ojos.

CAPÍTULO 3 La vorágine de mayo

Le había pedido a Eduardo Cretton, días antes de las elecciones internas, que nos juntáramos a conversar. Él ya sonaba como candidato a presidente de la lista gremial para liderar la Feuc, por lo que necesitaba saber qué opinión tenía de que yo fuera la carta del movimiento a consejera superior.

Todos funcionábamos bajo supuestos en los comicios gremialistas. No había inscripción previa de candidatos, ni tampoco una campaña explícita. Cada miembro del equipo anotaba en una papeleta tres nombres para lista Feuc, y un nombre para superior. Luego, la directiva del MG se reunía con quienes lograban mayores nominaciones y les preguntaba si deseaban presentarse oficialmente como los candidatos del Movimiento. Los cuatro nombres decidían después, junto a la directiva y jefes de campaña, quiénes del equipo completarían los otros tres lugares en la lista.

Debía, por lo tanto, entrar en el inconsciente colectivo de los gremiales y posicionarme como opción para aparecer entre los nominados. Un trabajo no menor, pues la otra carta que sonaba para el cargo era Vicente Breguel, consejero territorial de Ingeniería Comercial.

Si Eduardo ya era casi con seguridad el candidato a presidente de lista, entonces su posición era clave para mover votos en la carrera de Derecho. Esa era una de las facultades con más alumnos gremialistas y en donde yo creía tener menos apoyo, al ser un equipo más doctrinario y conservador. ¿Por qué querrían que los representara una chica con piercings y de Periodismo?

- ¡Pero Javi, Derecho está contigo! - dijo él, dándome unas palmadas en el hombro -. Hay un par que son más desconfiados, pero en verdad no tienes de qué preocuparte.
- ¿Y Breguel? - me anticipé.
- Javi, tú y yo iremos juntos en las elecciones. Doy fe de que el equipo de Derecho se va a cuadrar con Javiera Rodríguez como consejera superior. Nos conocemos desde novatos y ahora iremos de candidatos. Eso ya es un hecho - respondió con confianza.

Recuerdo haberme enojado mucho con Felipe en ese periodo. Su negativa frente a mi candidatura y su ausencia en el proceso interno hicieron que dudara sobre la decisión de arrojarme a la aventura. Yo no creía en mí lo suficiente como para no necesitar de la opinión de cercanos, y en esa época mi círculo de confianza era bastante reducido.

- Mamá, puede que vaya de candidata a consejera, pero estoy complicada. Me siento muy sola en esto - me había sincerado días antes de la elección gremial -. Es como que si todo me costara más. Estoy cansada. Me decido por una cosa y tengo que convencer a otros mil para que vayan conmigo.
- Yo sé que es agotador, pero siempre has podido. Tienes que seguir no más. A las mujeres nunca nos resultan las cosas fáciles. Tú te lo mereces, yo lo he visto - contestó.

Mi mamá no tenía ningún vínculo con las consignas de lucha sobre mujeres y, sin intención, su palabra había calado en lo más hondo de mí. Su sinceridad era conmovedora y su ligereza terminaría por convencerme. Ya estaba decidido, yo iba a ser candidata a consejera superior y ella me había dado el impulso final.

El triunfo en las votaciones gremiales fue casi absoluto. Me contaron tiempo después que

Breguel se molestó al descubrir que yo había armado un despliegue completo para sacar ventaja. Ni él ni yo nos imaginábamos que el margen sería ampliamente a mi favor, con cerca de sesenta votos para mí y tan solo una decena para él. Lo entendió, lo aceptó y cedió. Javiera Rodríguez competiría para ser superior, mientras que Vicente Breguel estaría en la lista junto a Cretton, Josefina Aliaga, Pablo Schultz, Daniel Illesca, y mi más cercana amiga, Bárbara Biskupovic.

- Te van a llamar para que seas candidata -, le comuniqué por teléfono la noticia a Bárbara de que los más votados en las elecciones internas, Cretton, Breguel, Josefina, y yo como superior, la habíamos considerado como opción para completar la lista -. Puede que perdamos y nos vaya pésimo, pero estaremos juntas. Nadie nunca nos ha tenido fe y ahora está la posibilidad de ser parte de la primera línea. Imagínate, ¡después vamos a aparecer en Wikipedia!

Se tomó un día para pensarlo. Me admitiría después que se había inclinado por el sí de inmediato. Desde ahí que tendríamos un trato implícito: en las buenas y en las malas, daríamos la pelea juntas.

“Contra la violencia machista, educación no sexista”

En un año, la bandera “no sexista” sobre el tema educacional se había transformado. De ser un apéndice en el eslogan de “pública, gratuita y de calidad”, pasaría a ser de pronto la única alternativa de renovación del movimiento estudiantil, el mismo que marcó a nuestra generación con las revoluciones pingüinas el 2011 y que le dio vida a la Nueva Acción Universitaria.

Tan brusco fue ese cambio de horizonte que seis meses atrás nadie le hubiera preguntado a un candidato si se consideraba defensor de las mujeres o si tenía un eje en mi programa que hablara sobre violencia sexual. En un abrir y cerrar de ojos, el feminismo se volvió tema de conversación frecuente en círculos sociales, impulsado por la visibilización que tenía esta ola a nivel nacional y mundial.

Sin duda, hablar de género concitaba mucha desconfianza en la derecha. Y cómo no, si el diálogo se desarrollaba en torno al incómodo planteamiento sobre si realmente existían desigualdades entre hombres y mujeres, y si acaso esas distinciones eran un asunto natural. ¿Qué dice el mercado? ¿Y son diferencias arbitrarias? ¿Qué hacemos con la maternidad? ¿No hay roles en la crianza? Y si todo lo dicho era cierto, entonces, ¿cómo llegaste a ser consejera superior?

Entendía el límite peligroso entre el terreno de izquierda y el nuestro. Siempre fui estudiosa, no era asunto de formación; simplemente no me atrevía a extremar posturas sin saber cuál era mi campo de acción o qué consecuencias me podían perseguir al elegir un camino. Me angustiaba pensar que otro gremial, del equipo o de generaciones pasadas, creyera que la consejera naranja no entendía bien las diferencias, que no sabía a quién se estaba enfrentando o que sencillamente estaba participando del movimiento equivocado.

Mientras las luchas feministas tomaban más fuerza en la UC, me sentía cada vez más incompetente, como si estuviera atada de manos. La marcha del 16 de mayo, “Contra la violencia machista, Educación no sexista”, fue el punto crítico. A diferencia de la manifestación del 8 de marzo del Día de la Mujer, donde participamos como Consejería, la de mayo fue más radical. Con el rostro cubierto de capuchas adornadas, los torsos desnudos se enfrentaron a uno de los símbolos religiosos más potentes en nuestra casa de estudios, la estatua de Juan Pablo II en Casa Central.

La impactante imagen de rebelión femenina de ese 16, aquella que reunía a las encapuchadas y al pontífice en un solo cuadro, estuvo antecedida por la publicación de una carta firmada por 127 alumnas de Derecho titulada “Derecho UC Despierta”[26]. El texto exponía actitudes y frases machistas presuntamente dichas por algunos profesores de la Facultad, haciendo un llamado a

indignarse y a erradicar los supuestos comportamientos. Tal asunto causó un gran revuelo mediático y, de paso, incomodó a varias chicas que no estaban de acuerdo con ese fatídico diagnóstico.

Los asistentes a la marcha de "Educación no sexista" que eran de la UC comenzaron a juntarse cerca de las nueve de la mañana en Casa Central. Al mismo tiempo, con Bárbara nos reunimos con el vicerrector académico, Juan Larraín, y con el presidente de la comisión de Prevención y Apoyo a Víctimas de Violencia Sexual, Roberto González.

Hacía más de un mes habíamos asistido como Consejería Superior a una audiencia con la ministra de la Mujer Isabel Plá para entregarle un petitorio que redactamos. Este comprendía una serie de medidas para la inclusión de la mujer en la academia y la prevención de abusos y acoso en instituciones de educación superior[27]. Por ende, la reunión con Larraín y González tenía el objetivo de analizar la posibilidad de que la Católica fuese un agente activo en el desarrollo de protocolos en otras universidades o centros de formación técnica, pues la mayoría ni siquiera contaba con una política para enfrentar la violencia sexual.

El interés de Larraín y González en la propuesta no era tanto como el que teníamos nosotras, pues veíamos con claridad una oportunidad de incidir en una política pública que quizás ellos ni siquiera imaginaban[28]. Y es que era difícil que las autoridades comprendieran la urgencia de nuestro actuar; solo contábamos con cerca de 365 días para desarrollar una agenda. No los culpaba. Cada año se les acercaba un representante distinto a tocar sus puertas, unos más soberbios, otros más pasivos, algunos rebeldes y unos cuantos disciplinados; todos ellos jóvenes e inexpertos.

Aunque el vicerrector y el presidente de la comisión sonaban muy receptivos, dispuestos a seguir trabajando tales temáticas con nosotros, lo que realmente acaparó su atención era lo que sucedía en el patio de Derecho. La antigua y luminosa sala de la Vicerrectoría tenía una ventana que daba hacia el patio de Derecho, estando justo unos pisos más arriba de mi oficina. De un momento a otro los cánticos que provenían de afuera hicieron imposible continuar la conversación.

- Es que hoy hay una marcha y siempre se juntan para organizarse y esperar a que comience - señaló Bárbara-. Ahora es diferente. Con todas las asambleas que han hecho tienen más fuerza que nunca.
- ¿Y cómo creen que están los ánimos en los estudiantes? ¿Qué es lo que se viene? - preguntó pensativo el vicerrector.
- Es muy distinto al 2011. Aquí hay historias de sufrimiento, de abuso, que hacen que todo esto no sea meramente ideológico. Hay mucho movimiento, se siente la tensión en el ambiente - dije asomándome por la ventana -. No sé dónde terminará esto.
- Todos están hablando de las cifras de la UC, de las denuncias, de Secretaría General. Nosotros hemos intentado estar disponibles para aclarar dudas y derivar a quien necesite ayuda, pero es imposible llegar a toda la gente - comentó Bárbara desde la mesa de la reunión.
- Creo que estaban armando un petitorio para entregárselo a la Universidad. No estoy en el círculo de organizadoras, como verán - agregué con sarcasmo -. Un día cualquiera despertaremos con Casa Central tomada. Sería impactante.
- ¿Tú crees que podría suceder eso? ¿Tan difíciles están las cosas? - preguntó con sorpresa el vicerrector.
- Han corrido tantos rumores que yo creo que nadie sabe lo que va a pasar - respondí confusa -. Antes me amarraría a sus puertas para que no se la tomaran.

Además de la concentración en el “patio del Papa”, los rayados en el frontis de la Universidad e intervenciones transgresoras estuvieron presentes con más fuerza en esta convocatoria. La turba de mujeres furiosas no perdonó y su blanco fueron los símbolos de moral.

Entre los colores que camuflaban a veces el fanatismo con sororidad en esa larga caminata por la Alameda, se asomaba un lienzo que avivaba el fuego avasallador feminista. “37 denuncias de abuso solo este año en la UC. ¿Cuántas aún callan?”, se leía en una tela de más de cuatro metros de largo.

Me resultaba escabrosa la poca rigurosidad al exponer cifras tan delicadas. Tal como señalaría después para El Mercurio, esos casos eran recolectados por organismos estudiantiles de manera informal y no siempre eran derivados a la institución. Sentía que era una utilización propagandística de historias cargadas de sufrimiento, porque detrás de los números pintados, había personas reales que solo buscaban acogida y respuesta a su dolor.

Sin dudar de la buena voluntad de quienes estaban a cargo de esos organismos, lo que realmente sucedía era que gran parte de los casos se estancaban, se transformaban en asuntos de carácter público o debían superar conflictos políticos asociados a su solución.

El disgusto era también por saber que, aunque la publicación de la carta de Derecho había logrado un amplio debate y enriquecedora reflexión sobre las prácticas al interior de esa carrera, también implicaba el reforzamiento de estereotipos negativos. Ahora todos sus profesores eran misóginos, machistas y violentos; y quienes eran críticos con la carta, eran iguales o peores.

Por supuesto que los gremiales esperaban una respuesta de parte mía frente a todo lo que ocurría. Que redactara una declaración, fuera férrea opositora, que no me quedara callada y pusiera orden. Esa presión me estaba invadiendo completamente, recorriendo mis pensamientos a toda hora. Me sentía obligada a elegir un bando y ninguno me acomodaba.

Mi mínima convencionalidad hacía que las representaciones religiosas no me importaran demasiado. Hasta las creía elitistas. Veía cómo las chicas más conservadoras y de los mejores colegios se descolocaban con el espectáculo de los torsos desnudos y la estatua de Juan Pablo II. No estaba a gusto defendiendo alegorías cuando el mensaje que comunicaba el otro bando era acabar con el abuso. Los rayados y los sostenes en la esfinge eran accesorios al trasfondo de sus demandas, mientras que para un sector importante del gremialismo implicaba un ataque directo a sus tradiciones.

La comisión funa y el abrazo

Las asambleas separatistas comenzaron a desarrollarse con mayor frecuencia y aquello asustó a varios, ya que “deconstrucción”, “patriarcado”, “género” y “sexualidad” eran los temas discutidos en ellas. Para los gremiales, acercarse a esos mundos era pisar terreno inhóspito, y de lo desconocido desconfiaban, más si provenía de sectores radicales.

Bárbara me había contado cómo eran esas asambleas, pues había asistido a una de Humanidades. Señaló que, además de planear actividades para el territorio, las asistentes relataban sus experiencias de violencia, historias de abuso, y sus pesadillas despiertas. Las reuniones tenían un ambiente catártico, dejaban afectado a cualquiera que se quedara un par de minutos oyendo testimonios.

Durante esas semanas habíamos conocido casos de todo tipo, poniendo a prueba nuestro carácter para sobrellevar la entonces evidente tensión en la atmósfera. Así, días después de la concentración en Casa Central, la frecuencia de nuestras intervenciones en procesos complejos aumentó considerablemente. Con más fuerza que nunca, los alumnos intentaban hacer justicia con sus propias manos.

- Una chica me escribió porque quiere que la ayudemos. Parece que en una de las

reuniones feministas crearon comisiones de trabajo y una de ellas era para armar funas - me comentó Bárbara al leer un mensaje en su celular.

- ¿Cómo? ¡No lo creo! - contesté con rabia.
- Sí, tal cual. Cuenta que incluso increparon a su pololo en el patio de Humanidades y le pidieron a gritos que se fuera. Dijo que lo tenían anotado en una lista porque, según las feministas, mantenía "actitudes machistas". Yo también he escuchado que varios que están en la mira, con la prohibición de pisar el territorio.
- ¡Eso está mal! ¿Quiénes son ellas para negarle el paso a alguien sin siquiera iniciar una investigación? - le respondí exaltada -. No podemos permitirlo, hay que hablar con ellas para que se detengan.

En esa oportunidad acordé enseguida una reunión con una antigua conocida que, junto a un par más, estaba a cargo de las asambleas del territorio de la chica afligida. Por fortuna nos encontrábamos en el mismo campus para resolver todo en poco tiempo.

Cuando llegó el momento, nos juntamos al medio del patio de su facultad. La imagen de una consejera gremial en compañía de una de las organizadoras de las asambleas separatistas era curiosa, atrayendo la atención de los alumnos que se encontraban por ahí. Luego de unos minutos de conversación pude notar que la organizadora, a pesar de ser ideológicamente muy distante a mí, entendió el punto y comprometió a su grupo a replantear su forma de actuar. Indicó que tampoco tenía interés en que este tipo de situaciones se repitieran, más cuando podía poner en peligro la integridad de las mujeres que se atrevían a expulsar a hombres del patio.

- Oye Rod Jav, antes de que te vayas - me dijo ella, previo a ponernos de pie -, quería saber si podías ayudarme con un tema…

Conversamos un rato más. La chica necesitaba consejo frente a un suceso de hostigamiento. Le indiqué el proceder y las organizaciones disponibles para el caso. Que si necesitaba ayuda de la Consejería, podríamos coordinar con un grupo voluntario de alumnos de Derecho que prestara asistencia jurídica.

Nos despedimos de un abrazo, estábamos más tranquilas. Las miradas de la gente se disiparon. Me llenaba recibir esa confianza y sentirme útil para cualquier persona que lo necesitara, incluso si se encontraba en otra posición en el espectro político. Era como si los prejuicios se rompieran por unos instantes para volver a ser humanos en blanco, sin esas diferencias que tanto nos enemistaban. De momento habíamos frenado los objetivos de uno de los grupos más insurgentes, pero situaciones así eran cientas y el reloj estaba en nuestra contra.

"¡Rod Jav sí, otros no!"

Mi paradero fue un misterio desde que se abrieron las primeras mesas hasta el inicio del receso que había luego de finalizado el conteo del segundo día de votaciones[29]. Los resultados de este último me dejaban casi doscientos votos abajo de Ariel Gallardo, el candidato de la Nueva Acción Universitaria.

Faltaba un día por contar y nadie se asumía derrotado, menos cuando las cifras no se actualizaban por completo. "Oriente", territorio donde tanto la Nau como la extrema izquierda obtenían votaciones aplastantes sobre la derecha, demoró en agregarse al cómputo global. Eso mantuvo constantes mis probabilidades de remontar, pues el colchón de votos de las carreras más gremialistas aún estaba aguantando.

Obligada por Felipe y Bárbara, me aparecí por el patio central de Sociales. Ahí se encontraba el equipo gremial esperando los resultados de su candidata. Me negué a asomarme por esos lados durante horas, estaba en extremo nerviosa. ¿Y si en breve perdía la elección? La votación se proyectaba tan estrecha que cualquier cosa podía pasar. Creía que no debía mostrarme fuerte ni

menos ganadora porque, si me veían cantando victoria durante el conteo y luego perdía, la caída sería aún más penosa. Con esa idea en mente fue que le pedí a Bárbara y a Felipe que me alejaran del grupo para liberar emociones con la confianza exclusiva de mis dos amigos. Si tenía que llorar de alegría o de pena, sería con ellos.

Apenas aparecí en la Facultad de Sociales, los gremiales comenzaron a gritar cánticos en mi nombre. Daniel Illesca, quien había sido compañero de lista, no aguantó la emoción y me elevó por los aires. "¡Rod Jav sí, otros no!", decían a coro los naranjos. Me abrazaron, me animaron, todo mientras mi estómago se revolvía. Aunque deseaba disfrutar el momento, la inquietud me estaba superando y de inmediato quise volver al confinamiento en los oscuros recovecos del campus San Joaquín.

Estaba viviendo un conteo de segunta vuelta muy distinto al de primera. Ahí mi objetivo se había limitado a sortear la etapa, tal como lo habían hecho los candidatos a superior del MG anteriores. Si pasaba con la mayor cantidad de votos o si lo hacía en segundo lugar, daba igual.

En ese primer conteo, presentí muy temprano que mi participación en segunda vuelta era una realidad, haciéndome sentir más calmada. Para entonces, varios alumnos analistas ya apostaban porque la candidata alternativa del Movimiento Gremial sería la sorpresa de la elección. Incluso había unos cuantos a quienes, a pesar de las diferencias políticas, les atraía la idea de ver a una gremialista en el cargo.

- Javi, tú puedes. Eres la única mujer en competencia, tienes que dar la pelea - me había dicho la recién electa consejera territorial por Ciencias Biológicas, Daniela Pinto, independiente de izquierda, antes de saber los resultados.

Los saludos afables y tranquilizadores abundaron tras mi paso a la siguiente etapa. Eran similares a la sensación de paz luego de finalizar un difícil examen, como si con el tacto dijeran: "¿Viste? ¡Yo siempre asumí que pasarías el ramo!".

Después de huir de los cánticos que entonaban en mi nombre los gremiales, el abrazo de Daniela volvió a figurar por mi mente al regresar a los parques de San Joaquín con mis amigos en la disputa de segunda vuelta. El recuerdo de su nobleza me daba ánimos y me hacía sentir aún más responsable del resultado. No existiría otra chance de ser consejera si no encontraba la victoria esta noche. Me había vuelto una candidata competitiva y la ilusión de ganar crecía con el pasar de las horas. Era mi momento y no sabía cómo controlar los tormentos.

La respuesta del gremio y la promesa a Palma

En un comienzo me resistía a participar de las asambleas. Las estimaba instancias más locales y con poca intención de aportar en la solución de los problemas que diagnosticaban, pues las organizadoras ni siquiera contaban con la información suficiente sobre las acciones emprendidas por la institución para mejorar los procesos.

Me hastiaba el solo pensar en tener que escuchar esas "verdades" instaladas con tan poco rigor, siendo yo insuficiente para poder rectificar a todas las personas que creían cómodamente en meros rumores. Tampoco era bienvenida en esos espacios porque, antes de ser mujer, era gremialista, y para ellas eso era a priori un problema.

La Feuc también se encontraba en una encrucijada. Su directiva era de izquierda, pero no estaba liderando la revolución. Las asambleas se gestaban fuera de su control, casi como por generación espontánea. Quienes se consideraban más radicales desconfiaban de la Nau e intentaban frenar sus influencias en la cruzada.

El feminismo era acéfalo en la Universidad, pero funcionaba como una especie de red neuronal expandida en todas las carreras. Yo debía transitar por ese circuito para no quedar ajena a la discusión, pero para esas mujeres nunca sería auténticamente parte por mi etiqueta MG.

Y no solo era paria en la ola feminista, sino que también dentro de mi movimiento. ¿Y cómo no? Consejera y todo, pero seguía estando a prueba para el equipo, más cuando muchos me denominaban como la *gremial liberal* debido a mi cercanía con las problemáticas sobre mujeres y minorías sexuales. No creían poder asegurar que yo actuara como una representante de los gremialistas, e incluso unos cuantos me criticaban por ser una líder complaciente a las demandas del feminismo. La inacción me devoraba por dentro y debía decidir en breve qué piezas movería en el tablero.

El 10 de mayo el Movimiento Gremial recién dio su primera respuesta, publicando una declaración que condenaba la ruidosa manifestación interna en horario de clases que había habido en el campus San Joaquín. Aquella protesta contra la *cultura patriarcal* terminó en el bloqueo del tránsito en Vicuña Mackenna durante minutos, incomodando a varios alumnos. Ese día yo estaba en Casa Central, por lo que no pude dar cuenta del paso de los tambores en carne propia.

En suma, días antes de esa manifestación interna un grupo feminista se había intentado tomar la Facultad de Sociales, en San Joaquín. Pese a la poca atención mediática que concitó, la arremetida había sido antes de las votaciones de movilización y paro en esa Facultad, por lo que el apoyo al intento de toma fue muy cuestionado por el alumnado.

Con todos esos antecedentes, el MG tuvo razones de sobra para contraatacar.

Frente a los hechos ocurridos en Campus San Joaquín, el 10 de mayo de 2018

Como Movimiento Gremial UC, llevamos 50 años promoviendo el respeto por la dignidad de todas las personas, sin distinción alguna. Dicho esto, declaramos lo siguiente:

1. *Condenamos enérgicamente toda situación de abuso, maltrato, acoso, discriminación y violencia sexual contra la mujer en todas sus formas, ya sea dentro de las dependencias de la universidad como fuera de ésta. Todas esas situaciones atentan directamente contra la libertad y dignidad humana de las mujeres, razón por la cual siempre estaremos en contra de alguna situación así.*
2. *Estamos comprometidos por una sociedad donde se respeten por igual la dignidad y los derechos de las distintas personas que la componen. Por eso mismo, siempre rechazaremos y condenaremos cualquier acción que contravenga esto último.*
3. *Rechazamos categóricamente que un grupo de alumnos se tome el decanato de Sociales e interrumpa las actividades académicas de esta facultad, antes de siquiera permitir que se desarrollara el plebiscito de apruebo o rechazo de las mociones de movilización y paro. Esto es un atentado evidente en contra de la democracia y los derechos de nuestros compañeros.*
4. *Estamos en contra de que se pase a llevar los derechos de todos nuestros compañeros de San Joaquín, interrumpiendo sus actividades académicas con una marcha ruidosa que dificulta las clases y el estudio. Quienes no están en paro tienen el justo derecho a estudiar en condiciones normales. Del mismo modo, creemos que cortar el tráfico de Vicuña Mackenna es una pésima forma de manifestarse. Pasar a llevar los derechos de otros nunca será una legítima vía para expresar ideas.*
5. *Desde el Movimiento Gremial creemos que la forma de avanzar en el respeto y el reconocimiento de la dignidad de todos es desde la propuesta constructiva, y no desde la imposición de ideas. Por lo mismo, hemos trabajado en distintas medidas para promover el rol de la mujer, tales como: Arancel Proporcional, permitiendo que ser madre o padre no sea un obstáculo para estudiar (Feuc 2015), trabajando en un protocolo interno de abusos, de modo que nuestro movimiento esté preparado ante*

eventuales casos de esta índole (directiva MG 2018), petitorio "Mujer en la academia" (Consejería Superior 2018), "Semana de la mujer: comprometidos por la justicia" (Consejería Superior 2018), foro "Desafíos de la mujer hoy" (Consejería Territorial Ingeniería 2018) y curso "STOP" de la Dirección de Asuntos Estudiantiles sobre prevención de casos de violencia sexual para el equipo y representantes (directiva MG 2018), entre otras.

Dicho esto, reiteramos nuestro compromiso con el respeto de la dignidad de todas las personas, al mismo tiempo que defenderemos siempre el derecho de nuestros compañeros a estudiar y desarrollarse en un ambiente académico adecuado.

Declaración Movimiento Gremial UC.
Santiago, 10 de mayo de 2018.

La declaración gremial fue difundida la misma tarde de la protesta en San Joaquín y, para mi sorpresa, la Consejería Superior había sido mencionada. Y es que el Movimiento Gremial contaba con una hoja de ruta mucho más clara que la mía. Las reacciones y pensamientos de varios eran predecibles, como si hubiesen sido heredados de genes presentes desde hace incluso más de cincuenta años.

Esos códigos también estaban en mí, entregados por mi familia y sus antepasados armados. Cabezas que funcionaba bajo estructuras rígidas de orden y patrones más estables que no eran de fácil adaptación. Solo la experiencia de contacto, un asomo en mi colegio y una constante en Comunicaciones me habían moderado y sensibilizado a punta de encuentros con la realidad.

La publicación había logrado que me enfrentara a mí misma. ¿Qué tan dispuesta estaba la Javiera de mayo a criticar al movimiento feminista? ¿Cuál sería el margen que podía tolerar entre acciones y reacciones?

La ambición de ser trascendente en cada lugar, a veces con nombre y otras de manera anónima, implicaba una lucha entre aspiraciones de poder y frustraciones por quien yo era, entre mis límites y la convivencia. En cuatro años había aprendido a sortear olas en mares ajenos para poder llegar a los puertos más hermosos, sin darme cuenta, en tanto, que de a poco me convertía en mar.

- Javiera, necesito que hagas algo, eres nuestra consejera. Sabes que te voy a apoyar en lo que sea, una carta, una intervención, un video, algo. Pero hazlo pronto. Nos estamos quedando fuera del debate - me dijo por teléfono Ignacio Palma, en su rol de presidente del MG, al saber sobre mi enojo respecto a la publicación.
- Pero Ignacio, me pides que me mueva y ustedes sacan esa declaración. ¡Te apuesto que encima la redactaron hombres! - le respondí sofocada.
- Ya que no estás contestando tú, hemos tenido que hacerlo nosotros - alegó.
- ¡Pero qué importa una marcha con tambores por el campus si aquí dentro hay mujeres que han sido abusadas! - rebatí con fuerza -. Además, ¡qué hemos hecho como movimiento para frenar la violencia más que solo sacar estas declaraciones que poco ayudan!

Aunque fue una acalorada discusión, intercambiamos opiniones de forma respetuosa hasta que llegamos a un punto medio. Perder el control con Palma no era una posibilidad, pues Ignacio era un hombre muy sereno y empático.

Me hizo prometer que no me iba a quedar de brazos cruzados y que, si quería tomar una postura pública mucho más protectora hacia las víctimas de abusos, estaría conmigo. El trato era simple. Me había ganado el espacio como consejera y ahora debía usarlo. De aquí en adelante,

algo se me tenía que ocurrir.

Las mujeres gremialistas

Palma era muy consciente de mis contradicciones, como así también de la urgencia del momento. Yo entendía perfecto su posición, pero no estaba preparada para arriesgarme y morir en el intento. Con todo su apoyo y el del equipo de Consejería, sabía que las críticas recaerían solo en mí y que, por ende, saldría muy afectada emocionalmente.

- De acuerdo. Me pondré manos a la obra. Pero antes quiero ver qué piensan las mujeres del gremio. Que la respuesta que salga de mí sea también de las chiquillas del equipo - sentencié.

Así fue como junto a Bárbara y a Pía comenzamos a organizar la primera reunión política de mujeres del Movimiento Gremial. No sabíamos qué recibimiento tendríamos en el grupo, o siquiera si alguien acudiría a nuestro llamado. Tampoco había ruta, estábamos haciendo un experimento para poder encontrar las respuestas que no hallábamos en nosotras.

Delimitamos fechas estimadas para la reunión. La que le acomodaba a la mayoría terminó siendo el 16 de mayo, el mismo día de la marcha por una "Educación no sexista", solo que esta última ocurriría en la mañana.

El lugar elegido para la junta de mujeres fue mi estrecha oficina. No había salas disponibles en Casa Central, así que tuvimos que acomodarnos en el espacio que estaba consumido por una mesa de reuniones. Cabían aproximadamente ocho personas, pero ese día éramos alrededor de quince.

Las chiquillas comenzaron a llegar de a poco. La noche se acercaba, por lo que la espera fue un tanto angustiosa. La conversación partió apacible, cada una dio a conocer su diagnóstico sobre la irrupción del movimiento feminista en la UC mientras contaban experiencias vividas en sus territorios durante esos días.

A veces las palabras eran duras. La marcha más violenta en relación al tema había sido hace tan solo unas horas, por lo que varias opiniones mostraban desconfianza respecto al movimiento de mujeres, e incluso suspicacia con el fin de esta reunión. Pese a todo, Pía, Bárbara y yo dejamos, como buenas anfitrionas, que los relatos fluyeran.

La falta de pauta permitía una plática más pura y espontánea. Cuando el diálogo se tornaba un tanto superficial, me involucraba con preguntas que hicieran retomar el fondo; no se trataba de si queríamos o no que un hombre nos abriera la puerta, o si como mujeres también teníamos que pagar la cuenta de un restaurante. De esta manera, la reunión rápidamente cobró un sentido superior al de simplemente ser una oportunidad para desarrollar una respuesta concreta del gremio sobre el mayo feminista.

¿Habían tomado ellas alguna vez una decisión importante dentro del Movimiento? ¿Podían recordar con rapidez el nombre de una mujer formadora en la historia pasada y presente del MG? ¿Quién había sido la última presidenta de la directiva, o la última candidata a liderar la Federación?

- Si no hemos tenido protagonismo es porque quizás ellos son mejores para la política. Aquí no hay machismo ni ninguna de esas tonteras. Si ninguna consigue ser candidata en uno de los territorios o presidenta del Movimiento es porque simplemente no tiene *dedos para el piano* - interrumpió una de las gremiales de Derecho.

Su intervención hizo que el diálogo tomara un rumbo diferente. Apenas la chica terminó de hablar, pedí la palabra para refutar su punto. Realmente comprendía por qué ella veía las cosas de esa manera, más si su carrera era Derecho, de donde provenía el grupo más estoico. Sin embargo, y a pesar de entenderla, me era imposible callar cuando sentía que gran parte del

equipo había cuestionado mi candidatura y desconfiaba aún de mi liderazgo, incluso siendo consejera por ya varios meses.

Ese sentir me tenía agobiada hace un tiempo, tanto así que incluso se lo había planteado a Konrad hace algunas semanas. No sabía si su pragmatismo iba a ser un obstáculo para que comprendiera lo que me ocurría.

- ¿Sabes qué, Konrad? Estoy frustrada. No sé si se acordarán de nuestra Consejería en el futuro. Pienso que ni siquiera nos van a invitar a hacer charlas para motivar a los próximos novatos. Estamos al ritmo de una Feuc y a nadie parece importarle. ¡Así de poco le valemos al MG!
- ¿Por qué dices eso? Yo creo que lo hemos hecho bien. Tienes que considerar que eres una no más, y que nadie nos ha pedido que seamos más que los seis que hay en una directiva - me respondería muy tranquilo.
- Todos los gremiales se refieren orgullosos a la Feuc del 2015, como si vivieran de ese triunfo pasado. ¡Yo estoy aquí en el presente, soy su consejera! ¡Somos insignificantes, olvidables, minúsculos, y sé que tenemos el pedal a fondo! - me había quebrado.

En resumidas cuentas, percibía que Sande era un ídolo para los gremiales y yo, nada más que una anécdota curiosa. Y es que la niña de Derecho había tocado una fibra de mi historia, de capítulos que guardaban las cicatrices más hondas de las desilusiones en política. No me sentía dispuesta a que me dijeran que como mujeres no estábamos a la altura o que no nos esforzábamos lo suficiente. La frené como si de mi boca salieran agujas, olvidando que era también su consejera. Me volví esa Javiera díscola que hace rato sugería en mis acciones, mas no en mis palabras.

Fui ácida, pero Pía me superó con creces. Ella era la mayor del grupo y por su papel como coordinadora de los proyectos relacionados con mujeres y diversidad sexual en la Consejería, tenía razones de sobra para darse el lujo de extremar argumentos. La chica de Derecho se quedó callada después del reto de Pía y su cara se puso roja en segundos. Bárbara tuvo que calmar los ánimos, mediar entre las posturas. Aunque era una discusión necesaria y hubiera rogado para ver cómo terminaba, Palma me había encomendado una misión muy concreta.

- Yo creo que es inevitable no darse cuenta de que hay que hacernos cargo de esto como gremialistas. Se me ocurre aportar en mejorar los protocolos, algunos lineamientos para desarrollar dentro de la política universitaria, no sé. Siento que la mejor forma que tenemos para responder como mujeres gremialistas es hacer la pega, trabajar por nuestras compañeras - propuso una del grupo con un tono muy sincero, pero con actitud aguda.

Los ojos del resto se abrieron, la atención era plena. Tímidamente las cabezas se movieron de arriba hacia abajo. La intervención les hizo sentido y las palabras consecutivas fueron en apoyo. Era como volver a la esencia del asunto, darnos cuenta que buscábamos una solución que estaba en frente de nuestras narices.

¿Y se encontraba ahí realmente? Tenía claro que Ignacio no quería algo abstracto, e intuí que esa petición estaba muy presente también en las mentes de Bárbara y Pía. Si nos hubiéramos puesto a analizar el cuadro, la respuesta de la chica era un acto reflejo muy de nuestro tradicional estilo, *más trabajo, menos bla blá.* En el fondo, ella tenía razón y precisamente porque como gremialistas nos costaba dar respuestas políticas; las salidas panfletarias parecían siempre forzadas en nuestro sector y me resistía a intentar romper con esa regla.

El grupo salió de la oficina un poco confundido. Después de tanta polémica no hubo una decisión final contundente. La propuesta era coherente y cargada de buenas intenciones, pero

cierto era que el dilema estaba lejos de resolverse. Pese a que la alternativa práctica era la más natural y la que concitaba más acuerdo, no era una contestación a corto plazo, esa que el Movimiento Gremial necesitaba con urgencia en estas revoloteadas semanas.

Decidí en el instante que debía meter los pies al barro. Me faltaba aún por conocer más ese otro lado que como gremiales contemplábamos con distancia y extrema cautela. Sabía que las asambleas de mujeres podían mostrarme realidades complejas, aristas nuevas que abrirían mi mente para contemplar el panorama por completo.

La asamblea multiestamental de Casa Central

Si bien terminamos muy tarde con las chicas gremiales, estaba dispuesta a hacer un espacio para asistir a una de las asambleas de mujeres. Entre las reuniones, avances de proyectos y viajes constantes por los campus de la UC debido a mi trabajo como consejera, era difícil calzar con sus cronogramas.

No era mi obligación asistir, pero el contexto me lo pedía a gritos. Las ganas me eran ajenas, ya que para las feministas más radicales era una intrusa y me lo demostraban ignorando mis gestiones como representante. Odiaban a los gremialistas y lo dejaban explícito cada vez que podían en sus redes sociales y manifestaciones públicas.

Estaba cansada y más cuando sabía que, luego de discutir acaloradamente en una oficina de no más de diez metros cuadrados, la maratón continuaría. No obstante la reunión de gremiales fue justo en paralelo, la asamblea feminista de Casa Central se había extendido en tiempo aún más que nuestra jornada. Perfecto.

Hicimos un breve cierre con las chicas, uno que sonara satisfactorio a pesar de no haber dado con una alternativa más disruptiva, como esperábamos. Enseguida nos despedimos y junto a Bárbara, Pía y un par más corrimos a un auditorio de la Facultad de Medicina donde se estaba realizando la asamblea multiestamental[30].

La sala estaba repleta con alrededor de cien mujeres. Era fácil identificarnos. Más allá de los cabellos teñidos, tatuajes y ropas alternativas, era el temple de incomodidad el que realmente nos diferenciaba del resto. Como extraterrestres, bajamos el desnivel y, al no haber asientos disponibles, nos quedamos de pie, apoyadas en las paredes laterales.

No identifiqué a ninguna de las muchachas que dirigían la asamblea, pero eran conocidas por la concurrencia. Cada una tenía una función específica: tomaban la palabra, redactaban el acta, anotaban en la pizarra y dirigían la discusión.

La conversación versaba sobre la concentración y posterior marcha sucedidas durante la mañana. Mencionaron lo *bueno, lo malo y lo feo* y, en particular, hicieron hincapié sobre cómo debieran enfrentarse a los medios durante estas manifestaciones. El acuerdo general fue que no dejarían que los periodistas hombres las entrevistaran, sobre todo pensando en que varias de ellas podían tener el torso desnudo en las movilizaciones. Las de Comunicaciones, quienes no sobrepasaban el segundo año de universidad, señalaron que desde la Facultad trabajarían en un manual para saber cómo enfrentar a la prensa en este tipo de situaciones.

Hablaron luego sobre la denuncia sobre violencia intrafamiliar interpuesta por Marcela Lagos, ex secretaria de la institución, hacia su ex esposo y profesor de la UC, Martín Chuaqui. Las chicas que dirigían la reunión multiestamental enumeraron los antecedentes que manejaban sobre el caso. Según constataría el diario El Desconcierto en una nota publicada el día de la toma, Lagos había ingresado una querella en contra de Chuaqui en julio de 2016 por el delito de lesiones menos graves realizadas en reiterados episodios de violencia. El profesor fue absuelto al año siguiente de todos los cargos, mientras que la funcionaria despedida de la institución.

Las jóvenes feministas cuestionaron en el auditorio al rector Ignacio Sánchez por haberle

dado la espalda a Marcela y llegaron incluso a plantear la posibilidad de exigir su renuncia. Ahí fue cuando levanté la mano. Si ya era irrisoria la efervescencia que causaba el negarle una entrevista a un periodista debido a su género, la idea de que llegaran al punto de pedirle la renuncia a Sánchez me parecía descabellada. Poco sabía del caso, pero estaba segura que lo que contaban no era del todo imparcial. No parecía un encuentro hecho para quienes buscaban informarse, sino que era un espacio para ellas, donde el mapa ya estaba trazado. El diálogo solo servía para decidir en qué grado las medidas serían adoptadas.

Yo estaba frente a sus ojos, sin embargo, era forzosamente invisible para las mujeres encargadas de anotar las palabras. Después de unos minutos y al darme cuenta que no sería considerada, bajé mi mano.

- Si bien recién acordamos que ningún periodista hombre nos grabaría, quisiéramos pedirles autorización para que Marcela Lagos, víctima de los abusos de Martín Chuaqui, pueda ingresar con sus camarógrafos hombres a esta asamblea - le dijo una de las chicas que dirigía el espacio al resto de las asistentes.
- ¿Realmente están haciendo esto? Mejor me voy, el queque ya está cortado aquí. No tenemos nada que hacer en este lugar - me susurró Bárbara, muy impactada del aparataje de la organización.

Decidí quedarme. Quería ver lo que diría Marcela y a qué conclusiones llegaría el grupo. Tras la debida autorización del conjunto, la mujer habló frente a las cien personas de la asamblea; a su lado, dos camarógrafos que se encargaron de registrar el material. Con un sobrecogedor relato, Lagos contó dolores y frustraciones sobre lo que ella describió como una Universidad sorda a sus pesares. Narró parte de su vida con Chuaqui, esa que según ella podía resumirse en lamentables pasajes de maltrato.

La atención de las mujeres en ese relato era total, y el silencio por esa causa, estremecedor. Las lágrimas comenzaron a caer en la sala mientras algunas se tapaban la boca debido a la emoción. Pía, quien se había quedado conmigo en Medicina, tampoco aguantó sus sentimientos. Era real. La catarsis era real.

- No entiendo qué está pasando - me murmuró una chica que estaba cerca de nosotras en la asamblea. La conocía, no era gremial y, al igual que yo, quería vivir la experiencia del espacio.
- La señora allí adelante está contando su testimonio con respecto a Chuaqui, un profesor de la UC - le expliqué.
- Eso lo sé. Me refería a por qué lloran, por qué están grabando. Todo esto es muy raro, no me cuadra - respondió ella con el ceño fruncido.

Marcela terminó quebrándose en el auditorio. Se llenó de aplausos y, después de unos segundos, se asomaron manos levantadas del público. Eran gestos de aliento, de arenga para *luchar contra el patriarcado*. Que debían organizarse, que no le darían más espacio al rector para defenderse, que ya era momento de acabar con todo esto.

El apoyo femenino y los viejos gremiales

Tiempo de marcharme, me notaba fuera de lugar. Pía se iba a quedar un rato más, así que aproveché de retirarme junto a la niña que me había hablado extrañada. Subimos las escaleras consternadas, ninguna de las dos vislumbraba lo ocurrido ahí dentro hace unos instantes.

A la salida de la Facultad de Medicina, en el patio de Comunicaciones, estaba Juan Echaurren, ex consejero superior, quien ahora trabajaba en la Universidad. También estaba personal de la Dirección de Asuntos Estudiantiles (DAE) y algunas autoridades, quizás expectantes y alertados por lo que sucedía en el auditorio subterráneo.

- No sabes cuánto te envidio - ironizó Juan -. Mi gran conflicto el año pasado fue que la pelea con la Feuc por las llaves de la oficina[31]. Tú, en cambio, estás metida hasta el cuello en este *cachito.*

Partí a mi casa, con la cabeza a punto de estallar. Ahora estaba aún más confundida y ni el fervor de la asamblea ni el proceder "al estilo gremialista" me daban luces satisfactorias sobre qué hacer.

La presión que estaba viviendo era principalmente por encontrarme en la primera línea de decisión a causa de mi cargo y sobre todo porque, al ser mujer, podía opinar con propiedad. En efecto, sabía que no era una chance ganada debido a mi trayectoria o a mis habilidades como comunicadora. Simplemente, y en relación al contexto, no era bien visto que para estos temas hablaran los hombres. Si las circunstancias hubieran sido otras, el presionado sería Ignacio y yo estaría relegada a un plano secundario.

Si lo miraba por el lado positivo, además de permitir una reunión política de mujeres del equipo, mi indecisión ayudó a que las gremiales mayores hicieran lo mismo. A diferencia de las clásicas figuras de liderazgo masculinas dentro del MG, estas mujeres habían tenido un bajo perfil, pese a su igual nivel de entrega y dedicación a la política que sus pares hombres.

En la vorágine de mayo, Macarena Hederra, la misma muchacha que nos entregaría las hamburguesas en la Contratoma, halló unos minutos entre las actividades de la Consejería para juntarse a conversar conmigo. Días antes, y gracias a la cercanía que tenía con Biskupovic, Antonia Mayo, miembro de la directiva Feuc de 2015 junto a Sande, también nos había pedido una reunión, la cual se concretó el 18 en mi oficina.

- Con el grupo de viejas gremiales queremos prestarles ayuda. Sabemos que tú y Bárbara están pasando por un momento muy difícil - nos señaló Antonia.
- No sabes cuánto. Ojalá fuera más simple todo. ¿Por qué tengo que decidir algo? ¿Quién soy yo para pedirle a esas mujeres que no se indignen con el sistema? ¿Quién soy yo para decirle a los gremiales que las justifiquen?
- Lo sé, nada es tan blanco o negro como algunos creen. Tú eres la que manda aquí y es normal que con esa carga te sientas agobiada. Solo queremos ayudarlas a que puedan dar la mejor respuesta. No están solas. Danos un par de días y con las viejas se nos ocurrirá algo.

Esperaría a las mujeres, la soberbia no sería mi compañera en estos momentos. Tenían más experiencia y sus consejos eran sinceros, brotaban de esa sensibilidad femenina que pocos podían comprender. Pero estaba apurada y no solo en razón de mis propias dudas; asumía también que Ignacio y los gremiales más antiguos estaban inquietos a la espera de respuestas.

En definitiva, el MG se dibujaba como una larga posta de generaciones con principios e ideales compartidos. Era común que damas y señores canosos encontraran a un novato de polera naranja en los patios de la UC y le preguntaran, por ejemplo, quiénes serían los candidatos de la "1A".[32] Lo natural era que los más viejos percibieran que las cosas no andaban como siempre en la Universidad y que la consejera superior gremialista no estaba dando señales claras.

Tan latente era la posta que el 21 de mayo, cinco días después de la asamblea multiestamental, recibimos un llamado de atención. Con Bárbara habíamos abierto las postulaciones estudiantiles para uno de nuestros proyectos cuando un gremial más antiguo nos escribió.

- Javiera, tus iniciativas son interesantes, pero hasta el momento eres intrascendente - me señaló el conocido gremialista.
- No sé qué quieres lograr con esto - contesté con desagrado.

- Solo cumplo con advertirte. Hay veces que uno debe elegir entre la ejecución de buenas ideas y quedarse en el olvido, o sacar la voz como nadie lo ha hecho hasta ahora y ser recordado en la historia por valiente.

"¡Que se muera la historia entonces!", pensé en aquel momento. ¿Qué papel iba a tomar en ella, el de villana? ¿Esa que odia a sus compañeras? ¡Ah, no, ya sé! ¡El de la peor consejera superior de todos los tiempos!

Me sentía fracasada. En el fondo, las palabras del antiguo gremialista habían logrado entrar en mi cabeza. No importaba el "cómo" había llegado a ser superior ni cuánto había dejado de lado para mantenerme en pie. Aquí, el "para qué" marcaría la diferencia.

Las inseguridades crecían y se sujetaban a mí como enredaderas impidiendo cualquier movimiento. No iba a ceder a las presiones, menos si no encontraba algo que me diera señales primeramente a mí. Prefería quedar en el olvido haciendo aquello que considerara correcto, tomando las decisiones que el corazón me dictaba. Nadie podía exigirme, menos cuando pocos se habían aventurado a creer.

El dolor experimentado por semanas hacía que me esforzara por agotar todas las alternativas, pese a que me hallaba desarraigada en cualquier lugar. La empatía causaba en mí el deber de unirme a causas loables, pero la razón me permitía ver que sus medios no tenían el mismo carácter.

La asamblea feminista de Comunicaciones

Para entrar a una de las asambleas de mi propio territorio tuve que pedir autorización. Se había armado el grupo hacía poco, sin embargo, no existían públicamente indicios de dónde y cuándo eran las reuniones. Encontraba humillante la idea de solicitar un permiso, pues el año pasado había sido su consejera académica y gran parte de ellas había votado por mí para superior. Creía que mi participación podía inquietarlas ahora que me había alejado de las actividades de mi carrera, así que les di espacio y no alegué.

Quería escucharlas, incluso si eso significaba soportar desconfianzas. Le escribí entonces a quien suponía era una de las organizadoras. Tras una espera que duró varios minutos, la respuesta del grupo fue positiva. Me dejarían asistir.

Cinco y media del martes 23 de mayo y yo subía por el ascensor de Comunicaciones para llegar al quinto piso, donde se iba a realizar la reunión de mujeres de mi Facultad. Al fondo, dos salas acuario, la "Hugo Miller", más grande y pomposa[33], y otra consecutiva, donde se encontraban las chicas. Esta era más pequeña, pero igual de expuesta debido a los paneles de vidrio.

Llegué tímidamente y me volteé hacia la derecha del ascensor para ver si realmente las mujeres estarían ahí. Un grupo de cerca de diez compañeras yacían sentadas alrededor de una mesa, oyendo a otra que explicaba algo en una pizarra. La sensación de que entre ellas había una extraña se hizo evidente al ingresar a la sala. Tomé asiento e intenté pasar por alto las miradas de incomodidad. Estaba nerviosa, perturbada. Aunque había un par de novatas, conocía a casi todas las presentes.

Enseguida, la consejera académica de Publicidad interrumpió a la niña de la pizarra. Le indicó que demoró en saber de la existencia de esta asamblea, que no había encontrado información disponible y que varias compañeras de su carrera tampoco estaban enteradas de las reuniones que organizaban.

- Es tu deber saber lo que pasa en Comunicaciones, por algo eres representante estudiantil - le respondió una de las asistentes.
- Participar de estas reuniones no es obligación de los consejeros académicos ni de nadie,

menos si no hay información de dónde y cuándo se juntan - insistió la estudiante de Publicidad-. Además, esto es súper político y nosotras tenemos otros deberes, como tratar los problemas de malla, asesorar a compañeros sobre los ramos, defender a quienes caen en causal de eliminación y participar en consejos de representantes.

Como sabía que la respuesta proveniente de las mujeres podría desencadenar una discusión más álgida, me adelanté levantando la mano para apoyar los dichos de la estudiante.

- Bueno, tuve su mismo cargo el año pasado y es cierto que una no suele meterse mucho en temas políticos. Concuerdo que hay que estar informada, sin embargo, las académicas tienen funciones específicas y a veces la politiquería complica un poco ese rol, el cual descansa más en el servicio desinteresado. Lo mismo sucede con la Consejería Superior - argumenté mientras la consejera asentía un tanto aliviada por mis palabras.

Luego, les señalé que a mí también me había costado ingresar a la asamblea, que tuve que pedir que me incluyeran. Tomaron nota y, aunque algunas intentaron rebatir el punto, terminaron por asumir que había un problema. A la queja anterior se sumó que tampoco había un acta pública y que este espacio separatista tenía un escaso nivel de participación, pues de cerca de seiscientos alumnos que tenía la Facultad de Comunicaciones, siendo alrededor de dos tercios de ellos mujeres, en la salita solo había doce chicas.

Terminé contribuyendo con ideas para algunas comisiones que querían desarrollar, y las orienté sobre el funcionamiento interno de la UC. Noté que mi opinión tenía cabida, sabían que yo tenía experiencia. Comenzaron luego a interiorizarse en la organización del equipo de mujeres y de pronto mi aporte dejó de ser atingente. Me despedí antes del final de la asamblea. La consejera de Publicidad se había ido hace unos segundos, así que corrí para bajar con ella el ascensor.

- No sé, como que a veces no entienden cuál es nuestro rol aquí - señaló frustrada -. Menos mal hablaste tú porque, o si no, hubiera sido la única en decirles que no estaban haciendo las cosas bien.

La llamada de Winter

Jueves 24 de mayo y mi mañana estaba ocupada por labores del cargo. Tenía que calendarizar iniciativas de la Consejería, revisar postulaciones y planificar una reunión sobre un proyecto a realizar con la Universidad. Fui rápida, pues a las dos me juntaba con otros representantes estudiantiles.

Luego de los quehaceres, asistí a una comisión con autoridades para discutir sobre unas modificaciones a los planes curriculares. Esta comisión, que buscaba reestructurar el plan de formación general de las carreras, se congregaba cada dos semanas. Disfrutaba asistiendo a estas citas, pues además de encontrarme con algunas autoridades que me guardaban mucho cariño, tenía la chance de influir en los aspectos académicos centrales de la UC.

Mi última parada del jueves acababa con un Consejo Feuc extraordinario en Casa Central. Como todo lo que pasaba en mayo, y claro, como solían ser esas instancias, la discusión en la sala de aquel consejo fue acalorada, alargando así la hora de término.

Eran las siete, eran las ocho.

Tras polemizar sobre una invitación de Ingeniería Comercial al ex candidato presidencial José Antonio Kast a debatir sobre Educación, la cual generó una funa de parte de sus detractores estudiantiles; y luego de que el delegado Confech de UC Pública recién electo debiera renunciar por denuncias de abuso dentro de su movimiento, no había nada que pudiese devolverme la calma que hace tiempo no encontraba en la política universitaria.

Eran las nueve.

Todos se justificaban y de paso aprovechaban para culpar de cualquier mal al movimiento contrario. ¿Cómo las mujeres feministas no iban preferir organizarse por sí mismas, si cualquiera desconfiaría del liderazgo de sus actuales representantes?

Las diez se acercaron con velocidad.

El consejo se alargaba entre los puntos y varios de ellos no lograban resolverse. ¿Alguien reaccionaría luego de que Ingeniería Comercial denunciara la funa en su territorio? No. ¿UC Pública llevaría un correcto proceso tras lo sucedido con su candidato? Tampoco. Solo la ansiedad de los representantes al darse cuenta que llevaban muchas horas en el campus apuraba mínimamente el avance de los temas.

Y el debate se fue diluyendo hasta que concluyó. Tomé mis cosas, me despedí de los asistentes más cercanos, y rápidamente me dirigí a la oficina de consejera. En ella estaba Bárbara, quien se había quedado hasta tarde terminando un trabajo con sus compañeras de carrera. Mi evidente semblante ofuscado dio pie a que conversáramos sobre las riñas del consejo.

De forma natural hablamos luego de cómo podíamos responder al movimiento feminista. Era como una cuestión tabú entre nosotras, algo latente, pero irresoluto. Como si el cansancio de una larga jornada no fuera problema, en un abrir y cerrar de ojos estábamos sentadas en extremos opuestos de la mesa, evaluando una y otra vez las alternativas con la esperanza de que la urgencia empujara la creatividad.

Anotamos ideas en la pizarra, entre ellas, una propuesta a Secretaría General para modificar los protocolos de violencia sexual, el levantamiento de un diagnóstico a toda la comunidad UC, o incluso acercarnos al Congreso para impulsar alguna iniciativa.

- ¿A qué hora se van? - nos interrumpió un guardia de turno apuntando la luz de su linterna hacia la ventana -. Que no se les haga muy tarde, la calle es peligrosa a estas horas.

Decidimos dejar pendiente nuestra tarea, el metro estaba por cerrar. De seguro mañana tendríamos las mentes más frescas para evaluar todo con mayor franqueza. Ordenamos el despacho y cerramos con llave.

Ya eran las once cuando con esfuerzo subí las escaleras de mi casa. Hace días que estaba durmiendo poco, mis párpados se cerraban solos. Por desgracia, todavía debía redactar un correo para informar a los miembros de los consejos Feuc y Académico los puntos en tabla del Honorable Consejo Superior que se iba a celebrar mañana viernes 25, como siempre, a las 9 am.

Los asuntos dispuestos en la tabla me parecieron atractivos. Se iba a conocer al nuevo secretario general, se presentaría un centro de creación audiovisual de la Universidad, el reglamento del alumno de pregrado sufriría cambios importantes y dos profesores serían propuestos como “eméritos”.

Correo enviado y luces apagadas.

Vibró de pronto mi teléfono. Alguien había respondido a la citación del Consejo Superior. Luz prendida de nuevo.

Ahora estaba ansiosa y con razones. La presidenta de un centro de alumnos me había contactado de manera urgente para advertirme que uno de los profesores propuestos como eméritos había sido acusado por funcionarias y docentes el año pasado por supuestos malos tratos en la Facultad de Química. “¡Justo ahora!”, pensé con cólera. El destino me estaba desafiando nuevamente, como si quisiera que la semana no terminara nunca para mí. La muchacha me solicitó que por favor interviniera en ese nombramiento, que, si más gente se enteraba, la situación podía salirse de control. Le pedí que me enviara más antecedentes de lo

que había ocurrido para estar segura de sus afirmaciones.

- Imagino que lo mejor sería que aplazaran el nombramiento mientras se investiguen las denuncias - le respondí yo, sin disponer de muchas alternativas a medianoche -. Tranquila, le hablaré de inmediato a la decana y al rector para que tengan conocimiento de lo que me señalas. Yo me encargo.

Antes de las una de la madrugada, acordé una reunión con Bárbara Loeb, la máxima autoridad de la Facultad de Química, para antes de que comenzara el Consejo Superior de mañana. Ella fue muy comprensiva con la situación y me solicitó los documentos que recientemente me había mandado la dirigenta.

Archivos enviados. Reunión confirmada. Luces apagadas al fin.

La noche pasó muy veloz, como si ni siquiera hubiera dormido. La alarma de cinco para las siete de la mañana empezó a sonar, tal como esperaba. Todavía contaba con el tiempo suficiente para que las sábanas me hicieran compañía por un rato, al menos hasta alcanzar a salir sin apuros.

Pasaron cuatro minutos y, para mi mala suerte, el teléfono sonó de nuevo. Esta vez, antes de lo programado.

- ¿Aló, qué pasó? - respondí somnolienta a una llamada de Sebastián Winter, alumno de Derecho y vicepresidente de la Feuc.
- Javiera, Francisco no me contesta. Decidí contactarte - habló dubitativo.
- Dime no más, me asustas.
- Se tomaron Casa Central. Yo ya voy en camino.
- ¿¡Me estás *hueviando*!? - grité mientras me despegaba de la almohada. Creí que era una broma.
- No, es verdad. Estoy a punto de llegar, de hecho.
- Ya, estaré allá antes de las ocho. Me levanto ahora y parto corriendo.

CAPÍTULO 4 La toma

Después de escaparnos de la sala “Crowne Plaza y conversar a oscuras en las bancas, le pedí a Felipe que me acompañara al templo[34] antes de que salieran las urnas de segunda vuelta. Tenía la necesidad de estar en movimiento, cambiar de ambiente y alejarme del núcleo de operaciones. Quería calma e intuía que ese lugar podía entregármela. Me sujeté muy fuerte de su brazo y caminamos sin hablar.

El templo era muy alto y se ubicaba en el centro de San Joaquín. Estaba escoltado por una fila de plátanos orientales que delimitaba la vía hacia el acceso principal y, rodeando sus paredes blancas, había una explanada que lo hacía ver aún más imponente. Llegamos al lugar y nos sentamos al final de la planicie, de frente a la edificación. La luna estaba sobre el techo y nos alumbraba con holgura.

Ninguno de los dos era muy católico, sin embargo, tras sentir ese silencio sobrecogedor, rezamos, siendo protagonistas de un instante surreal. De mis ojos cayeron lágrimas, pero no de angustia. Me había entregado y eso me estremecía.

- Si pierdo, lo entenderé. No es mi momento y punto. Si Dios no quiere que gane, será para mejor - le comenté a Felipe mirando al cielo -. Pedí eso, que se cumpliera su voluntad.

Los minutos siguientes fueron de plenitud, de esos que uno ruega por su duración eterna. Me sentía más aliviada, ya había hecho todo, incluso acudir a lo divino. Ahora, si luego la intranquilidad volvía a apoderarse de mi temple, sería porque mi lado más humano intentaría controlar algo fuera de su alcance.

- ¡Los anduve buscando por todos lados! - exclamó Bárbara al acercarse a nosotros en la planicie -. Vamos un rato al patio central de Sociales, ya va a empezar el conteo.

Pasada la medianoche salieron los resultados de las primeras mesas desde la oficina Feuc de San Joaquín. Entre esas estaba Ingeniería, la carrera de Ariel, mi contrincante. No me atreví a entrar a la sala hasta que Bárbara mencionó que podía ilusionarme: aunque quedaban cerca de 1.150 sufragios por contar, solo estaba 29 votos abajo en ese difícil territorio. Todo podía suceder.

Salí ansiosa de aquella sala, rehusándome con fuerza a alimentar esperanzas. Sin poder aguantar la presión, le pedí a Bárbara y a Felipe que me acompañaran hacia los oscuros confines de la Universidad, los cuales, al avanzar la jornada, se consolidarían como nuestro refugio.

Marchaba por un limbo incluso faltando horas para conocer el resultado. Mi presente era una mezcla entre “quien era” y “quien podría ser”, como si compartiera con lo desconocido la propiedad de mi espíritu. Yo estaba ahí, ad portas de ganar la Consejería y, al mismo tiempo, aguantando las ganas de llorar, con el miedo a perder una vez más.

La UC tomada

Me bañé y vestí tan rápido como pude. Le avisé a mis papás que se habían tomado Casa Central, que iba para allá ahora y que estaba apurada. Bajé las escaleras y luego salí de mi casa como un rayo. Si todo salía bien y nada interrumpía mi paso, a las 7:50 estaría en Alameda 340.

Tomé una micro en Avenida Grecia y casi al llegar a la estación Irarrázaval del metro, intenté ponerme en contacto desesperadamente con Ignacio y Bárbara. Como nunca, no contestaron ni mis mensajes ni mis llamadas.

Estaba frita. No sabía qué hacer.

Me dispuse de inmediato a revisar redes sociales al tiempo en que corría por calle Bustamante para bajar a la estación. La única información que circulaba era la misma que yo manejaba tras el llamado de Winter, resumida en que un grupo feminista se había tomado la Universidad. Realmente no lo podía creer y, en parte, quería llegar para verlo con mis propios ojos.

Volví a intentar con mis amigos. No contestaron.

Crucé los torniquetes y bajé corriendo por la escalera, a pesar de que no había llegado aún el tren al andén. Si bien yo llevaba tan solo unos cuantos minutos en tránsito, sentía que ya habían pasado horas.

Entre escaleras y puentes hice mi mejor esfuerzo para combinar con la otra línea en la estación Baquedano. Las ansias me devoraron incluso a sabiendas de que la toma ya se había instalado, que ya era tarde para evitarla. Sentía curiosidad, incertidumbre y frenesí, con un miedo también a enfrentarme a algo que definitivamente jamás había soñado presenciar.

Ya en la estación Universidad Católica, donde se localizaba Casa Central, intenté bajar la velocidad. No podía aparecerme acelerada como si nada. Atravesé enseguida la calle Portugal y después recorrí de este a oeste la cuadra de la Universidad por la Alameda. De las tres puertas de acceso norte al campus, dos estaban cerradas, resguardadas por cerca de diez mujeres feministas[35].

Algunos compañeros que no habían podido ingresar debido a la toma prontamente me identificaron, observándome expectantes. Sin mostrar gestos de sorpresa o de preocupación, me detuve a analizar el cuadro, a ver cuáles eran las opciones. Si Bárbara y Palma no me ayudarían en este caos, debía al menos saber dónde me estaba metiendo.

En la vereda había alumnos que esperaban entrar a clases, rendir exámenes o estudiar en la Biblioteca. Cerca de ellos, un par de cámaras que tímidamente registraban imágenes para los canales de televisión. En el edificio, las estudiantes feministas permanecían sentadas en los escalones bloqueando los grandes portones y mirando al resto con indiferencia. Nadie se iba a atrever a sacarlas del castillo del cual hace tan solo unas horas se habían apropiado.

Todo parecía impertubable. Los chicos estudiosos no soltaban sus apuntes, aprovechando el tiempo de confusión para seguir repasando; y las mujeres rebeldes, por su parte, esperaban pacientes las novedades de sus voceras.

Después de la primera impresión sobre la toma, me comuniqué con Winter por teléfono, era el único de la Federación de quien tenía noticias. Al contestar me indicó que se hallaba en el patio de Derecho junto a las autoridades del Consejo Superior. Aquello me descolocó, pensaba que la toma se había extendido a casi todo el interior del edificio.

Unos guardias que estaban en la Alameda me informaron de que se podía ingresar al campus por la calle Lira, un acceso atípico para la comunidad. Aproveché para llevarme al pequeño pelotón de alumnos que estaba cerca mío y entrar juntos a Casa Central.

Éramos entre cuatro y cinco marchando en silencio y a paso rápido por Lira. Confundidos y apurados, no había tiempo para conjeturar. ¿Qué haríamos dentro? ¿Y las clases? ¿Y los

profesores? Aunque no contaba con información, solo tenía claro una sola cosa: si la toma no había llegado a todos los sitios, entonces debía estar ahí para anticiparme a cualquier movimiento.

El portón de Lira estaba abierto y por él transitaba un buen flujo de personas. Al entrar al campus, el grupo que me siguió se dispersó y lo perdí de vista rápidamente. Había muchas personas congregadas en los patios, todas con rostros intrincados. Rogaba encontrarme con alguien conocido, para así estar segura de que no estaría sola en caso de que cualquier cosa sucediera.

En un tumulto compuesto por decanos, profesores y alumnos que se agruparon en medio de la Facultad de Derecho y el patio de Comunicaciones, divisé a Sebastián Winter. El vicepresidente de la Feuc había llegado hace un rato y no estaba alterado como yo. Le hice preguntas, pero su actitud fue esquiva, en parte porque estaba muy alerta al entorno.

Tampoco era raro que Sebastián fuera rudo conmigo; su carácter politiquero[36] le impedía en principio llevarse con la consejera gremialista, a pesar de que en el fondo presentía que yo le caía bien. Por ese motivo es que me había causado extrañeza su llamada para advertirme sobre la ocupación.

Los decanos conversaban distraídos por los movimientos que ocurrían en los pasillos. Sus expresiones confusas evidenciaban no saber cómo proceder. Ansiosa, me adentré en el tumulto buscando oír comentarios coléricos respecto a lo que estaba sucediendo. Nada. Respuestas cortas, calificativos generales y en absoluto críticos. “Nos pilló de sorpresa”, “Impresionante”, “Nunca pensamos que pasaría”, se limitaron a decir. ¿Por qué no los veía afectados en una ocasión como esta? ¿Qué opinión realmente tenían sobre la toma?

Me di unas cuantas vueltas entre las autoridades y al poco rato decidí marcharme, no encontraría respuestas en ellos. A continuación recorrí los patios, cuyos pasillos hacia el norte estaban bloqueados por las barricadas hechas con sillas y mesas de las salas. En esos minutos de merodeo Casa Central, mi cabeza se llenó angustiosamente de hipótesis y preguntas sobre la toma. Me costaba creer que quizás los guardias no habían puesto resistencia o que el rector no había desarmado la arremetida en el instante mismo en que la situación había comenzado a salirse de control.

“Nos han callado, ahora es cuando. Toma feminista UC”

No sabía con exactitud cuál sería mi rumbo, así que dejé mi mochila en la oficina de la Consejería Superior, para tener mayor movilidad en caso de ser necesario. Por suerte el despacho no había sido apropiado por las mujeres, como sí el de la Federación, contiguo al mío pero que cuya salida daba hacia el “Patio de la Virgen”. La oficina se había transformado en mi guarida durante estos seis meses y no estaba dispuesta a que me la arrebataran como si nada. La ocupación del *centro de operaciones* de la consejera gremialista significaba un símbolo de victoria más para las radicales, y su toma de posesión jamás me la hubiera perdonado.

Partí de nuevo al frontis con la idea de encontrar rostros familiares. El tránsito de personas por Lira había aumentado, tal vez eran alumnos de Derecho corriendo al enterarse que sus profesores no iban a dejar de tomar exámenes incluso en estas peculiares circunstancias.

Antes de llegar al frontis, un mensaje colgado en el puente de la calle Lira que decía “Nos han callado. Ahora es cuando. Toma feminista UC” capturó por completo mi atención. ¿Quién las había callado? ¿Alguna se había acercado a las autoridades para cambiar las cosas? ¿La UC las había abandonado realmente?

En la avenida principal se estaban concentrando cada vez más alumnos, quienes, muy inquietos, trataban de memorizar artículos de la ley entre los ruidos de las micros, taxis y autos

que se multiplicaban a esa hora. Al verme, unos cuantos me preguntaron por dónde podían entrar al campus y cuándo llegaría a término la ocupación.

- ¡No quieren moverse! Tengo examen ahora y no sé ni en qué lugar lo voy a rendir - me reclamó un alumno de Derecho.

La mayoría de los estudiantes aglutinados en la vereda consideraban a la toma más como un obstáculo a sus planes académicos que como un evento que contravenía con escozor sus principios, como me sucedía a mí. Me costaba entender la apatía con que enfrentaban la situación. El nerviosismo y alteración generados por sus pruebas y exámenes próximos no los dejaban notar el trasfondo del asunto: la democracia universitaria había sufrido un quiebre y quizás sería irreversible.

En apariencia, ninguno iba a contestar a las de la ocupación, tenía un costo muy alto. Lógicamente, reprobar un ramo o sufrir de los embates de la opinión pública no eran opciones para la mayoría. Entonces, ¿quién replicaría? ¿Quién sería el encargado de demostrar que no toda la UC apoyaba la ocupación?

Recién hacía un día que las feministas se habían concentrado en el “Patio del Papa” para entregarle a Rectoría el petitorio nacido de los diagnósticos de las asambleas separatistas. Ni veinticuatro horas esperaron para que contestaran sus demandas, tomándose Casa Central y culpando a la UC de no haberlas escuchado. Fue como romper un trato implícito, aquel que nos permitía jugar limpio; confrontarnos como rivales y no como enemigos era el piso mínimo.

La ocupación de pronto comenzó a tener mucho significado para mí. Los recuerdos de los momentos en que preferí quedarme callada llegaron de pronto a mi cabeza como luces fugaces. Ocasiones en las que deseé responder de vuelta, de haber sido más valiente cuando todos permanecían en silencio. Era el peso de la culpa por no haber tenido el coraje suficiente para cambiar las cosas.

“¿Por qué estás en esta reunión si no piensas apoyar el paro? Deberías irte”, “Es difícil que postules a delegada de Periodismo, tenemos a otras personas en mente”, “No sé si quiero que la Javiera sea candidata a superior, pero si no aparece otra opción, tendré que apoyar. Es lo que hay”, “No pueden estar en nuestra lista de centro de alumnos, no hay espacio para gremiales”, “Parece que este año nos teñimos de verde. Bueno, para la próxima será”, escarbé entre las frustraciones.

La fuerza que se hallaba en mi interior empezó a ser incontrolable. La toma no dependía de mí, pero no quería sumar este episodio a mi larga lista de arrepentimientos. Y es que tantas veces creí que la suerte iba a recompensar mi perseverancia abriéndome puertas con justicia. Lo vi en mis padres, entregados a su esfuerzo con la esperanza de que el destino les correspondiera, y lo vi también en las gremialistas quienes, relegadas al anonimato, clamaban silenciosas no ser olvidadas en la historia.

Ese 25 de mayo me sentí en la mitad de un mundo que se había detenido, sin ganas de ser deferente. Simplemente no podía permitirlo más. Ahora yo iba a abrir esas puertas, haciendo mío el porvenir que antes estaba en otras manos.

Mi vientre se retorcía y mi corazón palpitaba cada vez más rápido. Me había decidido a contestar, pero sin conocer aún de formas. Al no notar reivindicamiento en el frontis y con la idea de que dentro del campus podía aclararme, me giré de vuelta hacia la calle Lira donde estaba la puerta de ingreso.

Entré buscando a los decanos. Pese al alboroto, había un Consejo Superior que debía realizarse y antes de cualquier movimiento, no podía fallar a mis funciones, nunca me había ausentado. La sala donde regularmente sesionaba se ubicaba en el segundo piso del “Patio de la

Virgen", por ende, no podíamos acceder en razón a la ocupación. El primer aviso era que la citación se iba a celebrar en unos minutos el edificio de magíster, pero aún nada seguro.

- Si pudieras hacer algo por el Santísimo[37], te lo agradecería. Eso me tiene desesperado - irrumpió el decano Frontaura, evidentemente muy inquieto.

Todavía no tenía noticias de Ignacio y Bárbara; y Felipe, quien podía haberme dado un buen consejo, estaba tan lejos que tampoco iba a comprender tal cual todo lo que sucedía. No tenía a mi círculo cerca, ni menos había en el campus alguien notoriamente dispuesto a orquestar un alzamiento.

Luego de la petición del decano, me di vueltas como un ratón por los patios, intentando encontrar la mejor forma de emprender acciones. Lamentablemente para el decano, el Santísimo no era en absoluto mi prioridad; yo quería acabar con la toma y en eso concentraba mis esfuerzos. Incluso eran vueltas con culpa pensando que si hubiera contado con algún indicio de que las feministas harían una jugada así, quizás podría haber tenido la fuerza para frenar la arremetida. La intranquilidad me dominaba y, tal como lo había decretado en el conteo, si de mí ese sentimiento llegaba algún día apoderarse, *sería porque mi lado más humano intentaría controlar algo fuera de su alcance.*

Mi guía ahora era el corazón, y lo prefería así. Si los chicos de afuera querían dar sus exámenes, bien. Si los decanos se quedaban en el patio "sorprendidos" por la toma, bien. Si luego el mundo me juzgaba, bien. No me iba a quedar de brazos cruzados esperando tener todos los puntos bajo mi dominio. Cualquier acción era un riesgo y, si me ponía a evaluar con rigor, la probabilidad de lamentarse era dantesca.

Fue como experimentar un golpe de energía, decidida sin lugar a dudas a enfrentarme a la situación. No sabía cómo, no tenía un plan, pero algo iba a hacer. Prontamente sentí que tenía una fuerza que no era solamente mía, como si desde el estómago hubiese brotado la voz de hombres y mujeres del presente y del pasado. Quizás eran arrebatos de generaciones de gremialistas motivadas por genes de orden imposibles de obviar. Quizás era el ímpetu de mis propios fantasmas, Javieras pasadas, presentes y futuras, que buscaban impedir la traición a sus esencias más puras.

Fue decisión, pero también impulso. La corazonada me llevó a zanjar una determinación firme y la razón me permitió traducirla a hechos. Nadie se iba a interponer en mi camino pues desafiaría a las feministas a toda costa.

Corrí por Lira de vuelta al frontis de la Universidad. A sabiendas de que era imposible que yo sola pudiera bajar la toma, me convencí de que al menos tenía el poder para debilitarla, dejando en evidencia que no todos estábamos de acuerdo con esa forma de manifestación.

Cuando alcé la vista y miré nuevamente el lienzo que colgaba por el puente, inmediatamente supe que por ahí estaba mi primer paso. Con una frase rebelde, pero cuestionable, negaban el esfuerzo de todos los que habíamos trabajado porque las cosas mejoraran. "Nos han callado. Ahora es cuando" era una muestra parcial de lo que estaba pasando, una única versión de la historia.

Tal vez implicaba un emplazamiento al patriarcado, al machismo, a la violencia, pero a mis ojos no había espacio para la poesía. Se habían tomado la UC, los símbolos eran más concretos que nunca. La institución se erigía como enemigo, porque la institución era patriarcal. Y si era patriarcal, podía reducirse a un conflicto entre opresores y oprimidos. El asunto, entonces, era político: más que una rebelión de mujeres, era de la izquierda universitaria.

Subí las escaleras del puente y con el vértigo de ver pasar autos a gran velocidad en altura, empecé a desatar lo más rápido que pude los alambres que con firmeza sostenían la tela. Temí

que el lienzo se cayera a la calle y causara un accidente. Pese a lo incómoda de mi posición, logré en breve dar con una más estable para maniobrar el metal con extremo cuidado.

Un par de guardias en la vereda contigua al puente me miraron con curiosidad, no sabían con exactitud lo que estaba haciendo ni tampoco a quién representaba. No eran los únicos. Desde abajo, un chico me grababa. "¡Javi, saluda!", gritó apuntándome con un celular.

Los alambres estaban tan enrollados en los fierros del puente que tuve que hacer mucha fuerza para aflojarlos, lastimándome las manos.

- ¿Te ayudo? - dijo un decano que pasaba por el lugar. El hombre intentó soltar uno de los alambres pero a los pocos instantes desistió, continuando con su camino.

Aunque parecía imposible, tras sacar todos los alambres logré poner la tela blanca sobre mis brazos. De inmediato doblé el lienzo como pude y caminé de regreso por las escaleras para bajar del puente. Me apuré para llegar al final de la calle tratando de que la tela, la cual medía cerca de diez metros de largo, no se arrastrara por el piso. Quería ir buscar a más compañeros para que me ayudaran a seguir desmontando los otros carteles pegados en el frontis.

Aparecí por la esquina de Lira con la Alameda con un enorme género blanco y sin un rumbo definido. Miré para todos lados, intentando toparme con alguien del gremio. Un solo camarada que compartiera mi misión me haría sentir un poco menos responsable del contragolpe.

En instantes llegaron dos o tres gremialistas a preguntarme en qué podían ayudar. La tela colgando de mis brazos era señal inequívoca que ya había empezado la acción. Pasaron unos segundos y cuando me ordené para dar indicaciones, una chica de la toma se me acercó.

- Oye, disculpa, pero ese es nuestro lienzo.
- Sí, así veo - le señalé sosteniendo la tela.
- Mira, nosotras compramos el género y lo pintamos, así que devuélvelo - mandó ella.
- ¿Que lo devuelva? Mira *loca*, se acaban de tomar la Universidad, devuelvan la UC mejor será - contesté más fuerte.
- ¿¡Loca¡? ¡No me digas loca, no soy ninguna loca! ¡Pásamelo! - volvió a insistir con enojo.
- Ustedes se tomaron el campus y quieren que les entregue un lienzo...
- Nos costó plata, es nuestro, ¡devuélvelo!
- ¿Sabes qué? ¡Toma tu lienzo! - le pasé la tela y con ira me dirigí unos metros más cerca de las chicas feministas que hacían guardia en los portones. Al escuchar los gritos, las mujeres reaccionaron. *Voilà*, el enfrentamiento ya había comenzado.

Abrupto final

Los periodistas no tardaron en congregarse a nuestro alrededor. Las feministas habían permanecido toda la mañana en el frontis, dejando indicios públicos de su acto político y permitiendo que las cámaras registraran a gusto. No iba a permitir que la prensa fuera una herramienta para homogeneizar opiniones sobre la toma. En la UC había voces de disidencia y si yo podía mostrar la otra cara del asunto, estaba dispuesta a arriesgarme.

- ¡Soy consejera superior, representante de todos los estudiantes de esta Universidad y no puede ser que mi Universidad y la de todos los estudiantes se la estén tomando! ¡Eso no puede ser! - levanté el tono.

El punto de quiebre frente a semanas de dudas se encontraba actualmente en mi vida de manera fulminante; ese 25 de mayo las radicales cruzaron el límite que estaba dispuesta a soportar. La Javiera desarraigada, incómoda y presionada, había llegado a su fin. Todo el esfuerzo de meses para sostener una Consejería transversal, sería objetable de ahora en adelante. Había reprimido mis sentimientos durante semanas y ahora por fin contaba con el pretexto para

liberarme. Grité y con vigor, casi ahogándome.

Mientras me confrontaba, era consciente de lo que hacía, pero la adrenalina del momento actuó en mí bajándole el perfil al acto. Intenté resguardar mis palabras, pese a que no tenía el control sobre las interpelaciones de las mujeres y pese a que era imposible contar con más información sobre la toma.

Dije que no fue votada, que nadie la había decidido. ¿Debía preguntarse? Al menos así había sido en 1967 y, en el minuto de la confrontación, concebí el acto plebiscitario como un parámetro básico de lo democrático. Tiempo después fui más clara en mis apariciones públicas, afirmando que ni siquiera era válido un acuerdo previo, porque las tomas eran ilegítimas siempre.

Ni siquiera sabía exactamente dónde se habían organizado. Bárbara me comentó un día antes de la acometida que las chicas feministas se reunieron en una asamblea en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad de Chile. Asumí por ende que la decisión sobre la ocupación había sido ahí, encargándome de exponerlo por todos lados debido a que me parecía inaudito que gente externa a la UC interceciera.

Pese a mis declaraciones y según pude averiguar meses después, la toma fue programada en una asamblea en nuestra Universidad posterior a la entrega del petitorio. Eso sí, después de esa polémica determinación, el grupo feminista se había movido esa misma noche a la FAU y más tarde a la Facultad de Derecho de aquella universidad. Ahí trasnocharon planificando la embestida para llegar cerca de las siete de la mañana a Casa Central. A causa de mis supuestas certezas, Bárbara y Felipe se rieron de mí por mucho tiempo, por haber sido tan enfática en tal aseveración sin haberla comprobado.

La discusión en el frontis se desarrolló principalmente con una estudiante cubierta con una frazada. Ella remarcó en reiteradas ocasiones que la toma había sido apoyada por la mayoría, ejecutada producto de una decisión colectiva y que, si yo no había participado en la asamblea siguiente a la entrega del petitorio, debía abstenerme de opinar.

Para ellas, el asambleísmo se posicionaba por sobre los consejos y la representación, por sobre el funcionamiento tradicional de la política universitaria, por sobre la Feuc y por sobre la UC. Y aunque decían que las asambleas eran “abiertas”, estaban coartadas por un sector político muy extremo que hacía imposible la participación de la derecha, que por lo demás no estaba acostumbrada a aquel estilo de organización. En definitiva, las instancias eran preparadas por ellas, asistían ellas y decidían ellas. ¿Qué oposición iban a tener en sus reuniones? ¿Si la toma era a las seis o a las siete de la mañana?

- Están radicalizando el movimiento y eso no puede ser - sentencié. Me fui alejando de a poco de las feministas del frontis porque mi descargo, de pronto, lo sentí suficiente.

Terminado el enfrentamiento, las mujeres se pusieron a entonar cánticos. Los periodistas se giraron hacia mí y me hicieron preguntas. Luego, otras mujeres gremialistas también se sumaron a responder. Al ver que teníamos la atención de los medios, las de la toma extendieron el lienzo que hace unos minutos había desatado el encuentro.

Antes de que los camarógrafos grabaran la tela extendida, le pedí a los gremiales allí presentes, quienes no eran más de diez, que se colocaran a mi lado mientras nos ubicábamos entre el género y las cámaras. Fue mi gesto de cierre, de reverencia.

La adrenalina recorría cada centímetro de mi cuerpo, me creía capaz de enfrentar hasta el más temible demonio. Me sentía poderosa, como si mi corazón supiera que hacía algo importante. Sin quererlo, la promesa que le había hecho al presidente del MG se había efectuado con sus piezas en el tablero intactas.

El destino fue desafiado y mi mente irresoluta forzó a mi espíritu a escribir un final liberador y comprometedor. Me acordé de los gremiales viejos, de Palma, de mi historia y la de otras mujeres. ¡Qué ironía haber vivido tanta angustia, si todo iba a terminar de forma tan abrupta!

La puerta que nos separó

Caminé de vuelta hacia el acceso de Lira. De seguro el Consejo Superior ya estaba sesionando, eran más de las nueve. Aún tenía en mente la reunión que había acordado con la decana de Química para resolver el caso del profesor, aunque supuse que, debido al sorpresivo contexto, ella iba a comprender mi ausencia.

Antes de preguntarle a los guardias si acaso se había movido el Consejo a otro lugar, pasé a buscar las cosas guardadas en la oficina. Una vez ahí, me topé con dos conocidas esperándome.

- Javi, ¿podemos molestarte un poquito? - preguntó Gioconda, quien era parte del personal administrativo de la Feuc[38]. Estaba acompañada de Karina, la secretaria de la oficina de Casa Central.
- Sí, dime no más - le respondí desconcentrada.
- Queríamos entrar a trabajar, pero como está todo tomado, es imposible - indicó ella. - ¿Podemos usar tu oficina para poder pasar a la Feuc desde este lado? Tenemos unas cuantas cosas adentro que necesitamos sacar.

No dudé en facilitarles el acceso, parecía que llevaban harto rato esperando. Enseguida, me entregaron la llave y me siguieron para abrir la puerta común que había entre la Consejería y el despacho de la Federación. Apenas di vuelta la llave en la cerradura y moví la manilla, se escucharon unos gritos desde el otro lado.

- ¡Salgan de aquí! ¡Váyanse! ¡No van a pasar! - exclamó una mujer con una capucha, entrando bruscamente a las instalaciones desde el patio de la Virgen.
- ¡Soy Feuc! ¡Soy Feuc! - respondió Montserrat Toledo, primera secretaria ejecutiva de la Federación, quien apareció por el otro lado del paso común acorralada por la chica de capucha.

Abrí la puerta para ayudar a Montserrat, pues me pareció que la mujer estaba siendo muy violenta. “Monti”, como la llamábamos los más cercanos, entró de espaldas a mi oficina y chocó conmigo, empujada con fuerza por la muchacha que no paraba de gritar que saliéramos del lugar.

La primera ejecutiva de la Feuc le señaló nerviosa a la joven de capucha que no íbamos a tratar de entrar, que diera marcha atrás. Retrocedió y tanto Montserrat como la feminista volvieron a la oficina Feuc por el umbral de la puerta compartida. Yo temblaba, los empujones me habían dado mucho miedo.

Con las secretarias decidimos cerrar con llave la puerta y no volver a intentar sacar las cosas. Ellas también se habían atemorizado y no querían exponerse a sufrir un ataque.

- ¡¿Cómo estará Montserrat?! ¡¿La niña le habrá pegado?! - exclamó Karina.

Me tomé unos segundos para calmarme después del susto y luego llamé por teléfono a Montserrat.

- Aló, ¿Monti? ¿Estás bien? - pregunté agitada.
- ¡Sí, estoy bien! ¡Estoy bien! - respondió acongojada.
- ¡Me preocupé por ti, te empujaron!
- ¡Tranquila, no fue nada grave! - exclamó con zozobra - ¿Y tú? ¿Todo bien?
- ¡Qué bueno! - le contesté también algo quebrada - ¡Sí, todo bien! Quería llamarte. ¡A pesar de todo quería llamarte!

Montserrat había competido contra mí como consejera territorial por la Nau en Comunicaciones, saliendo ella victoriosa. Luego, cuando fui electa como consejera académica,

trabajamos juntas en muchas iniciativas, fortaleciendo nuestra amistad pese a las diferencias políticas. Esa relación tuvo un giro cuando ambas comenzábamos a decidirnos a postular como candidatas elecciones universitarias, ella de directiva Feuc y yo de consejera superior. Al partir la campaña, Montserrat dejó de hablarme y se alejó también de Felipe y de Jake. Para ella era una competencia a muerte y no estaba dispuesta a separar las cosas. ¡Cuánto deseé compartir con ella la experiencia de ser candidatas, incluso estando en bandos opuestos!

Mi garganta se apretó después de colgar. La violencia que había visto recién en el paso entre oficinas no podía ser normal. Con el celular en mano y mis dedos tiritando aún, aproveché de enviarle un mensaje de alerta mis compañeros del MG para que tuvieran cuidado con las mujeres de la toma. Si a Monti le había pasado, ellos estarían aún más propensos a sufrir las consecuencias de la furia feminista.

Después de advertir a los gremiales, me percaté que tenía decenas de recados sin leer en mi celular.

- Javi, ¿puedo compartir tu video? ¡Está increíble! - me escribió Ignacio, quien por fin se había puesto en órbita. No supe a qué se refería hasta que leí el resto de los escritos.

"¡Te acabo de ver en las noticias! ¡Toda mi familia te reconoció!", "¡Qué bueno que haya sido mi consejera superior la que alzó la voz por todos nosotros!", "¡Te las mandaste Rod Jav! ¡Eres muy valiente!", decían algunos. No había medido el alcance de lo hecho hasta ese momento. El mundo me vio gritar y, por lo que notaba, no fue indiferente. Estaba confundida y trataba de vaticinar el alcance de mi atrevimiento.

El Consejo Superior me esperaba. La sala que finalmente se destinó a su realización era una de Derecho, más pequeña a la que acostumbrábamos. La participación en ese espacio siempre me la había tomado muy en serio y sabía que cualquier decisión institucional respecto a la toma saldría únicamente de ese lugar. Hecho lo mío, intentaría retomar actividades, así que subí velozmente las escaleras y entré jadeante a la sala. Todos los decanos se percataron del atraso de la consejera, pero no fue problema, me habían visto antes rondando por el campus, podía excusarme.

Para mi sorpresa, el Consejo se desarrollaba con normalidad. Dos hombres presentaban uno de los puntos en tabla, el del nuevo centro de creación audiovisual que desarrollaría la Universidad. Yo, entretanto, no dejaba de pensar que no era el momento para hablar de ningún otro tema que no fuera la ocupación feminista. ¿Alguien realmente los estaba escuchando?

Mi celular no paraba de vibrar, eran mensajes sobre la cobertura mediática del incidente en el frontis, pero también, reacciones de quienes recién se estaban enterando de la noticia. Era usual que un viernes un buen porcentaje de alumnos de la UC entraran a clases más tarde o que incluso tuvieran ese día libre al acomodar sus horarios. Si Bárbara y Palma no habían respondido, era porque ninguno presagiaba que aquel viernes todo iba a cambiar.

- Los gremiales andan diciendo que una de las nuestras empujó a la Monti - comentó una muchacha en el grupo de whatsapp de la asamblea de mujeres de Comunicaciones.
- ¿Será cierto? Los fachos siempre andan inventando cosas, no me extrañaría que dijeran algo así - respondió otra chica.
- ¡Monti, repórtate! ¿Es verdad que te empujaron? - preguntó una tercera.

Montserrat negó todo y señaló que eran simples rumores. Que todo había sido un malentendido, que ella estaba sana y salva, que no le había pasado nada. Me dolió, por supuesto. Nadie me iba a quitar esa imagen de la cabeza, y menos cuando de rebote también me había llegado ese empujón. Los gritos, la furia. Lo había vivido con ella, estando a punto de llorar juntas. Pero por lealtad a las feministas, por una causa que ni siquiera le acomodaba del todo, el

episodio quedó en un mero *invento gremial.* La política nos alejó por segunda vez y en esta ocasión le serviría resguardar su credibilidad.

El Honorable Consejo Superior del viernes 25 de mayo

Ignacio Sánchez hizo una pausa entre los puntos en tabla para actualizar al consejo de las decisiones que tomaría la UC en función de lo acontecido durante la madrugada. El primer paso indicado por el rector era la redacción de un comunicado que iba a explicar lo sucedido y las medidas que emprendería la universidad para responder a la situación. Francisco Morales, quien se encontraba entregando víveres a las mujeres de la toma, me había pedido avisarle cuando llegara el instante en que hablaran del tema. Con un mensaje por WhatsApp le señalé dónde estaba sesionando el Consejo y que ya era necesaria su presencia.

Se abrió el diálogo en la sesión y Sánchez empezó a relatar cómo habían ocurrido los hechos según su punto de vista. Que pasado las 7:30 de la mañana él se encontraba en Casa Central y que, para su sorpresa, parte de las dependencias de Casa Central estaban tomadas. Que intentó conversar con estudiantes que hallaban en el lugar, pero que lo habían rodeado y, como símbolo, le dieron la espalda. Luego habló con una vocera, quien le dijo que la ocupación era una respuesta a las deficiencias que tenía la institución respecto a los protocolos sobre violencia sexual.

Indicó que las chicas estaban dispuestas a dialogar, pero que él se negó a hacerlo mientras continuaran encapuchadas. Que si la conversación se daba de forma pacífica y si entregaban el campus lo más pronto posible, él descartaría los sumarios. Agregó el rector que a las 13:30 tendría una segunda reunión con las voceras y que ellas le habían solicitado discutir sobre la toma y el petitorio en el Honorable Consejo Superior, antes de volver a verse.

De ahí en adelante los decanos comenzaron a opinar al tiempo que listaron antecedentes y experiencias. Si hace un rato habían sido muy genéricos con sus apreciaciones, este era el momento para ser francos. Con ese espíritu, varios comentaron que les parecía que la toma no era correcta, que no era concordante con el trabajo que estaba haciendo la UC respecto a temáticas de violencia sexual. Que había personas externas de la toma y que eso era inaceptable.

Conscientes de que lo ocurrido era un acto político, señalaron que la Universidad debía manejarlo como tal y, frente a eso, era innegable que entre ellos había diferencias para tratar el asunto. Por ejemplo, mientras el decano de Ingeniería, Juan Carlos De La Llera, veía una oportunidad para iniciar diálogos con el movimiento feminista, el decano Frontaura era enfático al sostener que algunos puntos del petitorio estaban fuera de lugar por ser contrarios al ideario de la UC[39], y que la posibilidad de abrir sumarios era una alternativa legítima para la comunidad universitaria.

También hablé yo. Mayo me había mostrado todas las caras del movimiento, por lo que podía aportar con propiedad. Aunque fui directa y sólida en manifestar mi desacuerdo con la toma, aquello no fue impedimento para mencionarles a las autoridades que los problemas que sufrían las mujeres que llegaron a ese nivel de radicalización eran reales. Señalé además que no consideraba la apertura de sumarios como una opción tan sensata, pero que sí esperaba una condena absoluta de la UC a la toma como medio para conseguir los fines que exigían las estudiantes.

Francisco había llegado hace tan solo unos minutos al Consejo, pero rápidamente se interiorizó. Fue moderado. Apuntó en sus palabras que lo que ocurría era un capítulo histórico y que era urgente la necesidad de establecer un diálogo entre las partes. Si bien hablaba con tranquilidad, su incomodidad era evidente. Y es que si bien la Federación no saldría lastimada públicamente, estaban solos en la contienda: por un lado, como directiva no eran protagonistas

de la toma, quedando relegados al rol de meros facilitadores; y por otro, suponía que a nivel personal Francisco se sentía presionado por los decanos para entregar una explicación. ¿Por qué la Federación, el organismo estudiantil más importante de la UC, se había mantenido tan al margen?

En adelante, las intervenciones consensuaron en hacer de este hito una instancia para dialogar con las feministas casi sin condiciones. Aunque compartía el camino de las conversaciones, creía que la Universidad debía mantener una posición más estricta, al menos mientras no existieran garantías de la fecha de término de la ocupación.

No obstante mi convicción en aquellos instantes, la verdad es que me costaba concentrarme. Cada cierto tiempo me daba cuenta de que estaba siendo parte de un momento único en la historia de la UC, tanto por lo sucedido en las afueras, como por compartir el mismo espacio con las personas que serían las verdaderas encargadas de responder.

La opinión pública

Mi celular sonaba sin parar. Ahora eran periodistas. Tuve que salir de la sala para contestar. Por fortuna, el receso estaba a punto de iniciarse. Querían saber qué haría el rector con la toma y, claro, cuáles serían mis pasos, lo que me hizo darme cuenta de mi figuración. No sabía cuál información estaba autorizada a difundir, por lo que me remití a contestar que la UC enviaría un comunicado.

- Javiera, lástima que no pudimos conversar - me dijo la decana de Química, quien al igual que el resto de las autoridades, había recién salido a receso.
- Perdone decana, ha sido un día de locos...
- No te preocupes, ni imagino el caos que han vivido ustedes. Quería tan solo mencionarte que, debido al correo de ayer, hemos pospuesto los nombramientos de nuestros profesores. Se le enviará pronto una declaración a la Facultad.
- ¿En serio? - le pregunté algo confundida.
- Sí. Muchas gracias por avisarnos. Es una pena, pero hay que investigar. Tienes que estar tranquila, cumpliste con tu deber - concluyó la decana.

El receso llegó a su fin y, una vez en la sala, las llamadas continuaron. A ratos no quería hablar con nadie, presentía que mi exposición haría enojar más a las feministas. Comencé a angustiarme pues no quería seguir provocando, menos sabiendo que ellas no le pondrían límite a su réplica si alguien osaba enfrentarlas.

Los decanos se acomodaron nuevamente en la sala y mientras el Consejo aún no estaba en orden, me di un espacio para leer otro par de mensajes.

- No puedo creer que esta loca haya hecho eso - comentó una de mis compañeras de la asamblea de mujeres de Comunicaciones, quien envió un link que direccionaba a una noticia sobre mí.
- ¡¿Cómo no le da vergüenza?!
- ¡¿Quién cree que es?!

“Estudiante se enfrenta a toma feminista en la UC: ‘No puede ser que se estén tomando mi universidad’” era el titular del video. Luego de unos cuantos comentarios, las mujeres me expulsaron del grupo de Whatsapp. Listo. Habían logrado deshacerse del cuerpo extraño, eran libres de la gremialista.

Tras una ronda de palabras de los presentes en el Consejo Superior, el equipo de la Vicerrectoría de Comunicaciones redactó una respuesta representativa de las opiniones en la sala. Después de varias versiones, el texto había quedado listo.

“*Hoy viernes 25 de mayo algunas de las dependencias de Casa Central amanecieron*

tomadas por un grupo de estudiantes de nuestra Universidad. Este lamentable hecho que nos afecta a todos/as como comunidad nos ha puesto en un estado de reflexión en el cual el diálogo sigue siendo prioritario y urgente para lograr, no solo el fin de esta toma, sino además seguir avanzando en nuestra política contra la violencia sexual en cualquiera de sus formas y por una educación no sexista. En ese sentido, valoramos que en esta oportunidad sean las mujeres quienes estén liderando este movimiento.

La Universidad está y estará comprometida con el diálogo sin condiciones, siempre, con todos y todas y lo seguirá estando permanentemente. Sin embargo, rechaza esta toma como forma de negociación ya que es un acto que violenta a una parte importante de nuestra comunidad.

Con humildad, y sabiendo que aún podemos seguir mejorando en nuestras políticas y protocolos, estamos buscando los caminos más adecuados para avanzar hacia la resolución pacífica de esta contingencia. Y de esta manera poder dar inicio a una conversación constructiva en torno a las demandas actuales que tienen los estudiantes y que pueden llegar a buen término en un ambiente de respeto mutuo.

Para poder avanzar en el propósito de ser una universidad segura, respetuosa y promotora de la integridad de cada uno/una de sus miembros, se requiere establecer confianzas duraderas. Todo acto discriminatorio, ofensivo y violento en cualquiera de sus formas, no deberá tener lugar en nuestros campus ni en nuestras actividades.

Con el fin de informar a la opinión pública, quisiéramos mencionar que actualmente son entre 100 y 150 los jóvenes que se encuentran en el edificio principal de Casa Central. A primera hora de la mañana el rector Ignacio Sánchez se reunió con un grupo de ellas/os para solicitarles que mantuvieran un carácter pacífico en sus acciones e instauraran un diálogo constructivo para deponer la toma. En caso de que esto ocurra, no habrá sumario para las/los involucradas/os.

También se les ha informado que los puntos del petitorio entregado el día de ayer al rector se pueden trabajar en conjunto para realizar las mejoras y avanzar en una cultura de respeto. Fueron las/los propias estudiantes quienes estimaron que un plazo prudente para responder dicho petitorio era una semana.

Como Universidad, nuestro mayor interés es la integridad de nuestros estudiantes tanto hoy, en medio de esta contingencia, como a futuro, mediante la mejora permanente de nuestros procesos. Para lograr aquello, es relevante que nos mantengamos en una actitud de escucha permanente y de respeto transversal".

Declaración oficial de la Universidad Católica enviada a la comunidad durante la toma en Casa Central.
Santiago, viernes 25 de mayo de 2018.

Opté por salir minutos antes de que terminara la sesión. No me había comunicado con mis papás de manera directa, solo tenía en mi poder sus mensajes de apoyo. Necesitaba escucharlos.

La conversación telefónica con ellos duró muy poco. Mencionaron que también me habían visto y que varios conocidos suyos les escribieron felicitándolos por mi causa. Agregaron que estaban orgullosos y que me querían mucho. Que siguiera, que estarían apoyándome en todo momento. El "chao" fue precedido por un "ten cuidado" y lo sentí casi como si fuera el abrazo que me faltó en la mañana por salir apurada hacia Casa Central.

Utilicé el escape del Consejo para realizar un siguiente llamado, el cual estuvo dirigido hacia Daniel Toro, el coordinador independiente de la Consejería. Toda la mañana me había escrito pidiéndome que no apareciera más en la prensa, pues se sentía incómodo y que, según él,

alejarme de todo sería lo mejor para mí.

Le prometí, fastidiada, que no lo haría más, que lo de hace unas horas había sido un simple arrebato. No más prensa, no más nada. Comprendía su desesperación, pero, sinceramente, esperaba que también él dejara de decirme lo que me era o no conveniente. Si su cariño era real, tenía que ser capaz de ponerse en mis zapatos.

Me senté en la escalera interior del edificio de Derecho a responder los mensajes más urgentes. Tenía conocimiento de que mi discusión ya había sido ampliamente difundida entre la comunidad UC e incluso fuera de ella.

“No supo manejar la situación, se tomó del cargo para darse a conocer y se dejó llevar por su lado más facho. Antepuso sus ideales antes que los de la comunidad que representa. Inaceptable”.

“Mostró su verdadera naturaleza. Gritar como patrona de fundo y mirando en menos”.

“Cuica culiá, la Universidad no es tuya, zorrona”.

Esos eran algunos de los comentarios que cercanos y desconocidos escribían sobre mí en sus redes. Ni siquiera quise mirar en detalle, preferí no tener espacio para arrepentirme. Sabía que quedarme sumergida en las redes revisando las opiniones podía ser peligroso para mi equilibrio mental.

- Has sido muy valiente, ¿lo sabes? - me dijo el decano de Artes al bajar por la misma escalera donde yacía sentada. El Consejo estaba por terminar - No cualquiera tiene el coraje que tuviste tú.

Me quedé en silencio. Solo atiné a sonreírle. El hombre se perdió de mi vista y yo continué en otro planeta, escapándome de pensamientos que auguraban que los próximos días serían un delirio.

Al frente de la escalera había un gran ventanal que dejaba ver el patio de Derecho. Por lo que pude distinguir al mirar a través de él, los alumnos de esa carrera estaban organizando una actividad de reflexión con respecto a la toma. Aparentemente, querían dialogar. “Debe ser otra de las ideas de la Maida Lira. Quizás si se me hubiera ocurrido antes, la gente no opinaría sobre mi prepotencia en el enfrentamiento”, pensé con amargura. “Ya Javiera, no hay lugar para las dudas ahora”, me recriminé.

A lo lejos divisé a Bárbara y de inmediato me puse de pie. Bajé las escaleras y corrí a hablar con ella. Mi amiga estaba por fin en Casa Central.

- ¡Te odio tanto! ¡Mira lo que hice! - la abracé riendo - ¡Solo porque no estabas aquí para detenerme!

Bárbara tampoco podía creer lo que había sucedido, y menos que la consejera se haya atrevido a gritarle a las mujeres. “¡Y eso que nos quedamos hasta tarde en Casa Central y no advertimos nada!”, continuó sarcástica. Comentamos que todo parecía una historia tragicómica y que, desde ahora, los gremiales teníamos un papel muy definido en ella. Para algunos éramos los peores villanos y dudábamos si lo que quedaba de año alcanzaría para redimirnos.

La trampa de Aswani

Con la poca batería que tenía mi celular le mandé un audio a Konrad, pidiéndole que por favor me supliera en una reunión con otras autoridades en el campus San Joaquín. Accedió encantado. Sabía que me encontraba en aprietos y que ese día no estaría preocupada de la agenda de la Consejería. Konrad aprovechó la conversación para felicitarme y decir que se sentía muy orgulloso de trabajar conmigo.

Después fue tiempo de ordenarnos un poco, así que con Bárbara nos pusimos a analizar los posibles panoramas tras la toma y los caminos abiertos tras la reacción del Consejo Superior.

Pese a que teníamos muy presente que lo hecho en el frontis tendría un costo para la Consejería, Bárbara nunca cuestionó mi decisión de salir a enfrentar a las radicales. ¿Cuál sería la ruta de ahora en adelante? Ninguna la vislumbraba con exactitud, sin embargo, la certeza yacía en que el apoyo de una hacia otra siempre sería ciego.

Cerca de las cuatro y media, Bárbara comenzó a sentirse muy mal. Aunque gozaba de buena salud, el 25 de mayo, y para mi desgracia, no sería su día. Se marchó a su casa con fuertes dolores de guata y malestares corporales.

Mi celular se apagó apenas ella se marchó, así que emprendí la búsqueda por un cargador. Estaba muy cansada y sinceramente no sabía si era necesario quedarme en la Universidad, más si aquello no significaba una presión real para que la toma se bajara.

- ¿Qué buscas? - me interrumpió Ignacio Aswani, sub consejero académico de Derecho, quien había entrado a mi oficina de improviso.
- Un cargador. Se acabó la batería del teléfono hace rato y debo tener miles de mensajes sin leer.
- Mira, qué bueno que te pillé acá. Quería conversar contigo. ¡Estoy furioso! Explícame, ¡cómo llegaron a tomarse la Universidad!
- Ni me lo digas - le respondí cortante, no tenía muchas ganas de conversar.
- Tampoco me cabe en la cabeza que ninguno de los representantes haya tomado cartas en el asunto. ¡Nadie les dijo nada a esas niñas!

  Como pude notar, Ignacio no se había enterado del enfrentamiento.
- Creo que debemos organizarnos mejor, dar la cara. No puede ser que tengan permiso para hacer lo que quieran y ninguno de nosotros se atreva a detenerlas.
- Lo sé Aswani - continué sin advertirle sobre lo que había pasado -. Creo que incluso es culpa nuestra, por no saber cómo encauzar toda esa furia. Pero ya es un hecho. Se tomaron la Universidad y no hay nada que podamos hacer.

Volví a preguntarle si acaso tenía un cargador para mi celular. Pensaba en irme de Casa Central apenas el dispositivo tuviera carga suficiente. Estaba fatigada y ya no le hallaba mayor sentido a mi presencia en el campus. Deduje que lo referente a la ocupación sería materia a discutir entre las autoridades y voceras, y descarté cualquier chance de que como alumnos pudiéramos intervenir en algo más.

Y es que existían márgenes que ese 25 optamos por no traspasar. Mientras yo permanecía en el Consejo Superior, un grupo de gremialistas apasionados estuvo a punto de intentar sacar las sillas de las barricadas ubicadas en los pasillos. Se organizaron para desafiar a las estudiantes de la toma, casi con la misma actitud arrebatada que yo había tenido al quitar el lienzo.

Según lo que supe por Bárbara, le preguntaron a Palma si creía que era buena idea y él lo conversó con Biskupovic. “Por ningún motivo”, determinó ella. Argumentó que si llegaba a salirse de las manos, el Movimiento Gremial proyectaría una muy mala imagen, más si hombres se veían involucrados.

Seguidamente, algunas mujeres del equipo vieron en esa negativa su oportunidad de actuar. Pero antes de que llegaran a entusiasmar a un número considerable, Frontaura bajó en el receso al patio desde la sala del Consejo Superior y se dirigió a los alumnos que, ansiosos, buscaban una manera de responder a la ocupación. Al enterarse de sus intenciones de desarmar las barricadas, frenó rápidamente cualquier asomo de riña. “Calma, muchachos. Deben actuar con templanza, pensar las cosas con tranquilidad”, sugirió el decano. Los gremialistas desecharon la idea apenas oyeron las concluyentes palabras de la autoridad.

Si la fuerza no era una alternativa viable para bajar la toma, ni por desalojo, sumario o por

nuestro propio arranque, debíamos esperar la salida más pacífica. No éramos interlocutores, tampoco una de las partes. “¿Qué nos quedaba por hacer si ya estamos fuera del marco de influencia?”, reflexioné con pesimismo.

- Anda al Cade, quizás ahí te puedan ayudar con tu cargador y, claro, con otras cosas más - señaló sospechoso Aswani.

El subconsejero me pareció un tanto insistente e imperativo, pero opté por hacerle caso, no quería seguir conversando. Caminé hacia el sureste para llegar a la oficina de su centro de alumnos. Para mi asombro, estaba la directiva del Cade, representantes del MG, de Solidaridad, y por supuesto, Ignacio Palma.

- ¡Qué bueno que llegaste Javi, te estábamos esperando! - me apuntó Benjamín Sáenz, consejero territorial solidario -. Hablábamos de que lo más probable es que nos quedemos a dormir aquí. Alguien tiene que evitar que mañana toda Casa Central amanezca ocupada. ¿Y tú? ¿También te vas a quedar, no?

“¡Maldito Aswani, por qué no me advirtió!”, pensé furiosa. Miré a todos los presentes, sonreí y asentí. No podía abandonarlos.

CAPÍTULO 5 Cien firmas

Cerca de las dos de la madrugada, Ignacio Palma y uno de sus amigos más cercanos, Diego Fuenzalida, consejero académico de Ingeniería Comercial, planearon reunir a todos los gremiales presentes en la Contratoma. Sería lo último que haríamos en la primera noche de la ocupación.

Nos congregamos a unos metros de la estatua de “Los Meones”, en el espacio común que había entre la Facultad de Derecho, el zócalo de Ciencias Biológicas y un edificio de Medicina. A esas horas, el frío era insufrible, por lo que la espera para juntar a los cerca de quince gremiales que estaban repartidos por Casa Central parecía eterna. Felipe Cousiño, alumno de Derecho, fue quien más tardó en llegar a la citación, llevándose el cariñoso reto de los impacientes.

- Primero, gracias por estar acá - comenzó Palma -. Quisimos reunirlos a todos para cerrar con ánimo la noche. El que nos hayamos mantenido aquí, defendiendo a la Universidad, es fiel reflejo del sentido histórico del gremialismo. No por nada somos más los naranjos quienes nos quedamos a resistir.

Todas las cabezas se movieron de arriba hacia abajo con las palabras de Ignacio. Sabíamos que éramos parte de un momento único, y el que fuera a causa de nuestra propia convicción le agregaba más valor aún. Después de Ignacio hablaron otros gremialistas y, entre ellos, su otro amigo Cristóbal García, alumno de Derecho.

- Pese a que creo que la toma es una de las peores cosas que le pudo haber pasado a la UC, soy un romántico, pienso que nos encontramos en el tiempo y lugar precisos - prosiguió Cristóbal muy concentrado -. Esto demuestra por qué el Movimiento Gremial ha perdurado más de cincuenta años: no se ausenta cuando de defender principios se trata.

García era un gremialista acérrimo. En las elecciones internas, fue uno de quienes no votó por mí como candidata para consejera superior, pues consideraba que yo era demasiado progresista para representar al MG. Una vez electa, Cristóbal cambió de actitud y me apoyó en todas las actividades y proyectos. Aunque nos encontrábamos en polos opuestos, el bienestar del movimiento era lo más fundamental para él, incluso si aquello significaba servir a su cara más díscola y alternativa.

Por lo hecho en el frontis, Cristóbal García se sintió al fin dichoso de que yo fuera su consejera. En compañía de Ignacio, durante esos días y los siguientes, me dieron orientaciones y me alentaron a que mantuviera la moral en alto. Buscaron hacerme sentir cómoda, no obstante los fastidios que les hacía pasar por mis constantes vacilaciones cuando intentaban posicionarme como rostro opositor.

Tras sus palabras, los presentes aplaudimos con entusiasmo. El tiempo se detuvo para nosotros y, en particular, los rumores sobre la Contratoma, el futuro de la Consejería y las burlas que recibía dejaron de importarme. Sentimos que hacíamos lo correcto, pues aún inquietos por el futuro, ninguno se arrepentía de haber actuado con coraje.

- Ha sido un día extraño, difícil. Nadie está preparado para manejar un panorama así - continué tímida -. Pero aquí estamos, nadando contracorriente. Más allá de mis miedos, angustias y dudas sobre lo que pueda suceder después, estoy orgullosa de que enfrentemos esto como gremialistas.

No hablamos demasiado, la intensidad del ambiente nos hacía darnos cuenta que nuestras memorias solo podrían retener lo esencial. Vibrábamos de emoción. Luego de los aplausos finales, el grupo procuró mantener la Contratoma en pie mientras durara la ocupación. Exaltados, entonamos cánticos gremiales, los mismos que tradicionalmente sonaban en los conteos.

- ¡Y no bajaremos los brazos hasta que las puertas de la Alameda se vuelvan a abrir! - gritó Cristóbal con fervor antes de que el círculo se dispersara.

El castigo de los patios

Los días de regreso a la normalidad eran una tortura. Si antes me había podido salvar porque la toma había ocurrido casi entera durante el fin de semana, ahora mi presencia en los patios era detectada con intención. Retomar las labores regulares se hacía muy duro, sabía que la intervención en el frontis había hecho eco profundo en mis amistades, equipo y entorno.

Las felicitaciones del mundo MG persistieron por varias semanas. Me creía muy importante, incluso más que al ganar la Consejería Superior. Era como haber superado algo así como una prueba de fuego. Ya no era “intrascendente”, sino que ahora era una consejera digna de recordar.

Fueron también días de incertidumbre. Me levantaba con náuseas, sentía pavor. Llegaba a la oficina a trabajar y no quería salir pues me reconocían en todos los lugares. ¿Qué pasaría conmigo después del viernes 25? Era imposible que terminara sin rasguño alguno. El castigo político se asomaba como límite, el recurso final del cual huir a toda costa; pero tenía la chance de poder evitarlo o sacarle provecho. En cambio, el escarmiento social era un continuo, un inevitable. Lo había empezado a vivir desde el enfrentamiento, entendiendo de inmediato que de él no existía escapatoria.

Las primeras consecuencias las vislumbré con mis amistades de Comunicaciones. Las sentía lejanas. Muy pocos mensajes de ellas llegaban a mi celular, ni hablar de llamadas. No obstante a que me encontraba un tanto fuera de la Facultad debido a que ya no me quedaban ramos, en mayo estaba viviendo algo potente y extraordinario, por lo que era muy extraño que nadie siquiera me hiciera un comentario.

Era amistosa, participativa. La mayoría me ubicaba o al menos me había visto pasar por el patio alguna vez. Había sido ayudante en varios cursos y hasta hace poco también había sido su representante local. “Ni siquiera les importa cómo me siento”, pensaba. Podían creer que estaba equivocada o hasta incluso que tenía una actitud indolente, pero era fácil darse cuenta que no disfrutaba en absoluto mi posición.

El silencio de mi círculo me estaba volviendo desgraciada, siendo aún más poderoso que cualquier insulto. Era perturbador. Consumía mi alma, siendo la principal causa de las dudas que tenía sobre mis decisiones. Si hasta los más cercanos querían alejarse de mí, ¿qué quedaría para quienes no me conocían?

Una certera aproximación a esa respuesta estaba en los patios. Las personas se giraban a mirarme cuando caminaba por los pasillos. Comentaban entre sus grupos, me apuntaban y volvían a sus pares. Los más intrépidos se acercaban a manifestarme su opinión, a veces sobre la toma, a veces sobre mí. Verme por alguno de los campus causaba por lo bajo morbosidad, en momentos era perceptible la admiración y en otros la repulsión era explícita.

Algunos me seguían y analizaban con detalle. “Ahí va la consejera”, “¿Ella es la que gritó en la toma o no?”, “¡Mira, mira! Acaba de pasar la *hueona* que dijo que era *su universidad*”, se oía

en los murmullos. En ocasiones simplemente se quedaban en silencio cuando yo pasaba cerca de ellos y lo prefería así. Todo era mejor que escuchar el cuchicheo juicioso de quienes ahora me habían transformado en un personaje.

Bárbara trataba de acompañarme lo más posible, sabía que lo estaba pasando muy mal. Guiaba mi paso cuando teníamos reuniones, advertiéndome ante cualquier sensación de sobreexposición, e intentando contenerme para que no me enfrentara a la absurda imagen que una parte de la comunidad había creado sobre mí. Yo me había convertido en un zombie, tratando de que nada me afectara, fingiendo que todo continuaba igual. La sensación de ser heroína y villana al mismo tiempo era insoportable, sobre todo para quien hacía poco dudaba de su propia importancia.

El lunes 28 de mayo, horas después de que se bajara la toma, con Bárbara salimos a comprar almuerzo cerca de Casa Central, aun cuando el tiempo de comer había pasado hace rato. Pía no quiso ir junto a nosotras y se quedó en la oficina de la Consejería mientras salíamos a hacer el trámite. Acortamos camino por el patio de Comunicaciones, donde se encontraba el decano Carlos Frontaura. Al vernos, nos saludó afectuosamente.

Me tenía cariño a pesar de que yo suponía que antes de la toma debió haberme considerado una gremialista muy tibia. Cuando estaban principios fundamentales en juego, Frontaura era un aliado seguro, pero nunca explícito. Como gremial más bien purista, sabía que no debía interferir directamente en el mundo de los alumnos, la autonomía tenía que prevalecer. Aconsejaba, por supuesto, a su círculo cercano, y si algún asunto de ese orden se discutía en el Consejo Superior o en su Facultad, no dudaba en tomar posición.

Un saludo a la pasada, no pudimos conversar demasiado. Bárbara, quien estaba mucho más atenta al entorno que yo, me indicó que ya no nos encontrábamos en una zona segura.

- Javiera, están pifiando - señaló impaciente.
- ¿Cómo? ¿A mí? ¿¡Y quién!? - pregunté alterada.
- Sí, están pifiando - repitió -. Y creo que es a nosotras. Tenemos que irnos.

Nos despedimos de Frontaura, quien aparentemente no entendía mucho lo que estaba sucediendo. Recién cerca de la salida del patio, alcancé a voltearme para ver el panorama. Era un grupo de cinco o seis estudiantes quienes nos hacían ruido a la distancia. Los conocía a todos, pertenecían a mi misma generación, y varios habían sido mis amigos.

Chiflaban apuntándonos. Si bien se encontraban lejos, en unas escaleras al otro extremo del patio de Comunicaciones, podía darme cuenta de sus caras de burla. Por un instante creí que no serían capaces de humillarme, que no se atreverían a atacarme así y menos en mi territorio. Estaba equivocada. Quería llorar.

- Javiera, vámonos si no quieres que sigan pifiándonos y que todos se den cuenta que estás aquí - dijo Bárbara.

Las clases que alguna vez compartimos, los cumpleaños que celebramos, las fiestas donde nos encontramos durante cuatro años se habían transformado de un día a otro en polvo. Bárbara tenía razón, debíamos de irnos del lugar que hace un otoño atrás me había elegido como su consejera. Solo pensar que su único fin era hacerme sufrir o que yo reaccionara con ira, revolvía mis entrañas.

- No me cabe en la cabeza que te traten así. Como si no fuera suficiente que desconocidos crean tener el derecho a juzgarte y ahora ellos, que te identifican perfecto, molestan sin pudor. Incluso sabiendo que te has sacado la mugre por su Facultad - dijo Bárbara ofuscada mientras marchábamos hacia la calle Lira para salir.
- Piensan que soy un robot, que no siento. Ojalá me diera lo mismo oír sus comentarios,

sus pifias. Ojalá fuera así de fuerte para soportar que me destrocen en mi propio patio -le respondí agobiada-. ¡No pasamos ni cinco minutos en Comunicaciones!

Furia en el Consejo Superior

Aproximadamente a las ocho de la noche de ese mismo lunes tenía agendado a un debate en CNN; sería mi segunda aparición en ese canal luego de la entrevista del domingo. No obstante la actividad programada, se me comunicó con menor anticipación que a las cinco de la tarde sesionaría un Consejo Superior extraordinario en el cual se iban a evaluar los acuerdos tomados tras la finalización de la ocupación feminista. Por fortuna revisé justo a tiempo el correo electrónico con la citación, logrando reorganizarme para asistir. Alcanzaría a estar presente en ambas, pero al límite del reloj.

El Consejo ya había partido hace unos minutos, así que corrí desde mi oficina al salón para llegar lo más pronto posible. Le indiqué a Pía y a Bárbara que me esperaran en el despacho, que luego regresaría para dirigirnos juntas al canal.

Entré con torpeza a la sala donde regularmente sesionaba el Consejo, en el otra vez accesible segundo piso del "Patio de la Virgen", liberado tras la deposición de la toma. No divisé ni a Francisco Morales ni tampoco a ciertos decanos; probablemente no habían podido reprogramar sus actividades, o sencillamente ni siquiera se habían enterado de la citación.

Me senté agitada al tiempo en que el rector explicaba el panorama general respecto a la ocupación de Casa Central. Ignacio Sánchez partió aclarando algunos puntos sobre el desarrollo del diálogo entre las partes. Contó en primer lugar que, desde Rectoría, pudieron evidenciar que las feministas no respondían a una estructura de liderazgo único ni rígido, comunicándose a través de voceras rotativas que representaban diferentes temáticas de interés de su movimiento. Posteriormente, Sánchez remarcó el carácter pacífico con que se desarrollaron las negociaciones. Comparó las situaciones de violencia que vivieron el resto de las universidades tomadas versus el marco más tranquilo con que se desarrolló el conflicto en la UC. Reconoció la participación de los decanos y autoridades en el diálogo con las voceras, así como también los aportes de Magdalena Lira y míos al mostrar que la ocupación sí generaba resistencia al interior del alumnado.

El rector ofreció la palabra y seguidamente habló el decano Frontaura. Prudente, la máxima autoridad de la Facultad de Derecho secundó a Sánchez al agradecer al equipo de decanos y vicerrectores participante en las negociaciones, siendo claro en admitir que el diálogo era el camino correcto para guiar el proceso. En contraste, fue enfático en criticar lo violenta que era una toma y lo mucho que demoró el reestablecimiento del orden en Casa Central. Que el movimiento era ideológico y que su lenguaje atentaba contra la identidad de la Universidad.

Después de Carlos Frontaura, continuó el decano de Teología, valorando los esfuerzos de la UC para mantener la calma y el respeto entre ambas partes. Luego intervino Lorena Medina, decana de Educación, quien había participado junto a las otras autoridades del Consejo Superior en las negociaciones de Rectoría. Ella sonaba muy satisfecha con el proceso, mencionando, tal como lo hizo Sánchez, que la Universidad había sido un ejemplo para el país al manejar pacíficamente la ocupación feminista. Para Medina, lo vivido durante estos días había fortalecido las relaciones en la comunidad, y el actuar moderado y dialogante de la dirección superior había sido la mejor manera de sortear el conflicto.

Si bien yo sabía que la decana Medina se caracterizaba por ser una mujer muy progresista y empática, no podía quedarme callada frente a las que en ese momento consideré como afirmaciones graves. Para mí, la comunidad estaba quebrada y, aunque concordaba en que el diálogo había sido el mejor camino, creía que la institución debía haber actuado de una forma

mucho menos laxa frente a quienes justificaban la utilización de métodos violentos para conseguir cambios.

- La toma separó a la UC y no es difícil darse cuenta - hablé descolocada por la intervención de la decana -. Criticar lo que considero que fue incorrecto me ha traído costos personales, y es injusto que yo sola me lleve ese peso cuando es también tarea de ustedes defender el camino democrático. No han sido capaces de comunicar de buena manera los avances que las feministas reclaman, teniendo yo que encargarme de desmentir muchas cosas, con rabia, porque sé que han habido cambios que ellas ni se han enterado. Por supuesto que el diálogo puede ser positivo a corto plazo, pero es innegable que la toma marcará un precedente. Se ha validado la violencia y ustedes tendrán que darle explicaciones a todos esos estudiantes decepcionados que se encuentran del otro lado.

Terminé mi turno temblando, sin poder contener la molestia que sentía. Las intervenciones continuaron, algunas más severas, como la que volvió a declarar Derecho, y otras más complacientes con Rectoría, como las palabras del decano de Ingeniería y la del decano de Física.

Ensimismada, dejé de pronto de escuchar la conversación de las autoridades. Pasaron unos minutos y con fortaleza de carácter, me levanté del puesto furiosa, pero muy compuesta. Insatisfecha, les había dicho con determinación todo lo que pensaba a las personas con más poder en la Universidad, pero no estaba segura de que se dieran cuenta que desde ahora todo cambiaría y que ellos eran los principales responsables.

- ¡No puedo creer que sea una de las únicas que piense que la toma estuvo mal! - les exclamé a Bárbara y a Pía al llegar a la oficina. En tan solo minutos pasarían a buscarnos a Casa Central para ir al CNN, así que las dos mujeres intentaron hacer lo imposible para calmarme.

Consuelo

El debate sería frente a Ilia Gallo, quien además de ser militante de la Nau, era vocera de la toma. Asumíamos que la mayoría de las feministas no sabían de su pertenencia al movimiento verde, pues si tanto les causaba rechazo la idea de que la Nueva Acción Universitaria tuviera protagonismo a costa del Mafi, ¿por qué dejarían que Gallo las representara en los medios? En parte, el que Ilia asistiera al debate me daba la certeza de que yo no hacía nada malo: si desde la toma no ponían trabas para posicionar a sus voceras, entonces yo no tenía por qué avergonzarme.

En el fondo, mientras más ruido hacía, más resquemores le causaba tanto a mis adversarios como a quienes, entre las dudas, preferían guiarse por los comentarios de odio. Aunque era imposible detener los rumores de pasillo y derribar ciertos prejuicios, tenía muy presente que también podía defenderme utilizando los medios de comunicación para apaciguar las malas impresiones.

Así, mientras íbamos en camino a CNN, bajé las revoluciones y me relajé un poco. Los días pasados me habían preparado para hablar con mayor perspectiva del conflicto. Ahora estaba más segura, sobre todo teniendo a Pía y Bárbara junto a mí por segunda vez en el canal. Imaginaba con precisión cuál debía ser el tono del discurso, los puntos donde podía resguardarme y con cuáles argumentos podía atacar.

El debate estaría oficiado por Mónica Rincón, conocida por ser una periodista incisiva. No me notaba disminuida por ese motivo; sabía que la balanza no se iba a inclinar en razón de los conocimientos técnicos de cada una. Era una conversación sobre testimonios, opiniones y experiencia, así que al respecto, solo nos quedaba combatir con lo visceral.

El enfrentamiento se dio en esos códigos. Si bien Illia era vocera de las chicas de la toma, bajo ningún punto de vista era una mujer radical; lo había demostrado al negociar con las autoridades y esperaba que actuara de la misma forma frente a las cámaras. Tampoco era una mujer con un discurso aprendido; el desgaste de la ocupación y su inexperiencia limitaban las herramientas para su puesta en escena.

Estuvimos en el set un poco menos de media hora, donde suponía haber logrado un buen desempeño. Sentí que mis respuestas fueron las adecuadas y que incluso, fui hábil para retomar los puntos que Mónica Rincón había dejado en el tintero. Me defendí correctamente, identificando los momentos precisos para aportar.

Al terminar intercambiamos números con la periodista y las tres nos quedamos unos minutos después del programa comentando sobre las movilizaciones feministas.

- Esta es una de mis causas, me mueve de sobremanera y nunca he tenido complejos en abanderarme. Eso sí, creo que las tomas están un paso más allá de lo que podría apoyar - dijo Mónica dubitativa. Las dos ponentes nos sorprendimos por su declaración, más cuando ambas percibíamos a Rincón como una mujer muy comprometida con los temas de género.

A la salida del set nos esperaban Bárbara, Pía y, para mi asombro, también Francisco Morales. Mis dos amigas estaban muy alegres y me felicitaron por las intervenciones. Morales, en cambio, se mostraba más serio, quizás hasta incómodo. Tanto él como Illia Gallo se hallaban en terreno peligroso; mal que mal, ninguno de ellos era un alumno independiente representando al movimiento feminista. No hice preguntas y ellos tampoco dieron explicaciones.

Buscamos la salida con dificultad, el canal era muy grande. Solo queríamos llegar a casa, así que caminamos rápidamente por los amplios pasillos de concreto. Me tranquilizaba el no haber hecho un papelón en los medios. Considerando mi carrera, creía imperdonable fallar ante a cámaras.

Desde el canal tuvieron la deferencia de ir a dejarnos a mi casa, nos esperaban con un auto afuera de sus instalaciones. En el trayecto conversamos sobre lo increíble que parecía lo que estábamos viviendo, y cuánto nos iban a despedazar por redes sociales al día siguiente, después de enterarse de la nueva aparición por TV.

Llegamos al fin a mi casa y permanecimos un rato afuera, aguardando a que un Uber recogiera a Bárbara y Pía. La despedida fue con un abrazo muy apretado, siendo esa la única forma que tenía a mano para agradecerles por todo el apoyo que me habían dado en estas semanas.

Al entrar, advertí que mi mamá preparaba algo en la cocina. Me vio cruzar por la puerta y me felicitó al segundo. De acuerdo a su opinión, yo había manejado muy bien el debate. Tanto ella como mi papá se preocuparon de avisarle al resto de la familia sobre la aparición en televisión, así que mi desempeño se convirtió en una alegría compartida.

Le pedí a mi mamá que dejara un rato de cocinar porque quería tener un tiempo para conversar. Que la esperaba en el segundo piso, que era urgente. Subí las escaleras y al entrar a la pieza de mis padres, me percaté que en la pantalla del televisor veían la repetición del programa conducido por Rincón. Era notoria la cara de felicidad también en mi papá. Me adelanté a oír sus impresiones y le dije que necesitaba hablar con los dos.

Una vez que ella subió al segundo piso, ambos me preguntaron preocupados qué me ocurría, pues sonaba muy angustiada. Ya estaba en casa junto a ellos, el debate había salido bien, y toda la familia los felicitaba por haber criado a una niña valiente. ¿Qué podía estar mal en la vida de su hija, que aparentemente estaba alcanzando todos sus sueños a los veintidós años?

Ni siquiera pude pronunciar palabra alguna cuando mis ojos se empaparon de lágrimas.

- ¡Saben cuánto deseaba ser alguien importante, aparecer en el diario, en la tele! ¡Debería estar feliz, pero odio todo esto! - reventé en sollozos.

Abrí mis emociones y les conté, con las manos sobre mi rostro, lo que realmente me sucedía. Que el equipo de Consejería se estaba quebrando, que no quería salir de la oficina por miedo a que me pifiaran, que había dejado de comer por las náuseas que me provocaba toda la presión sobre mis hombros. Que si el fin de semana mucha gente había opinado sobre mí por redes sociales, hoy lunes lo habían hecho en los patios. Que me sentía agotada y sofocada, que nadie me había preparado para enfrentar una situación así.

- Hija, para nosotros siempre serás un orgullo. Lo has hecho súper bien, has demostrado que eres una mujer fuerte e inteligente - dijo mi mamá mientras se sentaba en la orilla de la cama -. Lo que digan los demás no tiene porqué achacarte, no debes oírlos.
- Las personas me odian, vieras lo que dicen de mí. Opinan como si me conocieran, imaginándome como un monstruo. ¡No soy una persona mala, solo hice lo que creí correcto! - reclamé con la cara colorada -. Me tratan como si fuera lo peor, como una histérica, una idiota. ¡No saben cuánto me costó llegar hasta aquí y encima quieren mi cabeza! ¡Soy mujer como ellas!
- Tienes que seguir, este es tu sueño. La gente te va a molestar igual porque saben que hiciste algo importante. Te atreviste y enfrentaste a cientos tú sola - me animó mi papá -. Piensa que incluso tu hermano, quien nunca habla de política y que nunca ve las noticias, llegó hoy a la casa contando lo contento que estaba de tener una hermana como tú. No puedes rendirte ahora. No puedes dejar que te derriben.

En el fondo, sabía que mis papás tenían razón, pero me sentía una niña. No soportaba la idea de que solo en mí recayera la responsabilidad de *defender lo legítimo*. La concepción de que la toma "era necesaria" se enraizaba en el inconsciente colectivo casi sin freno, cuestión que yo consideraba como una amenaza al orden democrático universitario. Ir en contra de lo que se tornó como lo "políticamente correcto" significaba altísimos costos, y yo ya no quería seguir pagándolos.

Los votos de Comunicaciones

Le había pedido a Bárbara que averiguara la sala en donde abrirían las urnas de Comunicaciones, ya que, por ser esa mi Facultad, consideraba que era un deber entrar a mirar el resultado de las papeletas. Si en primera vuelta había obtenido ahí cerca de un 48% frente a los otros tres adversarios, ahora la duda era si los votos del candidato a superior por UC Pública, de extrema izquierda y tercera mayoría en Comunicaciones, se sumarían a la postulante gremialista. Aquello era un desafío holístico, pero tenía fe en que a mis compañeros les iba a ser difícil marcar por Ariel Gallardo, a quien apenas conocían, y no por su consejera académica.

- Ya va a empezar el conteo de la última mesa de Comunicaciones, tenemos que apurarnos - me dijo Bárbara.

Los tres -Felipe, ella y yo- aún nos escondíamos en los alrededores oscuros del templo. Ansiosos, proyectábamos constantemente el cómputo general con los datos que provenían desde el Puclítico[40], del "Crowne Plaza", y de Jake, quien estaba trabajando para Radio UC[41]. Eso sí, no estaba tan nerviosa al entrar a esa sala a contar Comunicaciones. Los primeros resultados confirmaban mis sospechas: alrededor de la mitad de quienes habían votado por el candidato de UC Pública en primera vuelta me preferían en el balotaje. Me hallaba satisfecha, pues lo natural era que ese traspaso fuera casi absoluto para la Nau.

En general, me estaba yendo mucho mejor después del receso entre los dos días, dándome

esperanzas de que si los buenos resultados continuaban, la diferencia comenzaría a estrecharse a mi favor.

- Nau, Rodríguez, Animalia. Nau, Rodríguez, Animalia. Solidaridad, Rodríguez, Trabajos San Alberto. Nau, Rodríguez, Animalia[42] - leyó en voz alta las papeletas un alumno que era parte del Tribunal Calificador de Elecciones (Tricel), al tiempo que otros estudiantes se apresuraban anotando los votos en la pizarra de la sala.

Disfruté oyendo el descuadre de votos que estaba logrando en mi Facultad porque si el contexto hubiera sido otro, las papeletas marcarían lista y superior verdes. Pero en estas elecciones, el panorama era diferente: los estudiantes de la Facultad reconocían el esfuerzo de su consejera académica, incluso si ella era naranja. Sin duda, esos votos se los debía también a Felipe, quien había sido capaz de soportar mi mal genio en la campaña y de estar en los buenos y malos momentos como amigo y subconsejero.

"Nau, Rodríguez, Animalia", "Nau, Gallardo, Escuela Popular", "Nau, Rodríguez, Animalia", "Nau, Rodríguez…". Escuchaba cada vez más a lo lejos la voz del muchacho del Tricel. No había dormido en toda la semana y el cuerpo me lo estaba cobrando. En un santiamén mis párpados cayeron y mi cabeza yacía apoyada incómodamente sobre una de las mesas.

Sonaron aplausos y desperté de un sobresalto. El conteo de Comunicaciones había terminado. 114 votos para Ariel Gallardo y 184 para mí. Sumados ambos días, el candidato a superior por la Nueva Acción Universitaria sacó un 38,65% (206 votos) y la estudiante de Periodismo gremialista un 61,35% (327 votos) en el territorio.

Aletargada e infinitamente feliz, no me importaba demasiado si ganaba o perdía en el resultado final de la Universidad. Mis compañeros de Comunicaciones habían confiado en mí y eso era suficiente.

El primer rasguño y la herida de Derecho

El martes 29 de mayo tenía una actividad junto a Konrad en Lo Contador, campus donde se encontraban las carreras de Arquitectura, Diseño y Planificación Urbana. Si bien los alumnos de ese lugar se caracterizaban por tener un menor interés en la política universitaria, igualmente temía por la exposición en espacios públicos. Como estaba próxima la época de exámenes y estábamos en otoño, habíamos organizado como Consejería Superior un "Happy day" con café y palomitas gratis para los estudiantes que se acercaran a nuestro puesto.

Por sus caras, algunos chicos parecían identificarme, mas ninguno me preguntaba sobre la contingencia. La ocupación se había bajado el día anterior y Lo Contador se mostraba incólume. "Quizás aquí no pegó tan fuerte lo de la toma", pensé inocente. Quedaban menos de la mitad de los confites cuando, a lo lejos, noté que una conocida me hacía señas.

- Konrad me avisó que estarían en el campus, así que quise venir a verlos por un ratito. ¿Dónde está él? - dijo la subconsejera académica de Diseño, Ignacia Moreno, mientras se sentaba a mi lado.

Ella era muy cercana a ambos, pues había participado de un voluntariado del Movimiento Gremial hace unos años. Nunca se consideró gremialista e incluso disentía de varias de nuestras ideas; pero por el cariño que nos tenía, siempre trataba de ayudarnos a organizar actividades en Lo Contador.

- Konrad se acaba de ir a una clase - le respondí yo-. Pero aún quedan cabritas, por si quieres un paquete.
- ¿Y tú cómo has estado con todo? No podía creer que mi superior fuera la chica que salía en la tele - replicó entre risas al sacar una bolsa.
- Ha sido extraño, ¿sabes? Eso de enfrentarme a que tanta gente opine sobre mí...

- Ni te imaginas cuánto te he defendido en los grupos. Te conozco. Sé que inventan muchas cosas - dijo ella con relajo -. En lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo.

Era muy reconfortante escuchar que Ignacia me estaba apoyando y, a la vez, inquietante percatarse que la discusión sobre mis actos se había extendido a otros círculos sociales. En cierto sentido, me encontraba atada de manos respecto a mi campo de influencia. El asunto había permeado lo suficiente para ser tema de conversación en un lugar donde regularmente la política no tenía mucha cabida.

Después de unas afectuosas palabras y acabadas las cabritas, me despedí de Ignacia con un apretón de manos para partir hacia Casa Central. Me apresuré lo más posible en la caminata desde Lo Contador al metro Pedro de Valdivia, para así llegar a tiempo a una reunión con el decano Carlos Frontaura programada hace ya unas semanas. Junto a Bárbara, quien ya se encontraba en Casa Central, le íbamos a presentar un proyecto para Derecho y debíamos ser puntuales.

Afuera de la oficina de la Consejería un periodista de El Líbero estaba esperándome. Le había prometido un espacio entre mis actividades para que me entrevistara. La idea era conversar sobre los desafíos de la derecha universitaria; en específico, si luego de la "convención facha", como le llamaba yo, desarrollaríamos una agenda de trabajo entre universidades, y si en mis planes próximos estaba el organizar un grupo de oposición al Confech.

Fue una entrevista escueta, no profundicé mucho. En ese momento solo podía pensar en mi presente y en las consecuencias que de a poco comenzaba a sentir tras el enfrentamiento en el frontis y la posterior Contratoma. "No, no tengo nada en mente y no me corresponde ser cabecilla de nada", le señalé cortante.

Me asustaba la idea de que alguien creyera que estaba utilizando el cargo para otros fines, porque avivaba aún más la odiosidad de mis adversarios. Tenía clarísimo que mi figuración en los medios les generaba cólera y si la prensa buscaba alzarme como líder en otra área ajena al usual campo de acción de un consejero superior, era mujer muerta. Por supuesto que era injusto, más cuando esa restricción era solo porque yo era de derecha. Pero mi legitimidad como representante estaba siendo cuestionada, y no podía pensar en otra cosa que no fuera salvar mi pellejo.

Antes de que terminara la entrevista, Bárbara entró a la oficina. Despedí al periodista y tras su partida, le comenté a Biskupovic mi negativa a explorar el personaje que él me había propuesto a través de sus preguntas. Ella era incluso más cauta que yo, así que con naturalidad me encontró razón; quería protegerme.

La conversación fue interrumpida de repente por una inesperada llamada telefónica.

- Hola Javi, ¿cómo estás?, te habla la Maripi. ¿Me recuerdas? - era María Paz Ceresuela, ex presidenta del Centro de Alumnos de Comunicaciones.
- ¡Cómo no acordarme de ti! Te escucho, te escucho - respondí alegre. Aunque había dirigido un Cecom de tendencia Nau, consideraba que Maripi tenía un carácter muy dialogante.
- Bueno, ahora estoy trabajando en La Tercera. De hecho, te llamo para preguntarte por una nota que subimos hace poco.
- ¿Qué nota? No he leído nada, he corrido toda la mañana.
- Ah, ¿no sabes lo que se publicó? - preguntó confundida - Quieren destituirte, Javi. La Daniela Pinto, la territorial de Ciencias Biológicas, habló que desde el Mafi iban a ver cómo sacarte.

Maripi prometió llamarme luego. Notó con mi silencio que su noticia me había afectado. Le

señalé calmada que más rato le contestaría todas sus preguntas, pero que, de momento, debía analizar lo que ocurría antes de manifestarle mi opinión, que después de la reunión con el decano la volvería a contactar.

Bárbara estaba expectante oyendo la llamada. Me pedía insistentemente que le contara lo que me había dicho la periodista. Tomé el computador y busqué con rapidez la publicación para mostrársela antes de siquiera abrir la boca.

Coletazos de la toma UC: piden renuncia de la consejera superior

Estudiantes alistan comunicado en el que cuestionarán accionar de Javiera Rodríguez durante los tres días de movilizaciones

A 24 horas de que se depusiera la toma de la Casa Central de la UC las estudiantes que protagonizaron las manifestaciones ya tienen un nuevo objetivo: la consejera superior, Javiera Rodríguez.

Durante esta tarde las voceras del Movimiento Feminista emitirán un comunicado en el que se criticará el rol desempeñado por la también estudiante de periodismo durante la toma, en particular sus diálogos con el rector Ignacio Sánchez cuando aún no se abrían las negociaciones y sus públicos cuestionamientos al accionar en la Casa Central.

Según la Coordinadora del Movimiento Feminista, Daniela Pinto, se evaluarán los caminos para forzar una destitución de la dirigente gremialista o –en su defecto- pedirle que dé un paso al costado.

"Coletazos de la toma UC: piden renuncia de la consejera superior".
La Tercera, 29 de mayo de 2018. Extracto.

Después de leer la nota, Bárbara y yo nos quedamos calladas. Hicimos unos cuantos comentarios despectivos a la manera en que el Movimiento Autónomo Feminista quería lidiar conmigo. A priori nos causó sorpresa, esperábamos una declaración en nuestra contra o que solicitaran un punto en tabla en el Consejo Feuc antes que una aparición en la prensa para referirse a mí. La destitución suponía una acción extrema, pero posible, por lo que apenas supimos que nos estábamos enfrentando a esa pesadilla, actuamos ejecutivas.

No me sentía aterrada, me había cuidado de nunca faltar a mis deberes o de hacer algo que fuera en contra de algún estatuto. ¿Bajo qué pretexto pretendían sacarme? La publicación de Maripi señalaba que las feministas emitirían un comunicado criticando el cuestionamiento que yo había hecho sobre la toma y la reunión ocurrida el día sábado con el rector. Ninguna de las dos acusaciones era causal de destitución: para opinar y juntarme con autoridades no tenía que pedirle permiso a nadie.

Informamos de esto a Palma, quien nos aseguró que, según su conocimiento sobre los estatutos del Consejo, la posibilidad de que pudieran lograr su cometido era casi nula. Que averiguaría, pero que no debíamos preocuparnos mucho. "Si llegan a hacer una proposición seria, hasta podríamos sacarle provecho", agregó con leve ironía. Desde luego, el comentario de Ignacio no me causó gracia ya que de ninguna manera asumiría un riesgo de esa magnitud por un golpe político.

Ahora, debía enfocar esfuerzos en frenar la idea de destitución a como diera lugar. Con eso en mente, le dije a Bárbara que intentaría solucionar el embrollo con la misma Daniela, como dos mujeres adultas. Tenía conocimiento que desde hace mucho tiempo ella estaba metida en el mundo del feminismo y que se declaraba radical, pero hubiera esperado que si pensaba en una destitución, al menos fuera solicitada en persona, cara a cara.

Desde la campaña del año pasado que nuestra relación con Daniela Pinto era muy cortés por lo que encontraba extraña la fórmula elegida para enfrentarse a mí. No olvidaba los ánimos que

me había dado en la elección de superior, y aferrada a ese recuerdo le escribí de inmediato para acordar vernos una hora en la tarde en Casa Central. Respuesta afirmativa. Su disposición a conversar me calmó muchísimo, sin embargo la actitud avasalladora que había demostrado en la nota de La Tercera no dejaba de perturbarme.

El incendio estaba un poco controlado, así que partimos con Bárbara a la reunión con el decano de Derecho. El encuentro se oficiaría en la misma sala en donde Magdalena Lira y yo habíamos preparado el fallido contacto vía streaming aquella primera noche de toma.

La idea de juntarnos con Frontaura era porque le íbamos a entregar una propuesta para generar una nueva vía de ingreso a la UC, en donde jóvenes con talentos humanistas y sociales pudieran entrar a estudiar en carreras que requirieran de tales habilidades[43]. La estábamos desarrollando hace bastante tiempo y no era opción perder el ritmo de trabajo, incluso si la contingencia hacía de las suyas.

Naturalmente, terminada la exposición de nuestra propuesta y acogidos los comentarios del decano, nos pusimos a conversar sobre la toma. Era, sin dudas, el tema más controversial y sabíamos que en él podríamos encontrar un guía.

Como esperábamos, Carlos Frontaura estaba algo herido. Él se había quedado aguantando en las instalaciones de su Facultad los casi cuatro días de toma, por lo que el resultado del proceso le generaba una notoria incomodidad. Miraba cada ciertos instantes al patio de Derecho desde la ventana de la sala, y con gestos melancólicos se refería a *sus queridos* alumnos.

Frontaura era un hombre muy apegado a la fe, correcto y también drástico. No hizo reparos sobre las maniobras de la dirección superior para negociar el fin de la toma ni tampoco despotricó sobre de la sesión de ayer del Honorable Consejo, pese a que ambas situaciones le debieron significar una gran decepción.

Explicó que el sentido común en las universidades se había perdido, que ya no existían puntos donde los sectores podían acordar. Creía insano el tipo de enfrentamiento al cual sus estudiantes estaban sometidos y con razón; había visto a las encapuchadas sobre los techos y oído sus gritos en las noches. Para él, la comunidad se había quebrado y no tenía una fórmula para reparar ese cisma ni a corto ni a mediano plazo.

- No se detengan, lo han hecho muy bien - reflexionó él -. Todavía quedamos quienes le tenemos un profundo aprecio a nuestra Universidad. Que ninguno de estos sucesos las desanime. Son asuntos propios de una generación diferente, una que tiene otra manera de entender el mundo.

Después de un rato de plática, nos despedimos afectuosamente del decano Frontaura y de sus secretarias. Era la facultad más conservadora y aquella característica no era única de los estudiantes, sino que también de profesores y funcionarios, quienes nos sonreían al transitar por los pasillos del edificio. ¿Cómo no iban a simpatizar con la consejera que sentía el mismo cariño que ellos por la institución?

Las ansias de madrugada

Para mí, la votación obtenida en Comunicaciones era un regalo divino. Si el resultado final no era favorable, al menos tendría el lindo recuerdo de haber dado la pelea con el respaldo de mis compañeros, esos mismos que hace unos años se hubieran negado a votar por cualquier gremialista. Y es que la victoria en mi territorio alimentaba peligrosamente la fe en que esta vez sí podría ganar algo grande, por lo que debía ser cauta. No quería descansar en lo que aún eran meras ilusiones.

En los pocos cruces que hicimos entre el sector del conteo de votos y la explanada del templo fuimos informados de que existía la probabilidad de que ciertas mesas fueran anuladas por

sobrepasar el margen de error. College Ciencias Naturales, Teología y Agronomía eran las carreras afectadas y en las tres, históricamente el gremialismo obtenía mejores resultados.

Cerca de quinientos ochenta votos estaban en juego en esas mesas, y en circunstancias normales, al menos un 60% de esos votos podrían marcar tendencia hacia la derecha. Aquello significaba sacar ventaja de mínimo cien sufragios por sobre Ariel. A esas alturas, hasta la más mínima suma local podía hacer la diferencia en el resultado global, definiendo por un estrecho margen si las lágrimas que caerían por mi rostro al terminar la noche serían de alegría o de frustración.

El conflicto del descuadre estaba fuera de nuestro control, de modo que Bárbara, Felipe y yo tratamos de combatir ese nerviosismo focalizando la atención de los resultados que estaban saliendo de otros territorios. Era muy consciente de que como candidata no debía estar pendiente de las incertezas, mas el bombardeo de imprevistos era tal que sumar uno más ni siquiera nos hacía cosquillas.

Toño Kast, en aquel entonces presidente del Movimiento Gremial, era el encargado de discutir con el Tricel y con el Nau para que estas mesas fueran admitidas. Habíamos tenido diferencias en el pasado y casi por naturaleza pensábamos diferente en muchas cosas. Él provenía de una familia muy política y conservadora[44], con círculos sociales totalmente ajenos de los míos.

Pese a que en mis suposiciones estuvo siempre la idea de que a Toño le costaría confiar en una candidata así de alternativa, actualmente su compromiso era sincero y lo había demostrado durante todo el proceso eleccionario. La Consejería Superior había que ganarla a como diera lugar, por lo que su disposición a acompañarme en el proceso fue completa. Él era consciente también que el equipo evaluaría su gestión según estos resultados, que no podía dejar que esa responsabilidad recayera solo en mis hombros.

Por lo tanto, ni Toño ni ninguno de los gremialistas que me apoyó en la campaña y en esas noches de conteo iba a ceder ni un territorio, una mesa o un voto. No ganábamos un cargo global desde la Federación de 2015, por lo que la vigencia del Movimiento Gremial era cuestionada tanto por rivales como a nivel interno. Hoy las *chances* de volver a posicionarnos estaban al alcance de nuestras manos.

Permanecía arriba por cincuenta votos, luego por cien. Al rato perdía por treinta, por ochenta, por veinte. Encima todavía el Tricel no decidía si las tres mesas de la discordia serían anuladas. Para un alumno base, el conteo parecía emocionante, intenso, atractivo. Para mí, en cambio, era una eterna y fastidiosa incertidumbre que mantenía mi estómago contraído sin pausas.

Con Bárbara y Felipe entrábamos a un par de salas de puro inquietos y luego volvíamos al templo, siempre tratando de pasar desapercibidos. A esas alturas, Solidaridad había dejado de aparecerse por el patio de Sociales, pues la Nau los había superado por suficientes votos, minando la esperanza de los rojos de ser al fin Federación. Solo quedaba saber quién se quedaría con la Consejería, lo único en donde todavía competía la derecha universitaria.

A las tres de la madrugada nuestros nervios eran incontrolables y, en un acto de locura, nos pusimos a correr en la explanada del templo. Nuestros pies estaban destruidos, dolían mucho después de haber dado tantas vueltas por el campus haciendo campaña. Pero ahí estábamos, saltando y trotando para canalizar el desasosiego. ¡Quién nos pensaría así, sin descanso desde hace semanas y tan hiperquinéticos en la última madrugada!

El reloj era persecutor, la noche llegaba a su fin sin definiciones. Treinta votos arriba, cincuenta, ochenta. Diez votos abajo, luego cuarenta, quince. El Tricel había dirimido recién, no obstante, los jefes de campaña no nos informaban con inmediatez, pues *no había que jugar con*

las esperanzas de la candidata.

No sabíamos qué pasaría con las mesas en discusión, y menos si "Crowne Plaza" ya había hecho algún pronóstico final. Con la misma efervescencia que impulsó el ejercicio, los tres nos tomamos de la mano y apoyamos nuestros troncos en la puerta principal de la iglesia. "¡Recemos, recemos!", les dije con entusiasmo a mis amigos. No fue necesaria una respuesta. Felipe, Bárbara y yo de pronto estábamos a las cuatro de la madrugada recitando el Padre Nuestro.

Tiritábamos en la oscuridad. Yo apretaba mis ojos mientras trataba de que la oración naciera desde mis entrañas, optimista a que desde el más allá las consideraran honestas. Quería apurar la noche. Si mi destino era perder, entonces que Dios intercediera para que la angustia terminara lo antes posible.

¡Renuncia, consejera!

La reunión con Daniela Pinto sería en su Facultad, en el zócalo de Ciencias Biológicas ubicado en Casa Central. Este se ubicaba muy cerca de mi oficina, en el patio de Derecho, solo teniendo que caminar hacia el sur y bajar luego unas escaleras. Oscurecía y quedaba muy poca gente en el campus.

Intranquila, no se me ocurría cómo comenzar el diálogo. Mi única misión era que como Mafi se detuvieran, incluso a sabiendas de que no tenía ni el más mínimo control sobre ellas. Debía al menos intentarlo. Confiaba en que Daniela no sería indiferente a esta conversación, existiendo entre nosotras un respeto mutuo que impediría que alguna atentara directamente contra el trabajo de la otra.

Nos sentamos afuera de la oficina de su centro de estudiantes, en una banca en el patio del zócalo. Fui sincera y le dije por lo que estaba pasando, que no me sentía en absoluto cómoda con la figuración pública en estas circunstancias, pese a que hubiera soñado antes toda esa atención mediática para los proyectos y logros de la Consejería. Le señalé además que solo buscaba dedicarme al trabajo como representante y que estas polémicas terminaban por atraer el foco de la prensa hacia la consejera gremialista por sobre su movimiento feminista.

- Comprendo lo que me dices. No debe ser fácil estar en tu lugar - indicó ella muy seria -. Además no podemos destituirte, pues es facultad del Consejo Feuc y por ahí es complejo. Desistimos al darnos cuenta que era inviable.

Daniela no estaba siendo condescendiente. En el fondo, las intenciones de sacarme habían sido reales en su grupo y solo al no conseguir la fórmula, se habían rendido. Sus razones para detenerse no pasaban por el daño que le podían causar a una mujer, eso no les importaba en absoluto. Me habían reducido a una mera representante del gremialismo, despojada de cualquier otra cualidad. Como movimiento de derecha, había que atacarlo sin importar quien estuviera a la cabeza, sin haber espacio para la *sororidad*.

Me indicó que lo más probable era que no continuarían con la cruzada, pero que, en facto, Daniela se limitaba a actuar como vocera de las chicas: si ellas querían volver a impulsar esfuerzos para destituirme, o si los territorios tomaban otras acciones, esas eran cuestiones que no dependían de esta conversación.

Regresé a la oficina un poco más tranquila. Era evidente que no contaban con las herramientas para poder sacarme y presentía que no lo seguirían intentando. Tampoco debía desentenderme, el Mafi me tenía en la mira, las feministas más radicales harían lo todo lo posible para borrarme del mapa. Sin lugar a dudas esto no iba a terminar aquí.

Las chicas todavía estaban en la oficina, así que apenas llegué les comenté relajada y con resabios sarcásticos que *todavía podía terminar el año en el cargo*.

- ¡Pero cuenta algo más po'! - insistió Pía.
- Está todo bien, no nos van a intentar destituir, simplemente no pueden hacerlo. No he infringido ningún artículo del estatuto, ni ellas cuentan con los votos necesarios del consejo para iniciar acciones. Fue un capricho terrible que cumplió con su objetivo, que pasara un gran susto - expliqué.

Cerramos la puerta y empezamos a guardar las cosas para irnos a nuestras casas. Ya me había puesto la mochila en mis hombros cuando de pronto, mi celular comenzó a vibrar. Eran mensajes provenientes del grupo de Whatsapp de gremiales de Comunicaciones, quienes habían enviado al chat grabaciones de la asamblea de mujeres de esa facultad. Los audios eran difíciles de descifrar, pues el ruido de ambiente protagonizaba la pista. Parecía corresponder a una voz leyendo un texto, pero, para cerciorarme, le pedí a los gremialistas que me explicaran de qué trataba.

Puse a cargar mi celular mientras esperaba respuesta. Pía y Bárbara preguntaban impacientes qué había pasado, pero no tenía mucho qué decirles, entendía bien poco de la situación.

Segundos después, volvió a sonar el celular. Era una amiga de la carrera.

- Javiera, si saben que estoy hablando contigo me matan. ¿Estás sola? - sonó angustiada.
- Sí, estoy sola - mentí entretanto miraba a las otras dos -. Dime, ¿pasó algo? No le diré a nadie.
- Te llamo porque te tengo mucho aprecio, pero si alguien se entera que te avisé, me crucifican - persistió.
- No, estoy sola. Por favor cuéntame, me estás asustando.
- Está bien. Lo haré. Mira, acaba de terminar la asamblea de mujeres en la Facultad... - hizo una pausa nerviosa- Escribieron una carta para pedirte que renuncies, la acaban de leer frente al grupo.
- ¡¿Cómo?! ¡¿Desde Comunicaciones quieren sacarme?! - exclamé exaltada.
- Sí. Te cuento porque sé que no es algo que merezcas y como te quiero mucho, preferí contarte apenas me percaté. No era justo que esto te pillara por sorpresa - explicó ella.
- No puedo creerlo. En serio, no puedo creerlo - le respondí dejando caer mi espalda en una de las estrechas paredes de la oficina.
- Van a publicarla hoy en la noche o mañana en la mañana. Quieren juntar firmas de todos lados.
- Me conocen, ¿cómo me hacen esto? No saben cuánto me afecta...
- Sabes que aquí las cosas se interpretan de otra manera, están todas muy sensibles. Mucho ánimo Javiera. Tienes que ser fuerte - concluyó.

Después de un gracias compungido, corté el teléfono y con el cuerpo en el suelo sujeté mi cabeza con las manos. "Quieren que renuncie. Comunicaciones quiere que renuncie", les dije a las coordinadoras. Las tres nos quedamos calladas durante minutos.

- Voy a llamar a Palma - reaccionó Bárbara -. Hay que asegurarse de que no te puedan hacer nada.

Miraba al techo. El celular vibraba sin parar. Mi estómago se revolvía y no podía articular palabra alguna. Biskupovic, en tanto, caminaba en círculos fuera de la Consejería hablando con Ignacio por teléfono y Pía solo atinaba a maldecir a las mujeres que se habían atrevido a escribir esa carta.

Quería llorar, pero de mis ojos no salían lágrimas. Sabía que en el fondo no valía la pena sufrir por quienes habían tenido la cobardía de herir a alguien de esa manera. No era cualquier gremialista, era una que había sido compañera de ellas hace menos de un año, una que había

logrado liderarlas doblegando sus prejuicios.

Yacía en el piso, quebrada, perdida.

No me importaba que Daniela Pinto y su grupo quería sacarme, o si a las carreras de Oriente, Sociales o de Humanidades se les ocurría hacer una denuncia a la Naciones Unidas para que yo no continuara como consejera superior. Eran alumnas que no conocía del todo y de seguro ellas tampoco tenían más información sobre mí que la vista en los medios o en un cartel cuando candidata.

- Dijo Palma que no hay peligro, que el estatuto te resguarda y que los Solidarios van a apoyarte en cualquier caso - indicó Bárbara -. Lo de Comunicaciones no tiene cabida, es solo una petición de renuncia y en eso no vamos a ceder ni muertos.
- Como no pueden destituirte, quieren verte llorar. La carta es un gesto simbólico, pero uno de maldad - prosiguió Pía.

Pasaron instantes y a la oficina llegaron gremialistas de Comunicaciones, los mismos que me habían enviado los audios de la asamblea de mujeres. El equipo MG de ese territorio era muy pequeño, de no más de diez personas, hallándose ahora dos o tres de ellos fuera de mi despacho. Habían ingresado al Movimiento gracias a mi insistencia y actualmente eran activos participantes. Me respetaban y eran leales conmigo no tan solo por ser su consejera superior, sino porque también era la más antigua del grupo.

Ofuscados, contaron que efectivamente las grabaciones enviadas correspondían a la voz de una de las chicas que estaba leyendo en la asamblea la carta que exigía mi renuncia. Que luego de la última frase la sala se retumbó de aplausos y de cánticos feministas. La revuelta era motivo de orgullo y había que demostrar poder. Se estaban enfrentado al enemigo y a uno que había salido de sus propias filas.

Los gremiales acusaron que allí sus palabras no tuvieron lugar, siendo notorio que para la asamblea ellos no eran bienvenidos. No hubo permiso para contestar ni para defender a la consejera. El acuerdo tomado era alegría pura, nada las iba a detener.

Me mostraron la carta y tras un vistazo rápido, la leí para todos los presentes.

"...Estamos conscientes de que este movimiento busca y representa un cambio estructural y cultural profundo, y por lo mismo, sabemos que tenemos opositores. Sin embargo, lo que no podemos permitir es que Javiera Rodríguez, una representante elegida democráticamente, desde su cargo de Consejera Superior, se preste como cara visible de una oposición formada principalmente por su propio movimiento, el Movimiento Gremial, y Solidaridad (...)

Una de las principales críticas de parte de Javiera Rodríguez ha sido la supuesta falta de representatividad de la toma, afirmación que desconoce el trabajo y movilizaciones de este año, periodo en el que se han realizado ocho asambleas de mujeres a nivel universitario y otras innumerables dentro de las distintas carreras movilizadas (...).

Incluso, contrario a su labor como Consejera Superior de todas y de todos, sirve como representante de un contra movimiento, desacreditando la toma feminista en diversos medios de comunicación. También creemos pertinente indicar que nunca realizó un catastro del real apoyo de cada estudiante de la Universidad Católica a la toma feminista, manchando la imagen de la manifestación y de las compañeras involucradas, en cada una de sus apariciones en los medios de comunicación, sin argumentos fundamentados ni comprobados (...)

Javiera Rodríguez se sintió con total libertad de utilizar su cargo representativo para hablar en distintos medios de comunicación durante toda la jornada de la toma,

priorizando una postura personal que no se fundamentó más que en su propia opinión, sin tener cifras de las estudiantes en la toma, ni los que estaban a favor y aquellos en contra. A esto se debe agregar que Javiera Rodríguez ha repetido en variadas ocasiones, desde su campaña hasta en diferentes actividades y declaraciones, que iba a desligarse de su línea política para poder representar efectivamente a todos y todas las estudiantes, cosa que en este último tiempo hemos podido ver que no son ciertas.

La Consejera Superior, además de los errores ya incurridos, sirvió de voz y validación de la "contratoma" instalada en la Facultad de Derecho. Esta "contratoma" fue formada por un grupo de estudiantes que durante los tres días hostigaron de manera violenta a las personas que se encontraban cuidando el perímetro de la toma y a las compañeras que estaban en periodo de reflexión y trabajo para hacer fructíferas las mesas de negociación. Es más, la Consejera Superior, en ningún momento manifestó el repudio de dicha "contratoma" en la cual, un grupo de estudiantes que pernoctaron el primer día de toma, viernes 25 de mayo, en las dependencias de la Facultad de Derecho, ingirieron alcohol y realizaron amenazas de muerte a las compañeras de Ciencias Biológicas que se quedaron fuera del perímetro de la toma. (...)

Entendemos que todo cargo de representación es, en su fondo, político. A pesar de esto, no podemos desconocer las reiteradas promesas que realizó en su campaña con el fin de comprometerse con el estudiantado en su totalidad por sobre cualquier postura política. Es en esta misma línea que, para nosotras, la falta de comunicación previa con la gente de la toma antes de dar sus declaraciones, las críticas sin base argumental concreta a la toma que tenía un carácter pacífico, el denostar la labor de la Secretaría de Género (organismo importante para el apoyo de las denuncias de acoso) diciendo que se transformó negativamente en "algo político", habla del actuar condicionado por convicciones personales, el cual se dedicó a difundir por distintos medios de comunicación, alejándose completamente de las facultades de su cargo.

Tras todo lo expuesto, solicitamos como estudiantes que la actual Consejera Superior, Javiera Rodríguez, renuncie a su cargo de representación estudiantil y presente disculpas públicas, ya que consideramos que su actitud con respecto a las Movilización Feminista UC en nuestra universidad y al rol que cumplió en la finalizada toma de Casa Central durante los pasados cuatro días estuvo marcada por su inconsecuencia e irresponsabilidad. Esperamos que Javiera pueda reflexionar con respecto a lo sucedido y entienda el daño que causó en el estudiantado que debería representar (...)

Esta misiva la realizamos como Estudiantes de Comunicaciones Movilizadas, para consideración de todos y todas aquellas que sintieron molestia y/o pasadas a llevar con el actuar de la Consejera Superior, Javiera Rodríguez. E instamos a todas las personas que formaron parte de la toma, estudiantes movilizadas y movilizados, a sumarse a estas declaraciones y exigir la renuncia de Javiera Rodríguez a la Consejería Superior…"

Declaración de Estudiantes de Comunicaciones Movilizadas.
Santiago, 29 de mayo de 2018. Extracto.

Era una misiva muy extensa y cada palabra era dolorosa. Sentía repulsión. ¡Cómo las mujeres podían ser tan injustas, tan falaces! Que no debí haberme manifestado contraria a la toma sin antes hacer "un catastro" para constatar quiénes la apoyaban y quiénes no. Que me uní a la Contratoma a pesar de que era un lugar de violencia donde se consumía alcohol. Que mi cargo era político, pero que yo me había *comprometido* a no meterme en esos temas.

Seguido al texto, adjuntaron los nombres de los cerca de cien firmantes hombres y mujeres

que pedían mi renuncia. Conocía a la mayoría y al leer el listado, los cien nombres se convirtieron, de un instante a otro, en cien puñaladas inescrupulosas. Mi cuerpo seguía en el piso y mi corazón, peor aún, estaba metros bajo tierra.

Algunos de los firmantes habían sido compañeros de trabajos o de clase, nos veíamos en el patio y en las salas comunes. Otros conocían mi lado más íntimo, mi casa y hasta a mi familia. Incluso había defendido a un par ante la Comisión de Facultad cuando era consejera académica, estando ellos a punto de ser expulsados de la Universidad.

Los creía en las nubes. Se habían inventado una fantasía sobre mí que era muy alejada de la realidad, extremando argumentos para hacerme ver como una irresponsable y una negligente. Yo era la consejera y por más que la votación obtenida me permitía ejercer, no era argumento suficiente para ellas. A su modo de ver, debía despojarme de ese poder, reclamándome jugar en su cancha, con sus jueces y bajo sus reglas.

Los gremialistas me preguntaron si los autorizaba a hacer una carta de vuelta o algún gesto para responder. No los detuve. Ya no tenía fuerzas para pelear, menos cuando aún tenía clavadas las cien espadas. “Háganlo. Como les resulte mejor”, contesté sin ánimo. Si no funcionaba la réplica, poco me importaba.

Por última vez en la jornada tomamos nuestras cosas de la oficina y partimos de regreso a nuestras casas. Una marcha cabizbaja, solitaria y en silencio, rogando porque lo recién vivido fuera una pesadilla más de las noches de sobresaltos e insomnio que me perseguían desde el 25 de mayo. Quería desaparecer, volar lejos.

Subí a la pieza de mis papás a contarles lo sucedido, pero fui escueta, no quería volver a llorar. Les prometí que todo estaría bien, que sería capaz de sobreponerme y que, ante todo, no se preocuparan.

Llegué a mi dormitorio y me lancé sobre la cama.

- Javiera, me acabo de enterar de lo de la carta. ¿Cómo estás, qué puedo hacer? - me llamó Felipe desde China, cuando estaba preparándome para dormir.
- Las de Comunicaciones me quieren fuera de la Consejería - respondí decaída.
- No puedo creer cómo hacen eso, ni siquiera les da pudor. Me gustaría estar allá para acompañarte, no quiero verte triste.
- Hablemos mañana mejor, no me siento bien para conversar. Solo quiero que esta día se acabe rápido.

Un adiós con nudo en la garganta. Luego, luces apagadas.

CAPÍTULO 6 Lunes

Los rumores de que este lunes sería el último día de toma llegaban a nosotros por diversas fuentes; a veces eran los periodistas que lo sugerían con sus preguntas, en otras, eran los mismos chicos de la resistencia quienes proyectaban un fin próximo. Y es que el espíritu conservador de la UC permeaba también en las feministas. La idea de que la ocupación no podía salirse de control estaba muy presente en ese grupo, pues sabían que, en parte, de eso dependía su credibilidad.

Las clases en Casa Central comenzaron a reanudarse a primera hora del lunes, por lo que la imagen del campus era muy diferente a la del fin de semana. Había ahora mucha más gente, casi el flujo normal. Más que expectantes, estábamos resignados. Las mujeres iban a bajar la toma frente a toda la prensa, habiendo logrado importantes acuerdos con Rectoría. Sería un cierre histórico, inolvidable.

En cambio, ¿qué teníamos nosotros? Un vasto repositorio de insultos en redes sociales donde acusaban a los hombres y mujeres de la Contratoma de haber consumido alcohol durante la ocupación, de ofender y amenazar de muerte a las feministas, y de ser un grupo de cuicos poco empáticos con las víctimas de violencia sexual.

De facto, poco quedaba de esas bravas bestias que imaginaban las mujeres de Alameda 340. La mala alimentación, las pocas horas de sueño y el dolor corporal eran señales visibles de una maratónica hazaña, pero no de un poderío que estuviera a la altura. Caras demacradas, cabellos sucios y un juramento, eso era todo. Rogábamos porque la obra terminara de una vez, asumiendo desde antes que el final no nos iba a gustar.

Una arriesgada propuesta

- Quiero cambiar la imagen del Movimiento y para eso necesito de tu ayuda - me dijo Ignacio Palma en su departamento -. Pero no es lo único que quiero hablar contigo…

Era finales de junio de 2018 y pese a que no era muy tarde, el invierno traía consigo una noche más precoz. La mayoría de los alumnos estaban por cerrar el semestre, pero en mis planes no estaba tener un descanso. La decisión de quedarme trabajando en vacaciones me iba a pesar física y psicológicamente, pero era algo que yo estaba dispuesta a hacer con tal de aprovechar cada momento como consejera superior.

La época de campaña Feuc se acercaba y los cambios de humor asociados a su preparación de a poco me golpeaban. No era estrés. Sabía que no podría inmiscuirme demasiado en su producción, porque estaría ocupada lanzando proyectos hasta el cambio de mando en diciembre. Tampoco ansiedad. La experiencia del año me hacía sentir segura de que, si los jefes de campaña solicitaban ayuda, yo iba ser un gran aporte para la preparación de los nuevos candidatos. Quizás era tristeza. Le había tomado cariño a la Consejería y que la fecha de término se plantara tan pronto frente a mí era muy duro. El hecho de que algún día todo llegaría a su final era un inevitable y me rehusaba a pensar que de un momento a otro tenía que alistar esa salida.

Transformada en mi tormento y a la vez en mi gran pasión, la política me definía, habiendo sido la toma una herida profunda que marcaría un antes y un después en mi vida. El compromiso ciego de los naranjos, el apego a mis valores personales y el apoyo familiar eran lo que me sostenía ahora en momentos de duda. Aunque estaba rodeada de muchos que reafirmaban mis convicciones, no podía eludir que ese vaivén también era un ahogo. “La política es sin llorar”, me repetía una y otra vez.

- La segunda cosa que quiero pedirte es un poco más compleja - rió nervioso Palma -. Todas las directivas gremiales tienen como gran objetivo ganar las elecciones Feuc en noviembre, ¿cierto?
- Supongo que en estos tiempos es un poco distinto, es pasar a segunda vuelta - continué.
- Nuestra directiva se lo tomó así, que seamos nosotros y no Solidaridad quien enfrente a la Nau en segunda. Por eso es que uno intenta contar con los candidatos más competitivos para ese fin, encima tomando en cuenta de que Maida Lira irá a la cabeza de los solidarios.
- Buena carta, pero es una apuesta. Aunque es conocida por todos, puede generar muchos anticuerpos - comenté.
- Y considerando que tenemos a muy buenos posibles candidatos para la lista y que has hecho un buen trabajo como consejera, yo veo que hay probabilidades de retomar el liderazgo en el sector y disputar la Feuc en serio - señaló Palma decidido.
- Siempre he sido muy escéptica...
- Es díficil, lo tengo claro, pero creo que este es el año para dar la pelea. Por eso quería hablar contigo - replicó él -. Me he reunido con muchos del equipo y todos concuerdan en que solo podemos lograr ese sueño si se cumple una importante premisa.
- ¿Y cuál sería esa premisa?

Un silencio cómplice que adelantó mis sospechas. Ignacio no titubeó y con una sonrisa se atrevió a ser directo.

- Que seas tú nuestra candidata a presidenta de la Feuc a final de año… ¿Lo habías pensado?

Sí, no era la primera vez que escuchaba esa propuesta. Después del 25 de mayo, un par de gremialistas comenzaron a difundir la idea. Al principio a través de comentarios medio en broma y después, frases acompañadas de argumentos halagadores. Que toda la Universidad me conocía, que conmigo tendrían una lista perfecta y que era la única que sabía cómo ganarle a la Nau.

No había tomado tan en serio las insinuaciones hasta que gente externa al MG me comenzó a preguntar. Las buenas intenciones de los gremiales más ilusionados se estaban convirtiendo en un verdadero rumor que había cruzado las fronteras naranjas.

- Palma, estás loco - le dije con pudor -. Sabes que no ha sido un año fácil para mí.
- Es mi deber al menos intentarlo - se excusó.
- No puedo ser tu candidata, Ignacio. Quiero terminar este año tranquila - señalé sarcástica, como si lo dicho por él fuera algo irrisorio.
- ¿Es un “no” cerrado? ¿Qué puedo hacer para convencerte? - retomó con insistencia.
- Lo único que me es factible prometer es que lo pensaré, pero no esperes que la respuesta cambie. Si soy sincera, no tienes *chances*.
- Tengo casi todo un semestre para lograr lo imposible - sugirió desafiante Palma.

A pesar de que las puertas para considerar su propuesta permanecían de momento cerradas, sabía que mi respuesta tenía que dejar espacio para que Ignacio lo intentara. Era una jugada no planeada, pero muy sagaz: solo así la Consejería podría seguir siendo el foco de atención de los

gremiales hasta fin de año.

En el fondo, me angustiaba tener que considerar que, realmente, el cargo de consejera duraba bastante menos que un año. Terminado el primer semestre, eran los posibles nuevos candidatos quienes, con su figuración, dirigían el interés del público hacia su posicionamiento en vez de la gestión de los actuales representantes.

Era una muerte paulatina que finalizaba las últimas semanas de septiembre, mucho antes del cambio de mando. Seguiría funcionando, por supuesto, mas nadie estaría pendiente. Con la promesa de que iba a pensar la propuesta, la fecha de vencimiento de la Consejería se extendía al menos hasta que tomara una decisión.

Había sufrido tanto en el año que no podía permitirme una pérdida de relevancia al aproximarse mi salida de la Universidad. Si mis conocidos me habían abandonado y las mujeres dado la espalda, ya solo me sostenía el gremialismo. Desterrada y sin poder huir de lo que creía mi destino en la causa, me obligaría a pensar una última embestida: si ya lo había pasado mal, entonces que valiera la pena hasta el último segundo.

Los resultados de las negociaciones

El lunes 28 de mayo llegué a la Universidad minutos después de una intervención realizada por los chicos de la Contratoma temprano en la mañana, en el frontis de Casa Central. Con pancartas y lienzos, alumnos se habían organizado para exigirle a las autoridades y a quienes estaban en la toma el inmediato desarme de la ocupación.

Pese a que encontraba atractiva la idea de participar en la protesta, opté por no asistir. Creí apropiado que la oposición al Mafi no solo tuviera mi rostro o el de Magdalena Lira. Teníamos que parecer varios y distintos.

“¿Alguna novedad con la toma?”, me preguntó por teléfono un periodista. Le mencioné que era seguro que este lunes se bajaba, que al parecer habían acordado algunos puntos el domingo y que hoy la asamblea iba dirimir. La información que tenía provenía de Bárbara, quien estaba incluida en grupos de Whatsapp de las asambleas de mujeres. Aún así, nada de lo que se decía era muy oficial. Los datos no eran fidedignos, la mayoría se gestaba en base a un rumor y, a veces, del rumor que provenía de otro rumor.

No había claridad sobre los acuerdos mismos, pero sí en que sería imposible que todo el petitorio fuera acatado por Rectoría. Había puntos que contravenían principios católicos, por lo que inherentemente Ignacio Sánchez no daría mano a torcer. En eso sí que era estricto.

Pero el asunto también era político y, al respecto, el rector podía transar. No le debía nada a ningún movimiento y menos al gremialista, el cual desde mayo se había convertido, para una parte importante de la comunidad, en un grupo de villanos. Sabía también que no estaba en nuestro ADN atacarlo, por ende no tenía que redimirse con el MG. Debía entonces dialogar con los rebeldes, pues solo así saldría airoso en la contienda.

Un cuarto para las diez de la mañana, los representantes recibimos un correo de parte de William Young, director de Asuntos Estudiantiles, que llevaba como asunto la frase “Urgente: citación a instancia de diálogo”. En el mensaje se mencionaba que a la una de la tarde debíamos acudir al auditorio de Ciencias Biológicas para conversar sobre la ocupación y aclarar ciertas dudas.

Llamé por teléfono a William, quien además era participante en las conversaciones con las voceras del Mafi, para poder adelantar informaciones. Su disconformidad con la toma era notoria, pero debía mantener su rol de mediador para que la UC retornara a la normalidad. Éramos muy cercanos y lo conocía desde cuando yo había sido consejera académica. Con esa confianza, le pedí que me contara sobre los puntos de acuerdo y a qué hora creía que los

estudiantes comenzarían a desocupar Casa Central. Young accedió sin problemas a despejar incertidumbres.

Sobre medidas a corto plazo, mencionó en primer lugar la regularización del pago de deudas a las trabajadoras de aseo del Campus Oriente, y consiguiente desvinculación de la empresa subcontratista Domínguez-Domínguez. En adición, que el rector iba a comprometerse a tener una reunión con Marcela López para así mejorar las relaciones de la institución con la ex secretaria. Y tercero, que se les permitiría a los alumnos transgénero usar su nombre social en listas de curso y en la credencial universitaria, además de publicitar la ubicación de los baños neutros[45].

En cuanto a lo propuesto para mediano plazo, uno de los acuerdos más importantes sería la generación de mesas de diálogo en razón de dar respuesta a los puntos generales del petitorio. Estas mesas, que estarían compuestas por estudiantes, académicos y funcionarios de la UC, serían *vinculantes*, es decir, que las decisiones más determinantes allí tomadas pasarían directamente a votación en el Consejo Superior.

Memoricé como pude los acuerdos que William me nombró y le agradecí por su ayuda durante estos días.

- Sabes lo que pienso al respecto - hizo una pausa -. Todo esto hubiera terminado antes si tú y Francisco hubieran empoderado al Consejo Feuc para tomar cartas en el asunto.

Terminada la llamada, corroboré su información con los datos que manejábamos con Bárbara y Pía. Ahora conocíamos los puntos generales cedidos en las negociaciones, mas no queríamos aventurarnos a pensar cómo sería la recepción de estas medidas en la comunidad universitaria. ¿El mundo nos vería como los grandes perdedores del mayo feminista?

¿A qué le tienes miedo, Javiera?

Después de la propuesta de Ignacio para ser la candidata del gremio a presidenta de la Federación, las invitaciones a reuniones y a fiestas de parte de su círculo político de confianza fueron cada vez más frecuentes. Era un mundo nuevo para mí. Cuando quise postularme a consejera superior, había logrado mover piezas desde una posición mucho más humilde, casi desde el exterior. No estaba acostumbrada a estar cerca de la órbita de quienes tomaban las decisiones en el gremio y de un instante a otro me encontraba en el centro del sistema.

El cargo de consejera no era sinónimo de poder y solo empecé a darme cuenta al percibir movimientos fuera de mi campo, pero que se relacionaban con mi figura. No se trataba de presiones como las que había sentido semanas previas a la toma, esas que me exigían una respuesta abierta a mis alternativas. No. Eran puntadas tenues, casi imperceptibles, que trataban de aturdir mi lado más racional.

Aquella era una estrategia muy atrayente para mi ego, lo que la hacía incluso más peligrosa. Por un lado, no podía escoger un camino cegada por una ambición. Por otro, tampoco me relajaría a sabiendas de que la decisión de ser nuevamente candidata no iba a ser puramente mía, sino que sería una consecuencia lógica de una buena maniobra política.

Bárbara también veía utilidad en el repentino interés de Palma y su círculo en que yo me habilitara para las elecciones. Si el final de la Consejería era anticipado, la posibilidad de influencia en el Movimiento igual. Nuestra capacidad para mantener pendiente al equipo hasta tomar una decisión podría traducirse en tener a todos apoyándonos en lo que fuera necesario para sacar adelante los proyectos que quedaban.

Mi candidatura también implicaba tener acceso al verdadero poder dentro del MG, espacio que también a ella le era ajeno. Durante el año Bárbara se había convertido en mi *Pepe Grillo*, por tanto, si yo tenía la *chance* de navegar por esas redes, ella sería voz autorizada para incidir directamente.

En mi vereda, el riesgo estaba en que, si llegaba a quedarme en primera vuelta, no solo perdería la elección, sino que también la gente cuestionaría aún más el trabajo hecho como consejera. Eso era lo que más atesoraba y en esta propuesta debía abandonar todo sin seguridad de nada.

Para Biskupovic, en cambio, el costo estaba en consentir que su amiga viviera nuevamente una exposición tan fuerte como la de mayo. Pese a que la experiencia nos había facultado para aguantar cualquier tormenta, la realidad era que Bárbara no quería verme sufrir otra vez.

Felipe, quien para ese entonces ya había vuelto a Chile tras su intercambio en China, veía con desconfianza cómo de a poco me acercaba a la idea. Quería protegerme al igual que Bárbara, con la diferencia de que él ya estaba fuera del mundo gremial. A pocas semanas de volver al país se había puesto a trabajar como periodista, así que podía evaluar los hechos en frío.

Cuando hablamos seriamente sobre la idea, me dijo que las probabilidades de ganar eran bajas. Pensaba que, a estas alturas, una candidatura era un compromiso innecesario, uno muy distinto al asumido en la postulación a consejera superior. Ahora, la elección no iba a ser tan personalista, y aunque ese fuera el caso, tampoco contaba con el apoyo de Comunicaciones. Que no lo hiciera, que la aventura me iba a salir muy cara.

Al pasar las semanas, la indecisión comenzó a ser más evidente. Me negaba, por supuesto, a asumir públicamente que la propuesta de Ignacio era un camino que se dibujaba cada vez más factible. Era difícil fingir que no estaba interesada.

De a poco mis reflexiones empezaron a ser más pasionales, motivadas por ver la efervescencia que causaba en el equipo la idea de que su consejera se asomara como opción para presidir la Federación.

- ¿A qué le tienes miedo, Javiera? Tú quieres ir de candidata - me increpó Cristóbal García en una junta informal de gremiales, días después de la propuesta de Ignacio.
- Mira, ni siquiera sé si puedo presentarme. No me quedan ramos en la carrera - contesté nerviosa.
- Sabes que lo de tus ramos es solucionable ¿Por qué te cuesta tanto admitir que te gustaría estar de vuelta como centro de atención? - rió sarcástico.
- No ha sido un año fácil, Cristóbal. Si no fuera porque le grité a las de la toma, ni siquiera me considerarían como opción - contesté muy seria-. Esto nunca termina, siempre se trata de ganar espacios y cuando creo que al fin lo he logrado, nuevamente ustedes me ponen a prueba.
- Con todo lo competitiva que sé que eres, creo darme cuenta de que lo tuyo es mero terror a perder - sugirió García.
- He perdido muchas veces, no se trata de eso…
- Claro que sí, solo que ahora es diferente. Si fracasas será frente a trece mil personas, y tú eres orgullosa. Pero si ganas…
- Tengo la oportunidad de terminar el periodo habiendo hecho un buen trabajo, ¿por qué arriesgaría todo? - interrumpí.
- Solo quiero que sepas que si triunfas, habrás demostrado que, siguiendo tus convicciones, te mantuviste en el lado correcto de la historia - resolvió Cristóbal.

Camino al final

A mediodía del lunes 28, Paz Rivas, coordinadora de la Consejería, tocó la puerta de la oficina. Ella me había pedido unos días para pensar su continuidad en el equipo en la reunión con los demás coordinadores, a lo que yo accedí. Con Bárbara y Pía llevábabamos un buen rato en el despacho criticando el resultado de las negociaciones revelado por William Young, así que la

llegada de Rivas a nuestro espacio fue muy incómoda. Mis dos amigas prefirieron no unirse al encuentro y salir un rato del despacho, estaban molestas por la actitud vacilante que había tenido ella en mi casa.

Yo tampoco quería estar con Paz. La inseguridad que proyectaba respecto a su permanencia en la Consejería me hizo comprender que tampoco podía sugerirle que continuara conmigo. Fui cortante, esperando que la mujer comprendiera que no era el momento para fingir que todo seguía igual.

Luego de explicarme que no podía defender a su consejera de las habladurías del Whatsapp de la Asamblea de mujeres, supe que la plática había llegado a su fin. Nos despedimos cordialmente, volví a cerrar la puerta y me desahogué con mis guardianas.

Cerca de la una partimos las tres al auditorio de Ciencias Biológicas para asistir a la reunión de diálogo propuesta por la DAE. Demoramos un poco en encontrar el lugar, por lo que al llegar ya se hallaban sentados consejeros académicos, territoriales y centros de alumnos. Luego de unos minutos prudentes de espera, todos ellos llenaron de preguntas a William y a su equipo.

"¿Qué puntos del petitorio serán recogidos por Rectoría?", "¿Es cierto que hubo amenazas de muerte al grupo de la toma de parte de la Contratoma?", "¿Habrá sumario para quienes participaron en la ocupación?", eran algunas de las dudas que de a poco comenzaron a sobrepasar al equipo DAE.

Respondieron, sin demasiadas certezas, pues todavía había cuestiones sin resolver. Los cuchicheos entre representantes eran notorios, probablemente porque ninguna contestación los satisfizo del todo. Los datos que corrían habían generado expectativas sobre los acuerdos en quienes apoyaban al Mafi y por supuesto, también eran objeto de temor en los alumnos más conservadores.

La conferencia duró muy poco. De un momento a otro William abandonó el auditorio al recibir una llamada. "Parece que van a bajar la toma", se oyó en los susurros de los alumnos del auditorio. Enseguida, los presentes comenzaron a mirarse intentando descifrar si era prudente abandonar el espacio. "William tuvo que marcharse, pero me acaba de escribir. Van a bajar la ocupación ahora", afirmó una de las funcionarias de la Dirección, anticipándose al éxodo del público. Con el anuncio, la mujer había autorizado de manera implícita el abandono del auditorio. Al igual que todos los presentes, con las chicas tomamos nuestras cosas y salimos de Ciencias Biológicas.

En el patio nos encontramos con varios alumnos de la Contratoma que prefirieron quedarse en Derecho antes que asomarse por el frontis. Desde luego que era una reacción comprensible; nada bueno resultaría del público cierre de cuatro días de resistencia. Yo, en cambio, quería ver el desenlace de la ocupación con mis propios ojos. Autoflagelante, necesitaba vivir el momento en que esos estudiantes abrieran las puertas de la Alameda con un triunfo político sobre sus hombros. Mi corazón quería seguir aprendiendo de frustraciones, quizás para nunca olvidarme de un dolor tan injusto.

Pasamos a dejar las mochilas y cerramos la oficina de la Consejería. A paso rápido nos dirigimos hacia el frontis junto a un pequeño grupo de gremialistas que buscaban incomodarse al igual que nosotras. El acto ya había comenzado, pero como la información no nos llegaba de inmediato, era difícil ser puntual.

Temía porque alguien nos gritara. Íbamos directo hacia un tumulto de personas en la Alameda, en su mayoría simpatizantes del movimiento feminista, quienes no dudarían en enfrentarse ante la más mínima percepción de una provocación. Incluso mi sola presencia era motivo suficiente para responder por la fuerza.

Pía continuaba con un esguince en uno de sus pies, por lo que a ratos nos solicitaba a Bárbara y a mí que bajáramos el ritmo de la marcha. No era una petición simple, porque en la misma dirección decenas de alumnos iban también a presenciar el esperado final de la toma. Debíamos llegar rápido antes que cualquiera de ellos reaccionara de mala forma en el camino.

Al tiempo que acortábamos la distancia hacia la Alameda, los estudiantes nos miraban curiosos y sus murmullos eran perceptibles a pesar del ruido que provenía de las calles. Hablaban de la Contratoma, hablaban de los gremiales y hablaban de mí. “Nunca nos dejarán en paz”, les dije molesta a mis amigas.

Una buena razón para reconsiderarlo

Uno de los jefes de campaña del MG para las elecciones, Raimundo Hurtado, el mismo de la Contratoma, me había solicitado una reunión a principios de julio. Llegado el momento, nos juntamos en la oficina de la Consejería y allí me pidió con urgencia que tomara una decisión con respecto a mi candidatura.

El proceso de inscripción de ramos se iniciaba en menos de dos semanas más y si no anotaba un curso, no tendría el estatus de alumna regular necesario para presentarme a las elecciones de Federación. Ya había llegado la hora de zanjar la ruta de los próximos meses y lo que antes parecía una extravagancia, hoy era un proyecto que estaba evaluando en serio.

Mi cabeza tenía muy patentes las desventajas del asunto. No había que ser un intelectual para darse cuenta de que aceptar el desafío era lanzarse a un precipicio. Yo generaba casi los mismos anticuerpos que Magdalena Lira, mas el odio que la izquierda le tenía al gremio era mucho mayor que el que producía Solidaridad.

Ya no sería un valor la percepción de *facha alternativa* que muchos habían tenido de Javiera Rodríguez. Ahora el mundo conocía mi faceta más confrontacional y política; y en una universidad en donde el progresismo había acaparado gran parte de los espacios hacía una década, era difícil ser competitiva considerando mis antecedentes.

En adición, y tal como lo había sugerido Cristóbal García, efectivamente estaba coartada por el miedo a perder. Me sentía tan satisfecha de haber llegado a ser consejera superior por mérito propio, que temía defraudarme a mí misma si no lograba pasar a segunda vuelta en esta elección. Sería una campaña donde todos hablarían de la ambición de la gremialista, de su sed de poder, de lo ridícula que se veía creyendo que tenía *chances* de ganar. Recordaba las pifias en los patios y los firmantes de la carta de Comunicaciones y mi estómago se revolvía.

Pocos días después de que la toma se bajara, sufrí burlas y encontrones en los campus. En mi memoria estaba muy latente una experiencia de aquellas, como en San Joaquín, cuando un grupo de cinco alumnos se había detenido sospechosamente a tan solo unos metros de distancia de mí. Los chicos me gritaron, advirtiéndole a todos los alumnos que estaban alrededor sobre mi presencia. Nerviosa, apresuré el paso para alejarme de ellos y poder zafarme lo antes posible sin armar escándalo. Próximo a la salida del campus, otro grupo de tres chicas también me había identificado.

- ¡Sal de aquí Rod Jav! ¡Nadie te quiere cerca! ¡Corre! ¡Ándate de la Universidad! - gritaba una de las tres mujeres. Las otras dos se rieron a carcajadas, apuntándome a la vista de alumnos que ingresaban y salían de San Joaquín, además de unos trabajadores que estaban en huelga por ahí.

Mis hombros estaban encogidos y mi rostro apuntaba hacia el suelo. Giré un poco mi cuerpo para poder ver los ojos de la chica. Nunca olvidaría ese encuentro. El tiempo se detuvo unos segundos para estremecerme completo. Me había quedado sin habla y mi respiración había cambiado de ritmo. Eran miradas vacías, sin culpa y sin vergüenza. Miradas distantes y

agresivas, mujeres que me juzgaban como si yo fuera muy diferente a ellas, incluso en esencia.

No podía olvidar la vehemencia de sus ojos, ni tampoco podía olvidar el haber sentido que me quemaban viva. Cada vez que me imaginaba aceptando la propuesta de Ignacio, los ojos de odio se multiplicaban por miles en mi mente. Me veía ardiendo en cada tropiezo, en las dudas, en mis defectos. Ya no era como antes. No iba a tener espacio para aprender de los errores.

- Sé que con ningún argumento racional podré convencerte, porque ya conoces cómo funciona esto - insinuó Raimundo en la oficina -. Esto va más allá de lo que puedas ganar tú con la candidatura. Se trata de las mujeres del Movimiento Gremial que verán en ti un ejemplo para dar la pelea en política. Se trata de que en el futuro se presenten más consejeras y presidentas del gremio. No es sobre perder o ganar, sino de pensar esto como un proyecto a largo plazo.

Sin quererlo, Raimundo había encontrado mi punto débil y no podía quedarme impávida frente a lo que internamente al fin me estaba perturbando. ¿Y si perdía? ¿Y si ganaba? ¿Algún resultado importaba realmente luego de la arista que acababa de abrir Raimundo?

Le dije al jefe de campaña que me volviera a hablar después de un viaje que había planificado al campus Villarrica. Que ahí me tomaría unos momentos para pensarlo bien, quizás durante el tramo en el bus o luego de las reuniones con las autoridades del campus. Que me diera un tiempo, que realmente necesitaba hacer una pausa.

La puesta en escena

Los periodistas se agolparon próximos al ingreso central de la Universidad por la Alameda. No era tan fácil identificarlos, había muchos alumnos que también sacaron sus celulares para grabar. Los camarógrafos se quedaron unos metros más atrás intentando acomodarse en medio de tanta gente.

En total, la vereda sur de la avenida estaba ocupada por aproximadamente doscientas personas que habían guardado un poco de su tiempo para alcanzar a llegar al frontis y esperar a que sucediera algo histórico. Incómodas, Pía, Bárbara y yo llegamos al lugar junto a grupo de gremiales y nos ubicamos alejados del epicentro. Por fortuna pasamos desapercibidos, ya que la gente tenía puesta su atención en los confusos movimientos de la puerta principal del campus.

Algunos chicos presionaban al resto para moverse y así dejar espacios libres alrededor de la escalera del acceso para que los de la toma pudieran salir. La puerta se abría de vez en cuando y por breves instantes con el objeto de que quienes se encontraban dentro, pudieran evaluar el panorama y coordinar el despliegue. Los minutos pasaban y los asistentes se mostraban notoriamente inquietos. Una mano se asomó en la estrecha abertura que había en la entrada indicando que todo ya estaba listo. Finalmente, la puerta se abrió de par en par ante el fervor del público.

Dos mujeres nerviosas salieron del interior del edificio y bajaron los escalones contiguos. La gente comenzó a aplaudir y ellas sonrieron. Los medios acercaron sus cámaras y micrófonos para captar sus palabras. “Necesitamos espacio”, solicitaron los acompañantes de las jóvenes; querían avanzar aún más hacia la calle.

Como había tanta gente, las mujeres no se veían. Entre idas y vueltas, desde el interior de la toma les mandaron tres sillas para que las portavoces del Mafi y un intérprete de lengua de señas pudieran subirse. Sonaron aplausos y las chicas levantaron sus puños.

- Nosotras somos las voceras del movimiento feminista y disidente de la Universidad Católica. Yo soy Dominga Parraguez - habló una de ellas, quien tenía el cabello teñido de rojo.
- Mi nombre es Catalina Cabello y soy estudiante de sociología, una de las voceras de San

Joaquín - se presentó la otra, con pelo largo.

- Vamos a empezar con el comunicado - la primera sacó su celular y comenzó a leer.

En la mitad del texto, continuó la segunda.

"Compañeres, hoy se cumplen cuatro días épicos de trabajo y organización dentro de Casa Central. En contexto de una movilización nacional nos juntamos, nos conocimos, nos organizamos y aprendimos en un proceso que dio como fruto una organización política firme. Ha sido un arduo trabajo. Se ha avanzado, pero falta mucho aún.

En la reunión sostenida ayer en la tarde, logramos tres puntos básicos, los cuales fueron aceptados por el rector Ignacio Sánchez y que se están realizando en estos momentos.

Punto uno. Las mujeres más precarizadas de la UC son las trabajadoras subcontratadas debido a ese sistema de contratación. En el Campus Oriente existen trabajadores y trabajadoras subcontratadas a las cuales no se les ha pagado un número extenso de horas trabajadas desde enero hasta la fecha. Además, el Bono UC no ha contemplado derechos básicos cubiertos por la empresa, como derecho a huelga y licencias médicas. En este momento se están regularizando los pagos y pidiendo disculpas públicas a las afectadas y se modificará la naturaleza legal del bono para que cumpla los derechos mencionados.

Punto dos. Con respecto a nuestra preocupación por la violencia de género y sexual que ocurre en todos los estamentos de nuestra comunidad, no se accedió a las disculpas públicas solicitadas para Marcela López quien ha sufrido violencia intrafamiliar por parte de Martín Chuaqui, académico de nuestra universidad, y quien no ha recibido apoyo suficiente por parte de la institución. Sin embargo, el rector accedió a conversar directamente con ella y dar las disculpas respectivas.

Este punto, si bien nos parece un buen comienzo, sigue siendo deficiente pues no soluciona los problemas estructurales en casos de violencia de género ya que Chuaqui sigue realizando sus labores dentro de la Universidad al igual que otros académicos que han incurrido en acciones similares.

En cuanto a nuestras demandas del protocolo de violencia sexual de la UC que no contempla una perspectiva de género y que tiene una orgánica muy deficiente, con mecanismos de sumario de más de ocho meses, en donde no se reconoce la figura de la denunciante y que no acompaña ni psicológica y ni jurídicamente a nuestres compañeres, se acordó reconocer el inicio de una reformulación de este protocolo. También se hará un barrido de casos de abusos desestimados, ofreciendo nuevo apoyo psicológico para las y los afectados. Consideramos que esto no es suficiente puesto que las autoridades garantizaron la atención psicológica de dos profesionales por ahora, lo que es insuficiente considerando que hay más de cuarenta casos de denuncias de abusos solo en este año.

Punto tres. En relación a la falta de reconocimiento por parte de académicos y estudiantes a nuestres compañeres trans que se han visto repetidamente discriminados, el rector se comprometió a reconocerlos e incluirlos de manera oficial al permitir que las listas de asistencia y la tarjeta estudiantil lleven su nombre social. Además, se ha prometido la habilitación de baños neutros e inclusivos en todos los campus.

Si bien estamos felices de haber avanzado en nuestras demandas y agradecemos fuertemente el apoyo social, sabemos que estos tres puntos son mínimos, y queda mucho por avanzar. La Universidad Católica es una de las principales cómplices de la violación de los derechos de la mujer, lo que se ve reflejado en que continúa en pie la objeción de

consciencia de la Red Salud UC-Christus respecto al aborto, a pesar de que cerca del 60% del estudiantado votó en contra de esta medida por ser inconstitucional y responder a un conservadurismo obsoleto.

También es inaceptable la presencia de académicos, funcionarios y estudiantes que ejercen violencia sexual y de género que hoy quedan impunes porque la universidad los encubre y no cuenta con mecanismos suficientes para sancionar a los denunciados y apoyar a las y los denunciantes.

Por todo esto nuestra lucha no queda hasta aquí, las movilizaciones seguirán. Seguirán tanto a la interna como fuera de nuestra casa de estudios. Se están organizando mesas de trabajo multiestamentales al interior de la Universidad en las que profundizaremos algunas de nuestras demandas, entre ellas:

1. *Beneficios para madres, padres, curadores y tutores.*
2. *Salud interseccional que respete a personas trans e intersex.*
3. *Equidad de género en cuanto a académicos, académicas, autores y autoras. También nos estamos articulando con otras universidades, secundarias, con sindicatos y organizaciones feministas.*

Este movimiento no pretende quedarse en terreno universitario. No queremos una sociedad neoliberal que contemple la equidad de género de forma superficial. Queremos ser parte de la construcción de una nueva sociedad feminista, con perspectiva de clase, donde exista igualdad de derechos para todas las personas.

Compañeros, amigas, hermanas, madres, abuelas, hijas y disidentes, las invitamos a no bajar los brazos, a seguir en esta lucha. Las invitamos a sumarse a la movilización donde el primero de junio y el seis de junio, hay movilización y huelga nacional. Porque ahora es cuando".

Declaración de acuerdos para el fin de la toma feminista.
28 de mayo de 2018.

El ruido de aplausos y gritos de apoyo se oyeron nuevamente. Las mujeres se bajaron de las sillas y retrocedieron hacia la toma sin responder las preguntas de la prensa. En el umbral de la puerta y vestida de amarillo estaba Macarena Maggi, una de las principales representantes de la toma. A su lado, el rector Ignacio Sánchez, a quien prontamente los asistentes le gritaron insultos. La autoridad se mantuvo imperturbable.

- Queremos dar con este acto fin a la toma y así dejar en claro que las conversaciones no quedan aquí - señaló Maggi muy seria y con dificultad entre los gritos de la gente -. Este movimiento no se detiene con la baja de esta toma. La lucha está comenzando. Las conversaciones siguen y continuaremos trabajando.

Luego de las palabras de Macarena, un parco y protocolar abrazo entre ella y el rector graficó el final de la tercera toma de Casa Central en los ciento treinta años de la UC.

Reflexiones en Villarrica

Era el segundo viaje que hacía a Villarrica en menos de una semana. Mi cuerpo estaba molido por todas las horas de trayecto en bus y por lo mucho que me despertaba en la noche con los ronquidos de los pasajeros.

Mi equipaje de mano era compacto y pesado, contaba con ropa de cambio, mi computador y el libro "Escritos personales" de Jaime Guzmán, el cual había quedado guardado en uno de los

bolsillos de la mochila desde el viaje anterior al mismo campus. “Quizás ahora este libro sí me dé alguna respuesta”, pensé con ironía al decidir llevarlo por segunda vez al sur.

Ocupaba las noches santiaguinas en la Consejería, pero en estos viajes solo me ponía los audífonos y escuchaba música. La promesa era pensar la propuesta, sin embargo, por mucho que me aislara de todos, distanciada cerca de ochocientos kilómetros de la rutina, sabía que un solo día iba a ser insuficiente si no forzaba el análisis. Debía sentarme a reflexionar absorta hasta encontrar la respuesta, incluso si eso significaba recorrer mis profundidades más ocultas.

Llegué al terminal en la madrugada, con un cansancio que me impedía reaccionar con prontitud a pesar del frío. El sol, que apenas se asomaba, alumbró modestamente mi trayecto hacia el edificio de la Universidad ubicado muy cerca del lago Villarrica

Me dirigía a una reunión con la coordinadora de pregrado, profesores y alumnos para poder diseñar una regulación a las ayudantías de los cursos del campus y luego redactar un reglamento que las normara. Los días anteriores había recolectado información del funcionamiento de los sistemas de ayudantías de distintas unidades académicas, así que, al concretarse, el comité terminó siendo una mesa de trabajo muy productiva.

Cerca de la una y media, almorcé con la chica que me había advertido de este problema la semana pasada. En aquella ocasión, la joven se había acercado a mí para pedir que les echara una mano como consejera. Conversamos harto. Me contó que había sido territorial hace unos años por la Nau en Santiago, renunciando al movimiento después de un tiempo por diferencias ideológicas al considerarse ella más de izquierda aún.

Me gustaba que personas de otros sectores me pidieran consejo pues, de alguna u otra forma, gracias a esa transversalidad yo era representante. Después de la ocupación, mucha gente había cortado relaciones conmigo y la Consejería, y el que ella confiara en que podía servirle por sobre todo escándalo, me ilusionaba. Esa era mi naturaleza más sincera y volver a ponerla en práctica era reconfortante.

En unas cuantas horas juntas, con la chica nos hicimos muy cercanas. Le sugerí salir a recorrer Villarrica, todavía me quedaba tiempo en la región para aprovechar. Quería despejar mi cabeza y tomar una decisión más pura sobre la candidatura.

Caminamos unas cuadras cerca del campus hasta que se me ocurrió preguntarle por una iglesia. Me imaginaba que si me acercaba a esos sitios, Dios me daría una señal, como lo había hecho otras veces. A esa hora, ninguna de la zona próxima estaba abierta al público, así que tuve que cambiar de plan.

- Mejor vamos al lago, una amiga mía me dijo que nos podía acompañar - recomendó ella -. No hay mejor lugar para pensar, si es eso lo que necesitas.

Nos devolvimos al edificio y partimos hacia el lago, que quedaba a tan solo unos metros de distancia. Bajamos a la orilla y nos aproximamos al muelle que estaba casi en su totalidad sumergido por la subida de la marea. Oportunamente tenía puestas botas de agua para pisar sobre él, así que no dudé ni un segundo en avanzar hacia el fondo.

- ¡Ahora que camino sobre el agua, soy como Jesús! - le grité a las chicas desde la mitad del muelle antes de que el agua sobrepasara el límite de mis botas y mojara mis calcetines. Ellas se rieron y me tomaron muchas fotos.

Dejé de ser consejera y candidata. Un instante a solas, yo y lago, el muelle y el escueto bosque de sus orillas. ¡Qué ganas de no haber tenido un nudo en mis pensamientos y perderme en los confines del agua, aunque estuviera hecha un témpano!

Luego de unos minutos de cháchara, las chicas me fueron a dejar al campus. Oscurecía y la temperatura empezaba a bajar.

- Ojalá el paseo te haya servido para ver las cosas con más claridad - me dijo la ex territorial. - Eres una mujer *power*, de seguro llegarás a resolver lo que te tiene tan inquieta.

Nos despedimos con un abrazo y las chicas continuaron caminando hasta que se alejaron totalmente de mi vista. La hora de partir estaba próxima y aún no tenía conclusiones.

La sentencia

Para mi suerte, recordé que en el subterráneo del edificio de Villarrica había una capilla. Agarré la mochila y bajé con calma las escaleras. Antes de la puerta de entrada se erigía un busto de San José de Calasanz, santo que coincidentemente era el patrono de mi colegio.

La capilla era pequeña y estaba vacía. En la esquina superior izquierda, una ventanita en forma de cruz dejaba entrar la poca luz que había a esa hora en el exterior. La lobreguez ayudaba a mi concentración, tenía que poner todo de mí para que esto resultara. Pasaron algunos minutos hasta que cerré los ojos y en voz alta rogué por una respuesta.

Nada. No sentí nada.

Algo en mí no estaba funcionando, de modo que intentaría otra vez. Acercándome al frente, a la figura de la Virgen, pedí una señal.

Nada. No sentí nada.

Volví a sentarme en las bancas de atrás. Abrí la mochila y saqué el libro de Guzmán. “¿Esto estará permitido?”, pensé nerviosa. En el lugar solo estaba yo, mas volví a mirar a mi alrededor por si las dudas.

Hojeé el texto, buscando en sus páginas algún fragmento que pudiera iluminarme. Tenía en el olvido su historia, y en mi cabeza solo guardaba aspectos generales de su vida. Si la fe no iba a ocupar mis últimos minutos en el sur, quizás lo haría la esperanza de hallar la solución entre párrafos.

Me remití a escarbar en las partes en las cuales Jaime hablaba de su paso por la Universidad Católica. El fundador del Movimiento Gremial había vivido como alumno la primera toma de Casa Central, casualidad muy oportuna para encontrar una guía. Así, de los cinco capítulos de la primera parte de *Escritos Personales*, me enfoqué en el segundo, titulado como “Universidad y gremialismo”.

Mientras avanzaba en la lectura, las coincidencias con el presente me parecían impactantes. El contexto, claro, era distinto. En aquel entonces se había generado en la UC un movimiento reformista, que buscaba modificar la estructura de gobierno en la Universidad. Era 1967 y la Federación, encabezada por el demócrata cristiano Miguel Ángel Solar, tenía un rol protagónico en el proceso.

Guzmán declaraba en sus líneas que percibía en ese movimiento “un sesgo anarquizante y desquiciador con el cual no cabían transacciones ni componendas” y que era necesario enfrentar con una fuerza interior nacida de principios sólidos y de ideales contrarios a los sueños revolucionarios.

Él había logrado capturar de manera precisa lo que yo había sentido ese viernes 25 de mayo. Un impulso a oponerme públicamente a la toma gestado desde mi espíritu perturbado por aquello que estaba fuera de su control. “Acaso advertíamos con sentido generacional nuevo que, tras la anarquía, emergería la amenaza totalitaria sin caretas ante la cual sería imperioso dar forma a una fuerza vigorosa e indomable para combatirla”, escribía el senador muy acertado. Cincuenta y un años después, el mismo poder conminador empezaba de nuevo a quitarse las máscaras.

En definitiva, no era solo el acto de oposición a un evento puntual, como lo había sido en ambos casos la ocupación de Casa Central. Alzar la voz frente a lo que en distintas épocas

habíamos considerado injusto y violento significaba contraponerse a un sistema tirano y sanguinario. Eran grupos que transformaban sus verdades en mandamientos estrictos, sin reconocer ninguna estructura anterior.

Podía notar que se repetía la historia de forma evidente, y mi corazón agitado era la prueba indiscutible de mis ansias por desenmarañar el asunto. ¿Qué había hecho Jaime después de ese agosto de 1967? Sentada en las banquillas de la capilla, me devoraba las páginas intentando anticiparme. Le estaba pidiendo consejos a un fantasma, sin saber si acaso yo tendría el coraje para asumir un camino similar.

De pronto, detuve la lectura apresurada y repasé con desconcierto lo que habían recorrido mis ojos hasta percatarme que uno de los párrafos dictaba una reveladora sentencia: Jaime también lo había intentado.

> *"En ese cuadro, creímos indispensable presentar una lista gremialista para las elecciones de FEUC correspondientes a la sucesión de Miguel Ángel Solar, en octubre de 1967, que decidí encabezar como candidato a presidente. Tenía el convencimiento de que enfrentar a una revolución estudiantil a sólo dos meses de su triunfo avasallador, carecía de toda posibilidad de éxito. Pero comprendí también que si en ese instante tan adverso no se ofrecía una alternativa a ella, más adelante resultaría muy difícil que alguien osara levantarla"*
>
> *Jaime Guzmán, Escritos Personales, 1992. Fragmento.*

Cerré el libro de inmediato y lo metí temblorosa a la mochila. Apagué las pocas luces de la capilla y después de toparme nuevamente con el busto de Calasanz, subí con velocidad las escaleras.

- ¿Y? ¿Qué decidiste? - me contestó por teléfono Bárbara.
- Te vas a reír de mí, pero me llevé un libro de Guzmán a Villarrica - respondí agitada -. Ahí salía todo tan claro, Bárbara. ¡Ahora no sé qué hacer!
- Ya, tranquila - rió ella -. Cuando llegues a Santiago nos juntamos Felipe, tú y yo a resolverlo.

Las puertas abiertas de Alameda 340

Los gremiales nos quedamos perplejos luego de la lectura del comunicado del Mafi, esbozando comentarios de indignación entre nosotros. Era lo único que podíamos hacer en ese momento. Estábamos solos, cuidando que nadie nos oyera, que nadie nos identificara. Ocultos entre la gente presenciamos el desenlace de una aventura que había durado casi cuatro días, pero cuyas consecuencias se perpetuarían en el tiempo.

Éramos ratas, seres tan indignos que debíamos permanecer fuera de la acción, escondernos. No teníamos armadura ni menos planeábamos contestar. Nos congregamos en la vereda, austeros y heridos, para ver la mejor versión de nuestra derrota. Cumpliendo con la promesa de no rendirnos, podíamos al menos contar con ese consuelo.

Con un fondo de insultos que lo tildaban de "chanta", "encubridor" y "mentiroso", Ignacio Sánchez desapareció con rapidez del cuadro. Las alumnas cercanas a la puerta le pidieron al grupo más próximo a ellas que hiciera nuevamente espacio para dejar salir a los de la toma.

"Mírala que fuerte viene, mírala que fuerte va. Es la lucha feminista, que no da ni un paso atrás. Si tú pasas por mi casa, y tú ves a mi mamá, tú le dices que venga conmigo, que este movimiento no da ni un paso atrás", cantaron a coro hombres y mujeres tomados de los brazos, saliendo del principal portón de Casa Central.

Una cadena humana que se desplegó rauda entre el tumulto de personas que aplaudían con emoción. Se oyeron clamorosamente los agradecimientos y palabras de aliento de quienes, sin

ser protagonistas, estaban en la vereda apoyando al grupo que se había atrevido a realizar semejante hazaña.

Peculiarmente, las mujeres representantes de la Nau, actuales y ex dirigentas Feuc, consejeras territoriales y delegadas, fueron quienes salieron primero de la toma. No importaban ya las rencillas anteriores por quién se iba a llevar el crédito por la toma. La izquierda estaba más unida que nunca y su fuerza siendo demostrada sin tapujos ante nuestros ojos. Ahí afirmada por los brazos feministas cruzaba en cadena Montserrat Toledo. Ahí entre los brazos compañeros salía también Jake.

Después de que atravesaron el umbral los últimos hombres y mujeres de la cadena humana, un grupo se asomó sosteniendo un extenso lienzo escrito a pulso que decía “Esto recién comienza”. Los gremiales estábamos siendo espectadores de una performance casi perfecta y humillante. Una exhibición de poder que con cánticos revolucionarios nos advertía que ya era el momento de retirarnos de la Alameda.

La ocupación había acabado con las feministas victoriosas y, junto con ella, se iría su respuesta más estoica, la Contratoma.

Un brindis

Regresé a la capital más angustiada que cuando me fui. Pasé los días siguientes tratando de evitar hablar el tema incluso con mi familia. Algo sabían del asunto, y yo me negaba a asumir que desde mi viaje a Villarrica las cosas habían cambiado bastante.

- ¿Y lo has considerado realmente? Tiene muchos costos. Imagino que eso ya lo tienes asumido - me dijo Pía en los últimos días de julio, al aparecerse por la oficina en Derecho.

Ella ya estaba afuera del Movimiento, pues recientemente había egresado. Ocupaba ahora el tiempo preparando la tesis y trabajando en su práctica. Aún nos ayudaba como coordinadora de la Consejería y para decisiones complejas era una voz autorizada por haber sido uno de mis pilares del 25 de mayo.

- Yo creo que eres capaz de aguantarte otra campaña- afirmó Pía -. Pero considera que ahora no se trata de ganar, sino de marcar el punto. ¿Vale la pena arriesgar todo por ese fin?

Me rehusaba a darle una respuesta a Raimundo y a Ignacio hasta que hablara de nuevo con Bárbara y Felipe sobre la candidatura. Después de decidirlo con mis amigos, no habría vuelta atrás. El asunto tenía que resolverse sin ambigüedades, ni mañana ni pasado. Era un sí o un no.

“Nos juntamos en mi casa, los tres. Hoy terminamos con esto de una buena vez”, le propuse a mis amigos. Me acompañaron a una presentación de mi hermana y luego, Bárbara, Felipe y yo, nos fuimos a mi casa a discutir. Pedimos pizza y preparamos jugo, asumiendo que sería una conversación larga.

- Felipe, tú sabes que siempre me he opuesto a que la Javiera cometa este tipo de locuras - empezó Bárbara -. Ambas la pasamos muy mal con la exposición, el quiebre de la Consejería y la solicitud de renuncia de Comunicaciones. Pero logramos sobrevivir, ¿no?
- Los tres sabemos que, aunque haga la mejor campaña del mundo, es casi imposible que veamos a una Federación gremialista de nuevo - respondió escéptico.
- Creo que el objetivo de esto ya no es la Feuc - continué yo -. Si ahora tengo algo de disposición es porque entendí que no se trataba sobre mí.
- Si la Javiera pasa a segunda vuelta, ya habremos hecho historia. Imagínate todas esas novatas que en el futuro querrán ser presidentas Feuc o consejeras - retomó Biskupovic

convencida -. La única que puede ganarle a la Maida Lira del gremio es la Javiera. Solo eso necesitamos.

Luego sacó un papel y un lápiz y bosquejó una tabla comparativa entre los posibles candidatos solidarios y sus contrapartes gremiales. La conversación enseguida dejó de ser un terreno de evaluación. Ya nos habíamos convencido.

Felipe, aunque ponía en duda la efectividad del plan, lograba entender que la candidatura no significaba una ganancia práctica. De hecho, podría ocurrir que ni siquiera estuviéramos cerca de ganar algo. Se trataba una apuesta que daría frutos a largo plazo y que situaría a la Consejería Superior 2018 como un equipo marcado por su trascendencia.

- No puedo discutirles en esto - aseveró Felipe -. ¿Por qué no traemos unas copas y brindamos con este humilde jugo por la nueva candidata?

El temor en nosotros se esfumó con el sonar del cristal. Entregamos las almas por completo a la ilusión de creernos los indicados para hacer justicia. Tal vez nadie se acordaría de mí y, si eso llegaba a pasar, de seguro el alarde sería sobre los fracasos y jamás por la hidalguía. Pero debía intentarlo, solo así la conciencia me dejaría en paz. Las decepciones, penas y humillaciones pasarían por nuestras carnes sin dolor. De ahora en adelante, los espíritus soñadores serían motores de las propias revoluciones. Contra todo pronóstico, contra todo obstáculo, la última palabra sería la de una mujer.

Naranjo cúlmine

Las mesas de Agronomía, College Ciencias Naturales y Teología no fueron impugnadas, por lo que, salvada por energías divinas, volvía a competir. El reloj marcaba las cinco de la madrugada y el triunfo aparecía frente a mis narices. Habiendo despejado los embrollos, solo quedaba esperar la voz de la gente.

Los resultados de Ingeniería me tenían contenta, le había ganado a Ariel en su territorio, algo que sonaba imposible. “Él tiene la ventaja de provenir de una carrera muy grande”, me habían advertido algunos gremialistas antes de las elecciones. Por fin podía liberarme de esa carga.

Desde el templo partimos de vuelta hacia el patio de Sociales para vivir los momentos finales de la jornada en compañía del equipo gremialista. Pronto iniciaría el conteo de la última mesa de Ingeniería Comercial, donde debía superar los votos del día anterior para poder ganar la Consejería Superior.

Nos acercamos lo suficiente para oír el fervor naranjo, lo que de inmediato frenó nuestra decisión de unirnos al grupo. El equipo estaba eufórico. Si a estas alturas yo llegaba a perder, no soportaría tener que enfrentarme a sus caras de frustración. No habría una próxima vez para intentarlo de nuevo.

Rodeamos el patio de Sociales sin que nadie nos viera y nos quedamos en la esquina de la sala donde en pocos minutos se contaría Ingeniería Comercial. Sin contarme nada, Bárbara tenía información desde el “Crowne Plaza” que la victoria era inminente, por lo que Felipe se ofreció para confirmar directamente con ellos la realidad sobre los números. No era normal tanta efervescencia, menos si a primera vista no había certezas.

Con Bárbara seguimos caminando y llegamos a otra explanada, una que se ubicaba detrás de Sociales, hacia el este. Antiguamente el terreno era un lugar donde se celebraban conciertos y eventos estudiantiles, y ahora, refaccionado con terrazas cubiertas de césped, daba la idea de ser un rincón muy abierto y espacioso.

Le dije a Biskupovic que necesitaba estar sola por un momento. Faltaba tan poco para que todo terminara, que en mi interior solo sentía el revoloteo de cientos de mariposas. No era ansiedad por tratar de predecir un resultado, sino por lo que significaba haber llegado hasta esa

instancia, pues nunca me imaginé peleando los últimos votos para ser consejera superior. Para mí era un logro el solo hecho de haber sido candidata y combatir codo a codo con la Nau. Mi familia estaba orgullosa, mis amigos y hasta conocidos más lejanos. Me había reconciliado al fin con la Javiera del pasado, aquella que nunca se visualizaba capaz de encantar al gremio.

Seguí mi marcha sola por el pasto, sin dirección. Mi abdomen se ceñía y mis pulmones respiraban a toda velocidad. Pasados unos minutos de introspección, me giré luego para volver donde mi amiga. A lo lejos, divisé la figura de Felipe quien, con una cara desfigurada, se acercó rápidamente a Bárbara. Mi corazón se paralizó.

Felipe movió la cabeza de arriba hacia abajo y se tapó el rostro con sus manos. Bárbara hizo lo mismo. "Hasta aquí no más llegué", pensé. Con el cuerpo aún helado por la impresión, desperté de mi inmovilidad y corrí hacia mis amigos. Fuera lo que fuera, tenían el deber de decirme la verdad.

- Acabo de ver a Toño, Javiera. ¡La Nau reconoció derrota! ¡Está confirmado, ganamos! ¡Ganamos! - gritó él.
- ¡Mentira! ¿¡Estás seguro?! - alcancé a preguntarle incrédula.
- ¡Ganamos, Javiera! ¡Ganamos, por la cresta! - insistió.

Los tres nos abrazamos y nos pusimos a llorar. Nunca había sentido una alegría tan grande en mi vida. La emoción no cabía en mi cuerpo y tenía que liberarla de alguna manera para poder soportarla. Salté, pataleé y me tiré al suelo. Había terminado todo, la Consejería Superior era nuestra.

Corrimos al pasto y en medio de la nada, nos pusimos a bailar. Ni siquiera veíamos con claridad nuestros rostros. De seguro que, pese a las lágrimas, cabello desaliñado y grandes ojeras, nadie sonreía tanto como nosotros en la madrugada del 9 de noviembre de 2017.

- Papá, solo te llamaba para decirte que gané. ¡Me acaban de avisar que gané! ¡Papá, gané!
- Sí, estábamos siguiendo la transmisión de resultados desde la casa, ¡estamos muy felices nosotros también! - respondió somnoliento.
- Tengo que colgar, o si no, mi llanto será lo único que escucharás - contesté antes de despedirme.

Felipe me indicó que debíamos ir a la sala donde se iba a oficializar la victoria. Me agarré tiritando de los brazos de ambos y tras unas breves declaraciones que me solicitó un periodista de Radio UC, estábamos dentro.

En simultáneo al conteo en Comercial, se haría la mesa de Oriente, campus que contenía las carreras artísticas de la Universidad y en donde la mayoría de los alumnos era de izquierda. En él yo aspiraba a tener como máximo un quince por ciento. El Tricel había dejado esa mesa y la de Comercial como últimas para abrir. A esas horas, los resultados ya estaban zanjados: la Federación sería verde y la Consejería naranja, por lo que cada quien tendría una mesa a su favor para gritar con fervor el último voto.

Dentro de la sala no sonreí en ningún momento, los nervios me dominaron. Todavía tenía dudas, la noche había sido tan surreal que sentía que, si la suerte así lo quería, el triunfo podía ser arrebatado en cualquier segundo. Estaba acostumbrada a los finales tortuosos, ¿por qué ahora sería diferente?

"Nau, Gallardo, Jóvenes" fue paradójicamente el voto final en Comercial y los gritos y aplausos gremialistas sellaron la conquista. La gente en la sala saltó a abrazarme y yo recibí sus cariños entre lágrimas. Toda la angustia y frustración de años cayó en forma de llanto esa noche.

Salimos de la sala como campeones. Cretton me esperaba en el pasillo enloquecido. "¡Esto te

lo ganaste tú sola, te lo mereces! ¡No sabes cuán orgulloso estoy de haber sido tu compañero de lista!", gritó sujetándome en sus brazos. Se sumaron a él los demás chicos de la lista y los jefes de campaña. Era la reina de la UC. La Consejería Superior volvería a ser naranja después de nueve años.

Tomé a Felipe y a Bárbara de la mano, como pude, porque la gente se agolpaba alrededor celebrando. Nos dirigimos a cantar victoria en el "Patio de San Francisco" en Ingeniería Comercial, el cual quedaba a menos de cinco minutos a pie desde el sector de Sociales.

Con banderas y entonando himnos gremialistas, un círculo de gente se empezó a orquestar alrededor de la estatua del santo. Dichoso y expectante, el equipo se aglutinó para oír las palabras de su nueva superior, quien inverosímilmente había ganado por tan solo 73 votos de diferencia.

Felipe lloraba de alegría y Bárbara, por su parte, ya contemplaba el momento con más tranquilidad. Un silencio en el grupo me insinuó modestamente que ya era tiempo de hablar.

- No saben cuán difícil ha sido para mí llegar hasta aquí. No todos creían en que yo, media loca, insegura y extraña, pudiera llegar a ser consejera. Varios más me dijeron que era imposible que ganáramos, que nunca más íbamos a tener un espacio en la política universitaria. Hoy demostramos lo contrario, que el gremialismo está más vivo que nunca. La única forma con que puedo recompensar el esfuerzo y apoyo de ustedes en esta aventura, es que cuando el próximo año termine, se sientan orgullosos de que *la mejor consejera superior del Universo* haya sido una gremialista.

Los aplausos y las lágrimas se propagaron por el círculo de poleras naranjas. Aún no llegaba la luz del día, ni menos las penas, la bravura, y la Contratoma.

Bibliografía

Biobiochile.cl. (30 de abril de 2018). Facultad de Derecho de U. de Chile en toma: buscan destituir a profesor acusado de acoso. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/region-metropolitana/2018/04/30/facultad-de-derecho-de-u-de-chile-en-toma-buscan-destituir-a-profesor-acusado-de-acoso.shtml

Cooperativa.cl. (25 de mayo de 2018). El petitorio de la toma feminista en la PUC: Desde fin al acoso hasta que la UC no sea objetora de conciencia. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/educacion/movimiento-estudiantil/el-petitorio-de-la-toma-feminista-en-la-puc-desde-fin-al-acoso-hasta/2018-05-25/102427.html

El Dínamo. (23 de mayo de 2018). El movimiento feminista ya concentra 17 paros y 22 tomas en distintas universidades. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.eldinamo.cl/educacion/2018/05/23/movimiento-feminista-ya-concentra-17-paros-y-22-tomas-en-distintas-universidades/

Elciudadano.com. (7 de septiembre de 2017). Estudiantes de la UC lanzan campaña por las 3 causales de Aborto. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.elciudadano.com/politica/estudiantes-de-la-uc-lanzan-campana-por-las-3-causales/09/07/

Emol. (16 de mayo de 2018). Protestas feministas: Los movimientos contra el abuso y la desigualdad de género que se han tomado la escena mundial. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.emol.com/noticias/Internacional/2018/05/16/906290/Manifestaciones-feministas-Los-movimientos-contra-el-abuso-y-las-desigualdades-de-genero-que-se-han-tomado-la-escena-internacional.html

Emol. (9 de junio de 2018). Universidad Austral, el plantel donde se gestó la primera toma feminista en Chile y un protocolo contra el acoso. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.emol.com/noticias/Nacional/2018/06/09/909169/Universidad-Austral-el-plantel-donde-se-gesto-la-primera-toma-feminista-en-Chile-y-protocolo-contra-el-acoso.html

Estudiantes UC. (25 de mayo de 2018). Declaración de estudiantes contrarios a la toma feminista. Santiago.

Federación de Estudiantes de la Universidad Católica. (2018). Declaración de principios. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.yumpu.com/es/document/read/62563771/estatutos-feuc-2019

Guzmán, J. (1992). *Escritos Personales.* Santiago: Editorial JGE.

La Tercera. (29 de mayo de 2018). Coletazos de la toma UC: piden renuncia de la consejera superior. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.latercera.com/la-tercera-pm/noticia/coletazos-la-toma-uc-piden-renuncia-la-consejera-superior/184166/

La Tercera. (21 de mayo de 2018). Siete razones del movimiento feminista a un mes de las tomas. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.latercera.com/nacional/noticia/siete-razones-del-movimiento-feminista-mes-las-tomas/172980/

Movimiento Autónomo Feminista Interseccional UC. (28 de mayo de 2018). Declaración de acuerdos para el fin de la toma feminista. *Radio UC*. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.facebook.com/radiouc/videos/10155535971853873/

Movimiento Autónomo Feminista Interseccional UC. (25 de mayo de 2018). Declaración sobre la Toma de Casa Central. Santiago.

Movimiento Gremial UC. (2013). Estatutos del Movimiento Gremial. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://issuu.com/mgpuc/docs/estatutos_mg

Movimiento Gremial UC. (10 de mayo de 2018). Declaración frente a los hechos ocurridos en Campus San Joaquín. Santiago. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.facebook.com/mgpuc/posts/779050272280585

Mujeres movilizadas de Derecho UC. (13 de mayo de 2018). Derecho UC despierta. *El Puclítico*. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de http://www.elpuclitico.cl/2018/05/13/derecho-uc-despierta/

Mujeres Movilizadas FCOM UC. (29 de mayo de 2018). Declaración mujeres movilizadas FCOM: Renuncia Javiera Rodríguez. Santiago. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=392629994549859&id=389307581548767&__tn__=K-R

Nueva Acción Universitaria. (2011). Estatutos Nueva Acción Universitaria. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://issuu.com/naupuc/docs/estatuto_nau

Rectoría UC. (25 de mayo de 2018). Declaración oficial de la Universidad Católica enviada a la comunidad durante la toma de Casa Central. Santiago. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de https://www.uc.cl/es/la-universidad/noticias/28522-declaraciones-enviadas-a-la-comunidad-uc-durante-la-toma-a-casa-central

Rodríguez, J. (30 de mayo de 2018). Declaración Consejería Superior para el Consejo Académico. Santiago.

Solidaridad UC. (2016). Estatutos Solidaridad UC. Recuperado el 28 de octubre de 2019, de http://www.solidaridad.cl/docs/EstatutosSolidaridad.pdf

[1] Un presidente, dos vicepresidentes, un secretario general y dos secretarios ejecutivos. Todos ellos podían provenir de diferentes carreras y generaciones. Se postulaban a través de un sistema de listas, donde la que obtenía mayor votación salía electa.

[2] Como la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech).

[3] A los militantes y simpatizantes del movimiento Solidaridad se les llamaba coloquialmente como “solidarios”.

[4] La imagen de Magdalena con bufandas cubriendo su cara para no ser reconocida fue ampliamente difundida por redes sociales. Eso le valió el apodo de “Maida encapuchada”.

[5] El equipo de trabajo que me acompañaba en las labores de consejera estaba dividido en áreas temáticas a cargo de coordinadores. Bárbara se encargaba de dirigirlos.

[6] Los consejeros territoriales funcionaban como delegados políticos en cada una de las facultades de la UC. Eran electos en la primera vuelta de las elecciones de lista de Federación y tenían la misión de informar a los estudiantes de las actividades de la Feuc, así como también fiscalizar las labores de la directiva y consejero superior.

[7] Los jefes de campaña se encargaban de coordinar todo el aparataje eleccionario del MG. Eran escogidos por la directiva gremialista.

[8] Esa era la dirección oficial del ingreso a Casa Central.

[9] “Siete razones del movimiento feminista a un mes de las tomas”, La Tercera, 21 de mayo de 2018.

[10] “Protestas feministas: Los movimientos contra el abuso y la desigualdad de género que se han tomado la escena mundial”, Emol, 16 de mayo de 2018.

[11] “Universidad Austral, el plantel donde se gestó la primera toma feminista en Chile y un protocolo contra el acoso”, Emol.com, 9 de junio de 2018.

[12] “Facultad de Derecho de U. de Chile en toma: buscan destituir a profesor acusado de acoso”, Biobio.cl, 30 de abril de 2018.

[13] Hoy ambos son diputados de la República, fundadores del partido “Revolución Democrática” perteneciente a la coalición de partidos de izquierda, el “Frente Amplio”.

[14] Chile Vamos es la agrupación de partidos políticos de centro derecha que había asumido el gobierno en marzo de 2018, solo dos meses antes de la toma feminista.

[15] Este quiebre también se le atribuyó a Diego Schalper, actual diputado de Renovación Nacional por el distrito 15 de la Región de O’Higgins. En 2008 había sido consejero superior por el MG y luego instigador del grupo de los gremialistas desencantados que dieron origen a Solidaridad.

[16] Organización estudiantil que visibilizaba temáticas de género y que acogía informalmente denuncias sobre violencia sexual de la comunidad universitaria. Si bien el grupo se declaraba “autónomo”, la mayoría de sus miembros eran de extrema izquierda. Tanta era su ideologización que incluso sus dirigentas se rehusaron explícitamente a establecer vínculos conmigo cuando superior debido a mi pertenencia al MG.

[17] “Estudiantes de la UC lanzan campaña por las 3 causales de Aborto”, El Ciudadano, 7 de septiembre de 2017.

[18] “El petitorio de la toma feminista en la PUC: Desde fin al acoso hasta que la UC no sea objetora de conciencia”, Cooperativa.cl, 25 de mayo de 2018.

l

[19] Las feministas, tanto de la UC como en general, consideraban que el lenguaje español era sexista. Según ellas, reproducía discriminaciones arbitrarias como el uso de términos masculinos genéricos para referirse a grupos mixtos, exclusión de personas que no se identifican como hombres o mujeres, o estereotipos referentes a oficios, entre otras. Por ese motivo que en la mayoría de sus declaraciones sustituían las marcas gramaticales de género, “a” y “o”, por una “e”, “x” o “@”.

[20] El color verde era característico del Nau, el color rojo de Solidaridad, el celeste de Avanzar, y el naranjo del Movimiento Gremial. UC Pública, en cambio, no utilizaba uno en particular.

[21] La carrera de Ingeniería contaba con cerca de cinco mil alumnos, mientras que toda la Facultad de Comunicaciones, que incluía a las carreras de Periodismo, Publicidad y Dirección Audiovisual, solo con setecientos.

[22] Fuerzas Especiales de Carabineros ingresaron en más de una ocasión al Instituto Nacional, Liceo Confederación Suiza y al Internado Nacional Barros Arana a desalojar debido a que sus instalaciones fueron tomadas por sus estudiantes durante mayo.

[23] “Rod Jav” era uno de mis apodos. “Rod” hacía alusión a una abreviación a mi apellido, Rodríguez, y “Jav” a mi nombre.

[24] Dirección de Asuntos Estudiantiles. Organismo de la UC encargado de velar por la calidad de vida de los estudiantes mediante la implementación de actividades y proyectos de apoyo, prevención y fomento en deportes, salud y vida universitaria.

[25] Se comentó, como habladuría, que en la Contratoma había mucha comida. Una posverdad para ridiculizarnos que se creó en la toma y creció en redes sociales: que organizamos un contundente asado, encargamos porciones de sushi o repartimos litros de cerveza entre los resistentes.

[26] "Derecho UC Despierta", El Puclítico, 13 de mayo de 2018.

[27] El petitorio incluyó la firma de cerca de dos mil alumnos, lo que implicó que durante esa semana recorriéramos los patios buscando apoyo.

[28] Meses después, esa misma preocupación sería acogida en un plan de trabajo del gobierno llamado "Educación con Equidad de Género". Entre sus medidas se encontraba la presentación de indicaciones al Proyecto de Ley Sobre Acoso Sexual en el Ámbito Académico, para que todas las instituciones de Educación Superior consideraran un protocolo contra la violencia sexual.

[29] En la Universidad Católica las elecciones para directiva de Federación, consejero superior y consejeros territoriales se desarrollan en dos días consecutivos. La jornada de conteo de votos comenzaba con las mesas del día dos, y tras un breve receso, se contaban las del primer día. El resultado final se conocía recién en la madrugada del día siguiente.

[30] Además de participar alumnas, a estas asambleas masivas estaban invitadas profesoras, funcionarias y trabajadoras subcontratadas de la Universidad.

[31] Cuando Juan Echaurren (Solidaridad) era consejero superior en 2017, discutió fuertemente con la directiva Feuc (Nau). La razón del conflicto era que Echaurren no tenía libre acceso para trabajar en una pequeña oficina de San Joaquín, en dominios pertenecientes a la Federación. Tanta fue la polémica que incluso el caso fue tratado en un Consejo Feuc, donde se le pidió a la directiva concederle llaves a Juan para que pudiera usar ese despacho.

[32] Otra manera de referirse a la lista que representa al Movimiento Gremial en las elecciones de Federación y consejero superior.

[33] Sala con paredes de vidrio que llevaba el nombre del director, dramaturgo y periodista audiovisual egresado de la UC. En ella solían realizarse reuniones importantes de la Facultad.

[34] Al ser la UC una universidad *católica*, dentro de sus campos había templos y capillas donde se realizaban misas y otras celebraciones religiosas.

[35] La tercera puerta correspondía a la del Centro de Extensión de la Universidad, área que no estaba tomada por las feministas.

[36] Sebastián provenía de una familia ligada al mundo público, pero de trincheras contrarias a la mía; su madre había trabajado en el gobierno de Eduardo Frei y actualmente su hermano, Gonzalo Winter, era diputado del Frente Amplio por el Distrito N°10 de la Región Metropolitana.

[37] La Capilla de Casa Central estaba ubicada en el segundo piso, entre los patios de la Virgen y el Papa. Solo las personas de la toma tuvieron acceso a la Capilla y para el decano Carlos Frontaura, quien era muy católico, eso significó un gran peligro. Alumnos y profesores solicitaron que el Santísimo fuera sacado de la capilla, sin embargo, tras una conversación telefónica que tuvo el vice gran canciller Tomás Schertz con mujeres católicas en la toma, el símbolo religioso se mantuvo en el lugar con la promesa de que nadie le haría daño.

[38] El equipo de administración estaba compuesto por una serie de personas contratadas por la UC, en su mayoría secretarias, quienes ayudaban a la Federación y a la Consejería con el manejo de fondos, organización de actividades, entrega de becas y solicitudes de permisos. Estaban presentes en todos los campus, y trabajaban en las oficinas de la Feuc.

[39] Indicó que habían aspectos con componentes "ideológicos" como los referidos a la objeción de conciencia institucional o la triestamentalidad.

[40] El Puclítico era un medio digital creado por alumnos de la UC, donde además de contar regularmente con notas y columnas de opinión sobre la política nacional y universitaria, tenía un sistema online que funcionaba para las jornadas de conteo, agregando los votos a una plataforma que visualizaba los datos en directo.

[41] Radio UC era un medio de radiodifusión en señal AM y online, donde participaban alumnos de Comunicaciones bajo la supervisión editorial de profesores de la Facultad. Para esas fechas hacían un "Especial de Elecciones Feuc", donde los días antes de las votaciones programaban debates entre los candidatos a Federación y Consejería Superior, mientras que en la jornada de conteo hacían una maratónica transmisión en directo que duraba hasta que salieran los resultados oficiales, en la madugada.

[42] Además de votar en segunda vuelta por directiva de Feuc y Consejería Superior, los alumnos podían marcar en la papeleta un proyecto estudiantil que creyeran merecedor de parte del presupuesto de la Federación. El 2017, los tres proyectos que lograron adjudicarse un monto fueron Animalia, la Escuela Popular Aurora Argomedo y Trabajos San Alberto.

[43] Además de Derecho, teníamos fijadas reuniones con los decanos de Comunicaciones, Ciencias Sociales e Historia, Geografía y Ciencia Política, así que este mitin podía significar una buena aproximación a la evaluación que tendrían del proyecto las otras facultades.

[44] José “Toño” Kast era hijo de José Antonio Kast, líder del Partido Republicano.

[45] Los “baños neutros” o “baños mixtos” eran aquellos habilitados para el uso de todas las personas, independiente si son hombres o mujeres. La solicitud había nacido a raíz de que los alumnos trans alegaban sentirse incómodos por la asignación de uso de instalaciones de acuerdo al sexo biológico de los usuarios.